

Cuando gritan los muertos

PACO GÓMEZ ESCRIBANO



CUANDO GRITAN LOS MUERTOS

PACO GÓMEZ ESCRIBANO

ALREVÉS
BARCELONA-2018

Primera edición: marzo del 2018

Para Josep Forment, siempre con nosotros

Publicado por:
EDITORIAL ALREVÉS, S.L.
Passeig de Manuel Girona, 52 5è 5a
08034 Barcelona
info@alreveseditorial.com
www.alreveseditorial.com

© Paco Gómez Escribano, 2018
© de la presente edición, 2018, Editorial Alrevés, S.L.

Printed in Spain
ISBN: 978-84-17077-40-2
Código IBIC: FF
Producción del ebook: booqlab.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del «Copyright», la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Paco Gómez Escribano es Ingeniero Técnico Industrial en la rama de Electrónica. Sus poemas y relatos están publicados en diversas antologías, ya que ha sido finalista en distintos premios. Suele frecuentar y participar en los principales festivales de novela negra de la geografía española. Escribe en diversas publicaciones dedicadas al género negro, en sus blogs y en su página web.

Hasta ahora es autor de seis novelas: *El círculo alquímico* (2011) y *Al otro lado* (2012), ambas con la editorial Ledoria, calificadas como *thrillers esotéricos*, con gran éxito entre sus lectores; *Yonqui* (2014), con la editorial Erein; *Lumpen* (2015), con la editorial Pan de Letras, escrita a cuatro manos con el escritor Luis Gutiérrez Maluenda; *Manguis* (2016), con la editorial Erein; y *#MadridPrisión* (2017), con la editorial Black & Noir. Con *Yonqui* entra de lleno en el género negro. Junto a *Lumpen*, *Manguis* y *#MadridPrisión*, las novelas comprenden un viaje físico y literario por distintas épocas del barrio del propio autor, Canillejas, situado al este de Madrid. Actualmente imparte clases de Formación Profesional en un instituto público de Madrid.

El Cuqui, el Tente y unos amigos dieron un atraco por encargo hace mucho tiempo, pero algo salió mal. Al Tente le amputaron una pierna y el Cuqui recibió una bala en la cabeza que le mantuvo en coma durante años. Los demás murieron y ellos pagaron sus deudas con la sociedad en la cárcel. Ahora, el Cuqui ha cumplido su pena y vuelve al barrio para encontrarse con su pasado, con su presente, y con su viejo amigo el Tente. Psicópata de manual, sin nada que hacer, sin familia, con un buen montón de problemas y con amnesia, volverá a cometer pequeños delitos para sobrevivir en compañía del Elena y el Mochuelo, dos personajes marginales propios de un barrio de las afueras de Madrid y antiguos conocidos. A pesar de estas desgraciadas eventualidades, consigue iniciar una vida más o menos rutinaria. La Reme Schiffer, enamorada de él desde niña, consigue seducirle e iniciar una relación un tanto peculiar: cuida de él y le da el cariño que le ha faltado desde siempre. Pero, invariablemente, todo vuelve, y cuando el Dandy, jefe de la mafia corrupta que encargó el atraco, regresa de un pasado lleno de fantasmas, el Cuqui y el Tente deciden plantarle cara. Ya no son los críos que eran entonces. En la guerra que se va a desatar no habrá ni vencedores ni vencidos.

CUANDO GRITAN LOS MUERTOS

,

Las novelas pulp, las novelas de bolsillo de detectives y las cubiertas que las ilustran nos hablan de los innobles rincones de la vida, más allá del fulgor de Jane Powell, de «Papá lo sabe todo», y de los rostros saludables y sonrientes que aparecen en las revistas anunciando leche, platos congelados o viajes a California.

GEOFFREY O'BRIEN

Cabe sospechar que ciertos críticos niegan al género policial la jerarquía que le corresponde solamente porque le falta el prestigio del tedio. Paradójicamente, sus detractores más implacables suelen ser aquellas personas que más se deleitan en su lectura. Ello se debe, quizá, a un inconfesado juicio puritano: considerar que un acto puramente agradable no puede ser meritorio.

JORGE LUIS BORGES Y ADOLFO BIOY CASARES

El género negro vive buenos momentos, como siempre. Porque siempre hay pobres y desheredados cuyo fracaso es una autopista para los buenos escritores. Ahora bien, es necesario reeducar a muchos escritores y a muchos editores. De lo contrario, una de dos, o todo se irá a la mierda, o perderemos un tiempo valioso en desgranar el grano de la paja leyendo gilipolleces a cual más gorda. Una de las cosas que más me exaspera son las novelas presuntamente negras en las que todos los personajes independientemente de su condición social, oficio o creencia hablan igual, igual incluso que el narrador, es decir, muy

bien, con la corrección política de la complicidad del autor con el Sistema. Y ya si la novela tiene un final feliz ya es para vomitar.

DENNIS J. MALHORY

1

Es difícil ser creyente cuando lees aquello de «... y Dios creó al hombre a su imagen y semejanza...» y luego conoces al Cuqui, un psicópata amnésico, borracho, camorrista, politoxicómano, atracador y expresidiario; vamos, un hijo de la gran puta. Pero un hijo de puta de barrio que, al fin y al cabo, siempre lo es menos que uno de esos listillos con estudios que en cuanto tocan poder roban, desfalcan y asesinan como si nada. Y luego échales jueces, que te sueltan una legión de abogados que trabajan para bufetes de esos con nombres pomposos y no hay quien los trinque.

Salir del trullo es un problema. Sobre todo si no tienes nada ni a nadie porque tus padres han muerto, la mayoría de tus colegas han muerto y el mundo que conocías ya no existe.

El ya exconvicto sube al autobús y paga el billete. Pero cuando avanza hacia el fondo del vehículo, ve de lejos el perfil del edificio de la cárcel de Alcalá-Meco y comienza a hacerle cortes de manga y a bailar por el pasillo. Grita como un puto crío, grita gilipolleces de esas típicas: que ya está libre y toda esa mierda de los años que lo han tenido encerrado.

Para entonces, todo el mundo se ha dado cuenta de que al autobús se ha subido un pirado. Al ver sus tatuajes carcelarios en brazos y manos, ya nadie tiene dudas de que es un expresidiario.

Uno de esos que sale de la trena y se le ha ido la pinza.

Uno de esos a los que más valdría que no soltaran nunca porque la va a volver a cagar.

El autobús se detiene en la parada de Canillejas. Varios viajeros bajan, los jóvenes a empujones, los viejos de forma lenta y torpe. El Cuqui también se apea, confundido. Se queda allí de pie, mirando el tráfico de la carretera de

Barcelona y los primeros edificios del barrio. Experimenta una soledad que duele. El sol le hiere los ojos, acostumbrado a la oscuridad de los pasillos y las celdas, a la penumbra que buscaba en los patios. Echa de menos unas gafas de sol, como aquellas que tenía, las que compró en el Rastro a imagen y semejanza de las que llevaban los Burning. ¿Seguirán existiendo los Burning? Nada más hacerse la pregunta cae en la cuenta de que es una gilipollez: sale de la trena, con todos los problemas que se le van a venir encima, y lo primero que se pregunta es si seguirá existiendo un grupo de música de hace la pila de años. Eso sí lo recuerda, y se pregunta por qué. Por qué recuerda eso y no la mayor parte de su pasado. La sesera del Cuqui no es la misma y él lo sabe. No es que antes fuera una lumbrera, pero tampoco gilipollas. Solo un tarado que lo mismo se liaba a gritos con su madre y saltaba desde la ventana a la acera, que abofeteaba a su última novia porque se había quedado sin tabaco.

El putito Cuqui. El malnacido del Cuqui, como solían llamarlo los maderos cuando lo llevaban detenido a la comisaría de San Blas. Un mal bicho, eso es lo que era, con una mala hostia que, si bien no le sirvió para proteger su culo en la trena, le valió para salir adelante una vez que decidió vivir deprisa.

Deja en el suelo un pequeño macuto de militar en el que lleva sus cosas. Pequeñas ráfagas de recuerdos infantiles y adolescentes atraviesan su cerebro, sin tiempo para atraparlos, sin tiempo para poder entenderlos. Se sacude la cabeza con la palma de la mano derecha y balbucea tonterías sin sentido.

Julio Cortés, alias *el Cuqui*, ha pasado diez años en el talego. Si a eso le sumamos los cinco años pasados en un hospital en estado de coma por un balazo en la cabeza, el Cuqui ha estado quince años privado de libertad. No hace ni un mes que ha cumplido los treinta y cinco.

Está muy delgado y es puro nervio. Camina con aire cansino, como si viniera de hacer una dura jornada de curro, con el macuto verde al hombro y un cigarro sostenido por unos labios deformados y caídos. En la cárcel ha perdido la mayor parte del pelo, así que lo lleva rapado al cero.

Después de cruzar el puente de la carretera de Barcelona, va hasta la calle Boltaña. Mira a izquierda y a derecha y vuelve a golpearse la cabeza. Algo ha cambiado. Hay más bloques de edificios. O a lo mejor el que ha cambiado es él —piensa—. No consigue recordar. Sabe por los médicos que ha tenido una bala en la cabeza mucho tiempo, hasta que han conseguido sacársela. No le han dicho los motivos, pero sí le explicaron que padecía una especie de

«amnesia parcial que podía ser o no irreversible, solo el tiempo lo diría».

Algo le dice que tiene que caminar hacia la izquierda. Después de doscientos metros le parece reconocer una hilera de casas bajas. Son de las pocas que han sobrevivido de cuando Canillejas todavía era un pueblo de Madrid. El Cuqui se rasca la calva y vuelve a golpearse la cabeza. «La puerta verde, la puerta verde... No, no era verde, joder, ¿de qué puto color era la puerta? Sí, coño, sí, era verde. ¿O no era verde?»

En esas está el Cuqui, cuando una señora mayor, de unos setenta tacos, se lo queda mirando desde la acera de enfrente. Deja las bolsas de la compra en el suelo y sigue mirándolo, poniendo su mano sobre la frente a modo de visera. Cruza la calle despacio, con miedo de meter la pata.

—¿Julito? —dice—. Julito, ¿eres tú?

«Pero ¿qué coño de Julito? ¿Qué coño está diciendo esta vieja?»

—¡Eres tú, sí, eres tú! Pero, hijo, ¿cuándo te han soltado?

—Esta mañana. No hace ni dos horas —contesta por seguirle la corriente.

—¡Hijo mío, qué alegría! No te acuerdas de mí, ¿verdad?

—...

—¡Soy la señora Estrella! ¡Pero si te he tenido en brazos cuando eras un bebé!

El Cuqui relaja los músculos. Si esa señora lo había tenido en brazos cuando era un crío, tiene que conocerlo de sobra. Y a él en ese momento le hace falta algo así, alguien o algo a lo que aferrarse.

—Lo siento, señora, pero recuerdo muy pocas cosas. Los... los médicos dicen que tengo amnesia parcial, que... que he perdido parte de la memoria.

—¡Jesús, Jesús...! ¡Qué lástima, tan joven! Por lo menos estás vivo, hijo, tienes que dar gracias a Dios. Anda, vente conmigo, que tengo las llaves de tu casa. Tu madre..., bueno, supongo que ya lo sabes. Murió cuando todavía estabas en el hospital. Empezó a ponerse muy malita cuando te dispararon. Yo creo que no lo pudo soportar. En fin, hijo, es la vida, es la vida... Anda, ven conmigo, que vamos a ver cómo está la casa.

El Cuqui se mete las manos en los bolsillos y cruza la calle siguiéndola, mientras intenta asimilar lo que le acaba de decir. Por un lado, no le ha extrañado que su madre esté muerta; por otro, logra recordarla viva, solo unos segundos. Sus ideas se enredan y finalmente asume que los viejos mueren. Así

funciona su cabeza, haciendo arreglos, metiendo parches. Finalmente, coge las bolsas de la compra a la señora Estrella, cree que debe hacerlo. La vieja no deja de parlotear. Las palabras van y vienen, toman forma, se alejan, se acercan... «Putá vieja, joder, puta vieja. ¡Que no se calla!»

—Pero no te quedes ahí, hijo —dice la mujer al llegar a la puerta de su casa—. Pasa, que voy a buscar la llave.

El Cuqui la sigue hasta la cocina y deja las bolsas sobre la encimera. Ella vuelve al cabo de medio minuto con un llavero del que cuelgan unas llaves.

—Entro de vez en cuando y vacío el buzón de propaganda. No la vas a encontrar tan limpia como cuando estaba tu madre, porque...

«¡No para de hablar, la hijaputa, no para de hablar...!»

Siente ganas de estranglarla allí mismo, en la cocina, a pesar de que si no hubiera sido por la vecina de toda la vida quizás no habría sido capaz ni de encontrar su propia casa. Pero es que la charla le resulta insoportable.

Al entrar, al Cuqui le da un buen tufo a cerrado. La mujer, si es que pasa de vez en cuando, no se ha dedicado a limpiar mucho. Aquello está algo más limpio que los urinarios de un cine, solo algo más limpio. Aunque comparado con las instalaciones del talego en donde ha estado, es un palacio.

—Bueno, hijo, te voy a tener que dejar, que tengo puesto un guiso y todavía tengo que pelar unas judías verdes y... Si quieres, luego te paso un plato y...

—No se moleste, señora. Voy a salir, que tengo cosas que hacer. Gracias... Gracias por todo.

—No hay de qué, Julito.

—...

—Y no se te olvide pedirme lo que quieras. ¡Ah, espera...! Voy a traerte la cartilla del banco. Tu madre también la tenía a tu nombre. No es que haya mucho dinero, porque se ha ido tirando de ahí para pagar recibos..., ya sabes, el agua, la luz... Espera un momento, ahora mismo te la traigo.

El Cuqui se queda en el recibidor, contemplando las paredes. Están pidiendo, suplicando, una mano de pintura. Mira algunas de las polvorientas fotos enmarcadas y colgadas de los tabiques, pero no reconoce a las personas retratadas. No reconoce nada.

La señora Estrella vuelve con la cartilla y se va. El Cuqui cree que tarda más de lo necesario en despedirse. Una vez solo, en el sucio salón, comprueba

que en la cuenta bancaria hay poco más de mil euros. Tira el macuto sobre uno de los sillones y se pone a bailar siguiendo los compases de una música que solo existe en su cabeza, porque para él mil euros son el puto flipe. Después de la euforia, abre las ventanas y levanta las persianas. Luego abre la llave del agua y pone a llenar un cubo. El grifo petardea: «Prop, prop, prop». Sube el automático de la luz y comprueba que la bombona de butano tiene gas. Con una manguera que encuentra, empieza a regar el suelo del patio. Le vienen *flashes* de un niño pedaleando en un triciclo, un niño que puede ser él, claro que también puede ser el niño de la película de *El resplandor*. Esa película la proyectaron una noche en el talego y le gustó mucho, sobre todo la actuación de Jack Nicholson. Se golpea la cabeza, como siempre hace, creyendo que su cerebro es un electrodoméstico estropeado.

Continúa regando, llevando los hierbajos y el resto de suciedad hacia un rincón. También dirige el chorro de agua hacia el alcorque de una vieja parra que está viva de milagro. Seguro que la señora Estrella la ha regado de vez en cuando.

Tarda unas dos horas en adecentar la vivienda, lo ha hecho de manera obsesiva. Lo último que arregla es el baño. Se ducha utilizando una pastilla de jabón Lagarto que localiza bajo el fregadero, frotando su piel y su cabello de manera enfermiza. «Ya estoy limpio, joder, pero lo que no sale es este puto olor asqueroso a talego.» «Fris, fras, fris, fras...»

Al abrir el macuto para ponerse ropa limpia, ve las pastillas. Los médicos decían que las tenía que tomar de por vida porque si no lo hacía no podría hacer vida normal. «Putas pirulas, joder.» Se traga un par de ellas con un vaso de agua.

Una hora después, el Cuqui se ha comido unas judías pintas y un filete con patatas en un garito llamado el Torreznó, justo al lado de la boca de metro de Canillejas. Pide una copa de DYC y enciende un truja. Intenta recordar quién era realmente, una vez más, como hacía en el talego, pero su cerebro no carbura. Vuelve a golpearse la cabeza. El camarero lo mira de refilón desde la barra. Desde que entró en el bar no le ha quitado ojo. Ahora le dice que apague el cigarrillo, que ahí no se puede fumar, que está prohibido. «Pero ¿qué coño de ley han inventado para no fumar en un bareto? La madre que me parió...»

—Es un mal bicho —le dice el camarero a un cliente de los fijos, un tipo

de su misma quinta que peina sus canas para atrás, luce un bigotillo con cuatro pelos y lee los titulares del periódico *La Razón*—. Esas pintas..., se enciende un cigarro y ahora se da golpes en la cabeza. Te digo yo que si no ha salido de la cárcel, le falta poco.

—Sí —dice el otro—. Yo no sé adónde vamos a llegar. Te voy a decir una cosa, todo esto de la democracia está muy bien según se mire, claro. Pero también te digo que en otros tiempos estas cosas no pasaban. Que si un desarrapado así entraba en un bar, o andaba por las calles vagueando, no pasaban más de diez minutos sin que la policía lo encerrara.

—Yo no sé hasta dónde vamos a llegar...

—Pues llegaremos a que esto explote. Y si no, al tiempo.

El Cuqui ha escuchado parte de la conversación. No le ha hecho falta escucharla entera. Se levanta y se abre, aguantándose las ganas de estrangular a los dos viejos con sus propias manos.

Yo sabía que el Cuqui estaba a punto de salir del trullo, pero no sabía la fecha exacta. No tardaría en encontrármelo, porque el pasado siempre vuelve, y los muertos y los fantasmas a veces echan una partida de mus en cualquiera de las esquinas del barrio. No envidan. Ya no están tampoco para órdagos. Pero joden a los que aún están vivos.

2

Todos recordamos algún día de cuando éramos chinorris: un cumpleaños, un regalo guapo..., o cualquier día flipante por algún motivo. Pues yo hago memoria y no encuentro ningún día de esos en mi vida de mierda. Algunos dirán que un día especial es el del primer polvo, pero yo creo que se engañan. El primer polvo siempre es un desastre.

Yo me acuerdo de un día gris. Hacía un aire que te pasas, de ese que se te mete por el oído. Las niñas jugaban a saltar la goma, siguiendo unas reglas que los chicos nunca entendimos. Yo y mis colegas habíamos hecho una carretera en la arena del descampado y jugábamos a hacer carreras de chapas. Recuerdo que me tocó tirar y, después de hacerlo, levanté la vista para ver a mi hermano el Brujo y a sus colegas. Venían encorvados, y no era para menos. Cada uno de ellos portaba media ternera cargada en la espalda. Yo sabía de dónde venían y adónde iban. Venían del mercado, de desvalijar un camión, y se dirigían a casa de don Aquilino, una especie de patriarca del barrio, que era el que les pagaría las piezas.

No sé qué pasaría después. Mi memoria salta hasta la tarde, en ese mismo día. Las niñas seguían saltando y nosotros dábamos patadas a un balón de goma. Escuchamos el ruido de una moto que debía de ir a escape libre y después vi que venía mi hermano haciendo el caballito por toda la calle con una Bultaco de *motocross*. Detrás venía el Tente, imitándolo, pero conducía una Montesa de flipar. Ni mi hermano ni los demás tenían moto. Las robaban para darse unas vueltas y hacer el gamba, y nosotros flipábamos, claro.

Pasaron varias veces, intercambiándose las motos entre ellos y el resto de la banda. Cuando vi que iba a pasar mi hermano, me puse delante de él con las manos en alto para decirle que me diera una vuelta, y casi conseguí que se diera una hostia.

—Pero ¿tú estás gilipollas, niño? —me dijo.

—Yo solo quería que me dieras un rulo en la burra.

—Te he dicho mil veces que no te acerques a mí y a mis colegas, ¿estamos?

—Sí...

Y allí me dejó, plantado en la acera con un par de lágrimas resbalando por mis mejillas. Lo odié con todas mis fuerzas. No es que mi hermano fuera un ogro, qué va. Yo sé que me quería, tanto o más como yo lo quería a él. El tiempo me convenció de que lo que procuraba era que no siguiera su camino ni el de sus colegas, pero sus buenos propósitos se quedaron solo en eso.

La ruina de mi hermano y la de sus colegas vino cuando empezó a rular el caballo y se engancharon, como tantos otros. Una cosa era sirlar una chupa molona en el metro a unos pijos del barrio de Salamanca o mangar una moto o un coche para darse una vuelta, y otra tener que robar cada día, por necesidad, para quitarse el mono.

Empezaron robando estancos y farmacias para pasar a dar palos en gasolineras, pero nunca era bastante. Un día planearon robar una joyería en la calle Alcalá, y lo hicieron, porque a huevos no les ganaba nadie. El problema es que les vino grande colocar el botín. Un colega de un colega de otro colega les habló de un tipo que compraba material robado y fueron a hablar con él. El perista era un tal Dandy, que lo que hizo fue echarles a los maderos encima. Los llevaron a la comisaría de San Blas y les dieron hostias hasta en el cielo de la boca. Después escucharon los cargos, pasadas las horas y ya con un monazo que te pasas. Les echaban la culpa hasta de la muerte de Manolete. Vamos, que iban a comer trullo fijo. Por eso fliparon cuando el Dandy entró en la sala de interrogatorios con un traje elegante y fumando un puro. Antes, cualquiera podía entrar en las comisarías, sobre todo notas con traje y corbata, y más si iban escoltados por un par de inspectores. Sureda y Salmerón, se llamaban. Al parecer, según me contó mi hermano después, el menda saludó a los maderos y les ofreció dos puros como el que él se estaba fumando. Después miró a todos uno a uno.

—Me parece que no os han tratado muy bien... ¿No los habéis tratado bien? —preguntó a los dos maderos.

—Estos piojosos son unos cabrones de mucho cuidado —contestó el que se apellidaba Salmerón. El otro se limitó a bajar la mirada y seguir haciendo

la comedia barata que estaban interpretando—. Tienen un montón de atracos con violencia, robos de coches... En fin, qué te voy a contar yo que tú no sepas.

—Pero los chicos no han matado a nadie, ¿no?

—No, que sepamos.

—Entonces esto cambia las cosas.

Mi hermano y sus colegas, sin llegarse a fiar mucho porque no se fiaban ni de su sombra, empezaron a tener alguna esperanza. Y luego pasó algo que no se esperaban ni de coña. El Dandy metió la mano en uno de los bolsillos de su gabardina y repartió chutas y papelinas. El otro madero abandonó la habitación y volvió con cucharillas y un cubo pequeño lleno de agua. Se chutaron allí mismo, entre las paredes de la puta comisaría.

Cuando volvieron a ser ellos, ya sin los temblores del puto mono, los maderos habían dejado la sala y el Dandy empezó a hablarles muy tranquilamente. Les dijo que él podía quitarles los marrones con solo chasquear los dedos, pero que a cambio quería que trabajaran para él. Claro, el puto Dandy, con su labia, no les estaba dando un trabajo de camarero en uno de sus garitos. Lo que les ofrecía era dar palos por encargo y repartir las ganancias, algo que mi hermano y los de su basca sabían hacer muy bien. Y aceptaron. A partir de ese momento robarían en donde les dijeran: tendrían un botín seguro y además contarían con la protección de los maderos. A mi hermano, el Tente y los demás aquello les pareció la puta Disneylandia.

Volviendo a aquel día, el de las terneras y las motos robadas...

Los críos que estaban conmigo eran el Elena, que era primo del Bolas, y el Chinao, aunque todavía nadie los llamaba así. A mí sí que me llamaban ya el Mochuelo, por lo de mis gafas de culo de vaso con uno de los cristales ahumados y mis ojos saltones. Mis colegas regañaron por cualquier movida de críos, no recuerdo; el caso es que se mosquearon y me dejaron solipandis. Las niñas se fueron marchando también. La última que se quedó fue la Reme, una cría pelirroja y pecosa que enrolló la goma y se la guardó en un bolsillo. Fue entonces cuando apareció el Patuchas con su sonrisa boba, una especie de tonto del pueblo pero de ciudad, que para el caso daba lo mismo. Agarró a la Reme de un brazo y le levantó la falda. Ella empezó a llorar. Después la levantó, le bajó las bragas y empezó a sobarle el culo. Yo no sabía qué hacer, porque el nota era mayor que yo y encima abultaba como dos personas. La

Reme lloraba e intentaba arañarle la cara. Cuando salí de mi flipe, pensé en coger una piedra y tirársela al Patuchas a la cabeza, pero no me dio tiempo porque apareció el Cuqui. Abrió su estilete automático a la altura del cuello del puto gordo, pero no se lo clavó. Le dio dos hostias en la cara con la mano abierta y el Patuchas soltó a la niña. Lo agarró de la pechera y le puso la punta del bardeo en el cuello.

—Como vuelvas a mirar a esta cría te rajo, maricón —le dijo, clavándole su mirada de mangui.

El Patuchas empezó a tartamudear. Yo creí que se ahogaba. Y luego echó a correr. A la Reme no volvió a tocarla nadie en el barrio. Cuando terminó de subirse las bragas, el Cuqui la miró y le guiñó un ojo, después de regalarle una sonrisa de esas de verdad, un gesto que me extrañó, porque el Cuqui no era de sonreír. Ella se secó las lágrimas y también sonrió. Años más tarde, el Patuchas comería talego por abuso de menores. Nadie supo qué fue de él, aunque no hace falta tener mucha imaginación para adivinar qué le pasa a un nota de esos en el trullo.

—Márchate a casa —le dijo a la Reme—, ya va siendo tarde. ¿Y tú qué coño miras? Nunca dejes que te achante nadie, aunque sea más grande que tú —me dijo—. Agua, niño.

El Cuqui se fue silbando con las manos metidas en los bolsillos de su chupa. Era un plumas azul claro. Llevaba pantalones vaqueros de pitillo y playeros Yumas con las tres rayas naranjas, el uniforme oficial de los chorizos de mi barrio.

Pero yo no me fui a mi casa. Me quedé un momento allí clavado y luego, no sé por qué, lo seguí. Callejeó tranquilamente, atravesó un descampado y después otro. Hasta que llegó a uno en las afueras del barrio que solía estar lleno de perros callejeros, gatos y ratas. Se detuvo en seco, se rascó la cabeza y enseguida se fue hasta una hilera de coches. Recuerdo que abrió un SEAT 124. Luego se alejó del buga mirando como si buscara algo. Agarró un gato y un perro y volvió hasta el buga que había abierto unos momentos antes. Yo no tenía ni idea de lo que iba a hacer. Entonces abrió la puerta del coche y lanzó dentro al perro y al gato. Después cerró la puerta. Desde donde yo estaba, se escuchaban los maullidos y los ladridos rabiosos. El Cuqui miraba por el cristal. Cuando los sonidos se acabaron, se dio media vuelta y se piró sonriendo. Y yo, como buen pardillo, me acerqué al coche a mirar. No vi nada.

Las ventanas estaban manchadas de rojo de la sangre mezclada con pelos y piel de los animales. Eché la pela allí mismo.

Puto Cuqui. Salí corriendo de allí y no paré hasta llegar hasta la puerta de mi casa. Ese jodido episodio me ha perseguido desde entonces hasta hoy en mis peores pesadillas.

3

Los ingresos de Ramón *el Litri*, que ha heredado la bodega de su padre, proceden básicamente de despachar vino a granel y cervezas. Lo de las aceitunas es cortesía de la casa y se alternan con los cacahuets o con las patatas aceitosas de la churrería de enfrente. La barra tiene forma de ele, cuatro metros más uno, aproximadamente. Hay tres mesas que generalmente sirven para jugar al mus o al dominó, un futbolín y una máquina antigua de las del millón.

El Elena y yo tomamos dos botellines de cerveza y fumamos un porro mientras hablamos de fútbol. En un momento dado, mientras el Elena sigue dándome la brasa, miro un espejo con propaganda de brandi Fundador de cuando Franco era cabo, por lo menos. Lo que veo no me gusta: unas gafas de culo de vaso unidas por un esparadrapo en la zona en la que se apoyan sobre el puente de la nariz y una gorra de cuadros de corona holgada en tonos marrones y negros de la que sobresalen mechones de pelo rubio imposibles de domar. El Elena es moreno, tiene en la cara restos de granos explotados que no cicatrizaron bien y no llega al metro y medio de estatura. Empezaron a llamarlo el Enano. La peña finalmente contrajo el apodo (el-e-na-no) y suprimió la última sílaba, quedándose el Enano con el mote de Elena, así, como si fuera el nombre de un transexual.

Al Litri también lo llaman el Guarro. En ese momento se limpia los dientes con la punta de un cuchillo y después se saca los mocos secos de la nariz con la uña del dedo meñique, que deja crecer aposta para esa función. Peor es cuando agarra un palillo, lo utiliza como mondadientes y lo vuelve a dejar junto a los demás.

Unos cuantos viejos juegan a las cartas y dos o tres exyonquis charlan al final de la barra sobre lo divino y lo humano. En el radiocasete, los Burning

cantan una canción de un camello al que habían encontrado muerto en una acera. El Litri se ha quedado cogido en los ochenta en cuestión de música. Bueno, y en muchas más cosas.

Cuando el Cuqui entra en la bodega como un toro saliendo de toriles, todos levantan sus cabezas y él se frena en seco en el centro del garito. La bodega está a unos quinientos metros de su casa, así que si tenía que terminar en algún sitio, ese era la bodega, en la plaza de Gómez Cabezas, un tipo de Ciudad Real que al parecer fue psicólogo y escritor y del que nadie puede dar fe, a pesar de que se dice que vivió hasta su muerte en el barrio.

Pero ahí está la plaza.

Y ahí está el antro.

Y ahí está el Cuqui, recibiendo otra vez fognazos dentro de su cabeza. Recuerdos de sonrisas que ya murieron, de peleas y sangre incrustada en las baldosas y en la memoria, de mujeres sin alma y demás basura que para él significa una mierda. Alza la vista hacia la barra y se encuentra con la mirada del Litri.

—¡La madre que me parió! —suelta el bodeguero—. Pero... ¿tú de dónde coño sales?

El Cuqui lo mira de frente, extrañado por la familiaridad con que el Litri ha dicho las palabras. Ni lo conoce a él ni sabe por qué se ha metido en ese garito asqueroso. Pero, ya acostumbrado a esas reacciones, enseguida piensa que el nota sí lo conoce a él.

—He estado..., he estado... —dice, como con miedo a revelar el secreto de Fátima—, he estado fuera.

—Claro, claro —responde el Litri—. De vacaciones, ¿no?

Al Cuqui no le gusta el sarcasmo del bodeguero, se le ve en la cara. En vez de saltar la barra y estrellarle la cabeza contra la pared, opta por pedir una birra y dedicarse a mirar las paredes sucias.

—La hostia, tronco, ¿ese calvo que acaba de entrar...? —digo yo.

—Sí —contesta el Elena—, a mí también me suena un huevo.

—¡Joder! ¡Pero si es el Cuqui!

—Que tú crees...

—Ya te digo, colega. Está más viejo y sin pelo, pero es el puto Cuqui. Yo creí que...

—Pues eso creía yo, pero si tú lo dices...

El Cuqui enciende un cigarro y se pone cerca de una de las mesas. Está un buen rato viendo jugar al mus a los jubilados, hasta que le toco el hombro por detrás. Su reacción es exagerada: vuelve la cabeza con un movimiento brusco y clava la mirada en mis gafas de culo de vaso.

—Pero ¿es que no me conoces, tronco? Soy el Mochuelo. ¡El Mochuelo, joder! Anda, ven, mira, tío, el Elena, ¿tampoco te acuerdas del Elena?

La cabeza del Cuqui da vueltas y más vueltas. Las jetas de esos dos tipos tan feos, nosotros, no le dicen nada.

—¿Me conocéis? —pregunta el Cuqui.

—¿Que si te conocemos?... ¿Que si te conocemos?... Pero ¿qué te pasa, tronco, es que se te ha pirao la pinza?

—Tengo..., tengo... —Al Cuqui le cuesta explicarse—. Tengo amnesia parcial, eso me han dicho los médicos.

—¡Su puta madre! —digo—. Y entonces, ¿no te acuerdas de na? Pero ¿de na de na?

—Tengo algunos recuerdos, tío, pero es como si al tratar de darles forma en mi cabeza se..., se evaporaran. Es una mierda.

—Qué putada, tío —dice el Elena—. Entonces, ¿no te suenan ni nuestros caretos ni na?

—¡Joder, ya os estoy diciendo que no! ¿Qué queréis, que os firme un putito documento?

Se está cansando de dar explicaciones a unos tipos que no conoce de nada. Es más, le están dando ganas de liarse a hostias, como si lo viera. Lo que hacía era contar hasta diez; unos días más tarde me contó que se lo dijeron los médicos: «Cuando veas que te pones violento, cuenta hasta diez, Julio, y si no se te pasa, vuelves a contar. No te busques problemas. La vida de ahí fuera es más dura que la de aquí, no te la compliques».

—Joder, tronco, la hostia... —digo yo en un derroche de inteligencia.

«1, 2, 3, 4...»

—Queríamos haber ido a verte, tío, pero por unas cosas o por otras...

«... 5, 6, 7, 8...»

—Sí, nos dijeron que estabas en el hospital mu chungo, tío, y que...

«... 9, 10... 1, 2...»

—Sí, tronco, y que luego te habían llevao a la trena y...

—¡Callaos de una puta vez, joder, que parecéis gallinas cacareando! ¡Clo, clo, clo, clo, clo...! —contesta el Cuqui, apoyando las manos sobre su pecho para intentar componer unas alas. Después las bate y empieza a caminar en círculos por la bodega, provocando que todos lo miren y sonrían—. ¡Clo, clo, clo, clo, clo...!

El Litri también mira y cabecea de arriba abajo, harto de todos los majaras que ha visto a lo largo de sus veinticinco años tras la barra. Y lo que le queda.

El garito empieza a llenarse. Los más jóvenes piden litros de cerveza y se salen fuera, a la plaza, que empieza a estar llena de críos y adolescentes que opositan para ser matones, para morir prematuramente de un navajazo, de un balazo o de sobredosis. El Litri hace la vista gorda de los que entran al servicio a meterse unas rayas o a chutarse: «¡Qué coño, el negocio es el negocio!». El radiocasete escupe una canción de Leño que habla de un viaje en tren. Hay risas, carcajadas y voces, muchas voces que se alzan unas por encima de las otras para hacerse oír.

A esas horas, al Cuqui ya lo han saludado más de veinte personas, lo han invitado a varias cervezas, varios porros y varias rayas de cocaína. Sigue sin saber cómo ha llevado sus pasos hasta la bodega, en la que todos parecen conocerlo, en la que parece que todos lo miran con miedo, pero ya no le importa. Está en el centro de la bodega, junto a mí, el Elena y los demás, luciendo tatuajes, fumando y bailando con cara de «Cómo mola estar libre».

La canción que suena tiene ritmo, marcha, todos mueven sus pies, hasta los que están acodados a la barra.

La canción que suena ahora es «Sarri, Sarri», del grupo vasco Kortatu. Poco importa que en Canillejas nadie hable euskera y nadie entienda nada; al fin y al cabo, tampoco saben inglés para entender las canciones de los Stones o de Lou Reed. Poco importa que la canción cuente la fuga de la cárcel de Martutene de los presos de ETA Piti y Sarri, escondidos en unos altavoces después de un concierto del cantante Imanol. Y si la hubiéramos entendido, a lo mejor hasta habríamos bailado más fuerte, que en el barrio caen mejor los presos que la pasma.

A las dos de la madrugada, aproximadamente, casi toda la clientela está en la calle. Tres basureros entran en la bodega tras aparcar el camión en la puerta del antro y piden tres copas de Veterano. Son clientes habituales a esas horas.

Siempre dejan el camión frente a la bodega, con las llaves puestas y sin echar el cierre. Nunca ha pasado nada.

El Cuqui, con un tercio de cerveza en una mano y un porro en la otra, piensa que es buena idea subirse al camión. Sube, arranca y mete primera. Es el Litri quien avisa a los basureros. Para cuando estos salen afuera, el Cuqui ya ha dado media vuelta a la plaza jaleado por una turba de borrachos y drogadictos. Él saca la mano por la ventanilla y saluda como si fuera el rey en un vehículo oficial. Los basureros salen corriendo, pero él sigue dando vueltas. La turba extrae bolsas de basura y las desparraman por la plaza. Yo, con un moco como un piano, incrusto una en el busto de Gómez Cabezas, el psicólogo escritor que, hasta entonces, ha sido testigo mudo de cómo algunos estrellan cascos de litros de cerveza contra las fachadas. Más de uno se baja la cremallera de la bragueta y mea con el objetivo de acertar a mojar al de al lado. Algunos pelean por este y otros motivos sin importancia, aunque, en las mentes de borrachos politoxicómanos, tienen su relevancia.

Dos yonquis han debido de pensar que romper una botella de cerveza en el cráneo del más joven de los basureros tendría su gracia, y debe de tenerla, porque, tras hacerlo, empiezan a descojonarse de la risa. Los otros dos tienen más suerte. A uno le incrustan en la cabeza media sandía podrida que pillan del propio camión y al otro lo tumban sobre un charco de orines y le esparcen basura por todo el cuerpo.

—¡Agua, agua! —grita el Elena al Cuqui, que sigue dando vueltas a la plaza—. ¡Agua, que viene la pasma!

Las sirenas se escuchan a lo lejos. El Cuqui salta del vehículo y se pierde por una de las esquinas de la plaza antes de que sean bloqueadas por los coches *zeta*. Los más listos se escabullen como pueden. Los demás hacen frente a los policías, que, tras ver el panorama, no preguntan: sacan sus porras y empiezan a repartir estopa.

Algunos manguis acaban con la cabeza abierta.

Otros tantos duermen en la comisaría de San Blas, entre ellos el Elena y yo, por pardillos, demasiado puestos para habernos dado cuenta de que estábamos rodeados.

A varios maderos se los tienen que llevar al hospital.

El Cuqui se desmaya en un parterre del parque de Canillejas, frente a la tapia del cementerio, con la suerte de quedar tapado por los arbustos. Duerme

diez horas seguidas, hasta que un perro callejero lo despierta lamiéndole la cara. Nosotros lo vemos y nos descojonamos. No hace ni veinte minutos que nos han soltado de la comisaría. A él no le hace tanta gracia.

4

El Cuqui y el Tente comieron demasiado trullo. Demasiado pronto.

El Elena, los demás colegas y yo seguimos con nuestras vidas de críos. Nos robaron a nuestros héroes y, la verdad, también nos quitaron las ganas de imitarlos. Pero el barrio es el barrio, y, quien más, quien menos, hicimos oposiciones a delincuentes, con distinta suerte para cada uno de nosotros. Olvidamos aquella historia porque era más fácil vivir sin ella. Hasta que apareció el Tente.

El Tente entró una mañana en el garito del Litri, con su muleta y con unas pintas que te cagas, acompañado de don Aquilino, que siempre había cuidado de la gente, hasta donde podía, claro. Esto no es como las películas en las que el mafioso lo controla todo. La puta realidad es muy distinta. No sé muy bien cómo, pero desde aquel día yo supe que nuestras vidas iban a cambiar para siempre. Lo vi en los ojos del Tente.

Quiso la casualidad que el nota que llevaba el tráfico de drogas para don Aquilino se metiera un piñazo con el coche. Se quedó parapléjico. Así que puso al Tente al frente del negocio. Y al Elena y a mí, que estábamos en el paro, nos vino de puta madre porque empezamos a menudear para el Tente.

Yo nací siendo el Mochuelo y la palmaré siendo el Mochuelo. Para la gente como yo no hay oportunidades, nadie te regala nada. Así que eres tú mismo el que tiene que agarrar las cosas por la fuerza, no hay otra.

Mi hermano el Brujo, el Mediahostia y el Bolas la palmaron. El Cuqui y el Tente desaparecieron en la oscuridad de sus celdas. Y nosotros seguimos jugando al fútbol, a las chapas, al peón e incluso al béisbol, utilizando como bates los mangos de los picos que robábamos en las obras. Y de repente, un día nos dimos cuenta de que nos aburríamos, de que apenas íbamos ya al colegio, de que nos molaba más tomarnos unos litros de cerveza y echar unos

pitillos que jugar al escondite, de que era más divertido robar un coche que una bicicleta y que fumar un porro molaba más que fumar solo tabaco. Y que si te comías medio tripi, pues ya era el puto flipe. De ahí pasamos al caballo y a dar pequeños palos, a imagen y semejanza de los que habían sido nuestros mayores. Y así habríamos seguido de no habernos dado cuenta de que empezábamos a estar rodeados de muertos.

En el barrio empezaron a encontrar yonquis muertos en las aceras, en los descampados, en las habitaciones de pisos y chabolas; vamos, en cualquier parte. Y yo me cosqué de que el caballo era la ruina. Solo el Elena y el Chinao me escucharon en ese momento de iluminación y nos desenganchamos los tres a la vez. No es que no nos costara, pero tampoco fue un esfuerzo tocho porque no estábamos enganchados del todo. Los demás colegas están todos muertos.

El Elena se convirtió en el hermano que la vida me había robado. El Chinao..., bueno, era colega, pero, según nos hicimos mayores, él se hizo más raro, más introvertido, iba a su bola. Nunca pensamos en trabajar, al menos en la forma que lo hacen las personas normales. Siempre andábamos metidos en algún trapicheo. Lo mismo vendíamos Winston americano de la base de Torrejón que televisores que despistábamos de algún camión. Trapicheábamos con ropa, discos, comida, bebida y con drogas, sí, también con drogas. Si sacábamos pasta vendiendo botellas de whisky y jamones, pillábamos hachís. Si nos iba bien vendiendo el costo, comprábamos un buga de segunda mano hecho polvo y un colega nos lo maqueaba en su taller para que le sacáramos el triple de lo que nos había costado. Cosas así, de poca monta.

No, nunca llegamos a ser como mi hermano y sus colegas. Porque nos tocó vivir otros tiempos y porque ellos eran de otra pasta. A veces me consuelo pensando que yo sigo vivo y ellos no. Pero tampoco es que le vea el sentido a una cosa o a otra, a vivir o a morir, a seguir luchando o a acabar con todo.

A ver, que no es que me quiera morir, pero que me como mucho el tarro. Siempre me ha gustado entender las cosas. El camino ha sido largo hasta comprender que hay cosas que no tienen explicación. Simplemente ocurren.

Y hablando de entender, volvamos a esos «felices tiempos de la niñez». Vale que el Cuqui era un cabrón, que me lo digan a mí con lo del perro y el gato. Pero era guapo y tenía labia. No era raro verlo con una piba cada mes, o cada quince días, y a cuál más bonita. Nuestra amiga la Remedios, Reme la pelirroja, estaba como atontada cada vez que lo veía desde que la protegió del

degenerado del Patuchas. Era verlo y dejaba lo que estaba haciendo. Daba igual que fuera solo o con su nueva novia, eso a ella no le importaba, porque veía normal que las pibas se lo rifaran.

—Es tan guapo... —solía decir. Y después se quedaba como en otro mundo media hora o así.

Una tarde que estábamos todos jugando en el descampado, mi hermano y el Cuqui pasaron por nuestro lado. Las niñas jugaban a la rayuela, ese absurdo juego en el que empujaban una piedra dando saltitos a la pata coja en unos cuadrados dibujados en el suelo con tiza. Nosotros jugábamos al pingüino. El juego consistía en que un crío se agachaba dentro de un círculo y otro, de pie, tenía que evitar que los demás lo friéramos a collejas. Si el que protegía de las collejas al otro te tocaba en cualquier parte del cuerpo te tocaba a ti agacharte en el círculo. Lo que molaba era sacar a la madre (el crío que protegía al que estaba agachado) del círculo, que se podía hacer, entonces los demás caían como buitres sobre el pringado que estaba dentro del círculo y que Dios lo cogiera confesado. Pero a lo que iba, que me voy. La Reme dejó lo de la rayuela y se puso frente al Cuqui con la mejor de sus sonrisas.

—Cuando sea mayor —le dijo— nos vamos a hacer novios y nos casamos. El Cuqui se quedó flipando y mi hermano se descojonó vivo.

—¡La Reme tiene novio, la Reme tiene novio!... —corearon las niñas.

—Vale, pelirroja —dijo el Cuqui, encendiéndose un cigarro—, lo que tú digas, yo te espero.

Y la Reme se lo creyó. A partir de ese momento siempre decía que se iba a casar con el Cuqui.

Al Dandy tampoco se le pasó lo resultón que podía llegar a ser el Cuqui. Una tarde lo vi llegar al barrio en un BMW deportivo de dos plazas. En el barrio no se había visto un carro así ni de coña. Y yo, que siempre quería controlarlo todo, allí que me quedé filando. El Cuqui salió de detrás de una esquina con su chupa negra de cuero, sus vaqueros de pitillo y sus Yumas. Encendió un cigarro y se acercó hasta el coche. Lo acarició como se acaricia la piel de una mujer por primera vez.

—¿Quieres probarlo? —le dijo el Dandy por la ventanilla.

—Claro, dabuten.

El Dandy se bajó para cederle su asiento al Cuqui. El BMW salió chirriando ruedas. Al cabo de una hora volvieron. El Cuqui hizo entrar el

coche como una bala en el descampado y lo frenó en seco haciendo un trompo. Yo flipaba.

Por la noche le pregunté a mi hermano que quién era el hombre del BMW.

—¿Ese? Ese es un bujarra de dinero, pero es un tío mangui, te lo digo yo. No te fíes nunca de las apariencias, niño.

Debía de faltar, si no me fallan las cuentas, medio año o algo más para que a mi hermano y a los demás les cambiara la vida. A tres de ellos les cambió tanto que la palmaron, entre ellos a mi hermano, creo que ya lo he dicho. Medio año en el que yo crecí deprisa y fui pillando más confianza con él, que cada vez me contaba más cosas. El Dandy siguió viniendo por el barrio hasta poco antes de que ocurriera lo inevitable porque se había encaprichado del Cuqui. Y este no dejaba pasar la ocasión de conducir los bugas que traía el nota. Pero pasado un tiempo no lo volví a ver más.

Le pregunté a mi hermano que por qué ese menda no venía ya por el barrio. Me contó que un día se llevó al Cuqui a un descampado y que le intentó comer los morros. Después le dijo que se la chupara y él empezó a hacerlo, hasta que le metió un mordisco y casi se la arranca. Después le puso el estilete en el cuello y le dijo que se habían acabado los paseos, que a partir de ese momento solo curro y nada más que curro. A huevos no le ganaba nadie. Eso no le sentó bien a un tipo como el Dandy. Probablemente esto influyó en los hechos dramáticos que vendrían después, o quizás solo hizo que se adelantaran.

5

Los basureros entran a lo del Litri como han hecho cada madrugada desde que trabajan en la empresa. Han pasado tres días desde la movida del camión. Solo el que recibió el botellazo sigue de baja. El Elena y yo llevamos un par de días comiéndoles la oreja para que retiren la denuncia al Cuqui «... porque acaba de salir de la cárcel, porque es un pobre tarado que ha perdido la memoria, porque..., porque...». Uno de los barrenderos se acerca hasta donde estoy con el Elena y otro par de colegas.

—Hemos retirao la denuncia contra tu colega, al final nos ha dao pena. Pero no contra los hijoputas que nos atacaron. Hace falta ser maricones para hacer lo que hicieron, protegidos por la masa, a unos pobres barrenderos que están currando.

—Gracias, tío —respondo. A continuación meto la mano en el bolsillo, saco una piedra de hachís de la que bien pueden sacarse tres chinas y le doy la mano. Me la estrecha, se guarda la piedra y vuelve a reunirse con sus compañeros.

Los barrenderos terminan sus carajillos y abandonan el bar. Esta noche van a trabajar más contentos gracias a mí.

El Litri no para de servir tercios y litros de cerveza; el garito está animado a estas horas. De entre los clientes, los hay que cobran el paro. Otros reciben pensiones del Estado, los menos. Y los que no han trabajado nunca ni tienen intención de hacerlo obtienen sus ingresos por todo tipo de trapis.

El Cuqui no ha parado mucho por su casa, por si venían a detenerlo. Tampoco se ha dejado ver por el barrio. Ha estado toda la tarde sentado por pequeños parques de la zona de Las Rosas, tomando litros de cerveza, paseando para cambiar de banco y fumando porros. La gente no ha dejado de lanzarle miradas disimuladas, y es que sus pintas y su actitud no cuadran con

un lugar que ha sido edificado con pisos de lujo alrededor del metro de Las Musas. El Cuqui no ha parado de flipar por la cantidad de edificios nuevos con patios, garaje y piscina, porque en estos días ha ido recibiendo destellos desde lo más profundo de su memoria. No es que haya recordado muchas cosas, pero sí le han venido imágenes del barrio antes de su apagón cerebral, y también de las dos bocas del metro de Las Musas rodeadas de descampados, vertederos e incluso de algunas eras, de cuando parecía más bien una zona de guerra al estilo Sarajevo, solo que no había habido ninguna guerra. Fugazmente, hasta se ha visto a él mismo y algunos colegas, a los que no ha podido poner cara, atracando a punta de navaja a los pobres incautos que salían del metro y tomaban el camino de tierra que llevaba, entre montañas de escombros, hasta los primeros bloques de pisos de Canillejas.

Ha estado vagando por esas calles, nuevas para él, viendo que la gente que vive por allí es muy distinta a la que vive en nuestra zona. Ha puesto la oreja en conversaciones cuando pasaba por alguna terraza de las muchas cafeterías de por ahí. Las parejas charlan felices con otras parejas, cuidando de que no se alejen los niños, mientras beben cervezas y dan cuenta de buenas raciones de pulpo, de bravas o de lo que se pinte. Ellas llevan vestidos de marca, y ellos, polos y bermudas, de los caros. Se ve que no han comprado esas ropas en los mercadillos o en las tiendas de saldo. Por lo que ha podido escuchar, son gente que trabajan de médicos, de profesores o bien en prósperos negocios. Ellas van bien maquilladas, y ellos, afeitados. Todos sonríen.

El Cuqui toma sus pastillas con cerveza, y eso que los médicos le han dicho que no beba, y que la droga, ni olerla, claro. Mezcla la olanzapina y el aripiprazol sin ningún conocimiento, porque no acaba de aprenderse cuándo debe tomar uno u otro; se olvida de mirar el papel donde lo tiene apuntado todo, porque le importa una mierda. Además, él cree que con no chutarse cumple. Por si fuera poco, según pasa el día y van cayendo birras y petas, se le olvida tomar las siguientes pirulas. Por eso algún día, por la mañana, por rutina, por no aburrirse, le da por contar las pastillas y, claro, no le salen las cuentas, pero no le da importancia. Al Cuqui no le importa un carajo nada.

Después de andar sin rumbo un rato más, cruza la avenida de Arcentales. Al fondo se recorta, como un espectro, el estadio Wanda Metropolitano, antiguo Estadio de la Peineta, bautizado así porque la grada de hormigón se parecía al accesorio para el pelo. Un estadio que nació para ser olímpico y

rodearse de hoteles de lujo. Los hoteles nunca han terminado de construirse y el estadio quizás nunca sea olímpico, aunque quizás albergue un día una final de Champions ahora que el Atleti es el propietario del campo. Pero eso al Cuqui le trae sin cuidado.

Tras cruzar la avenida, enfila la calle Lucano. Las mujeres ya no llevan peinados de doscientos pavos ni vestidos caros. Tampoco los hombres visten bermudas de marca y sus chanclas no son ni Nike ni Adidas. La avenida es algo más que una frontera física. Es tarde. Pasa por la bodega del Suso, que ya está cerrada, pero de pronto el Cuqui recuerda cómo es el garito por dentro y su mirada traspasa el cierre metálico, trasladándolo a otra época. Se ve a sí mismo tomando cervezas con antiguos colegas. Se golpea las sienes con las palmas de las manos y por fin la imagen desaparece.

Lo del Litri todavía debe de estar abierto y el Cuqui calcula que los barrenderos ya habrán empezado a currar. Se aburre, y el aburrimiento es muy malo. Al menos, los del Litri lo conocen. Cuando llega, el bodeguero lo mira como si fuera un insecto molesto que ha empezado a zumbarle los oídos. Su poco entendimiento le dice que debe de estar enfadado por la que montó la otra noche. Lleva las manos metidas en los bolsillos, mientras avanza lentamente hacia la barra. Suena una canción de Extremoduro. Los clientes hablan y ríen mientras beben cerveza y menean los pies al ritmo de la música.

—Oye, Cuqui —le dice el Litri, mirándolo con ojos de águila ratonera y sosteniendo un porro en la parte derecha de la boca—, aquí no quiero movidas. Este es mi curro, ¿sabes? Y no voy a aguantarte tus historias de pirao.

—...

—El otro día te pasaste diez pueblos, tronco. He tenido que estar contestando las preguntas de los putos maderos e invitando a los jodidos barrenderos. Porque son clientes, Cuqui, clientes, ¿tú sabes lo que es eso?

—...

—No, claro, tú qué coño vas a saber. Por no hablar de los secretas que aparecen por aquí ahora a asomar los hocicos para ver qué coño se cuece en el garito.

—¡Coño, Cuqui, ¿dónde te has metío, colega?! —dice el Elena, que no sabe que meterse en medio de una conversación no es de buena educación. Pero él tiene la que tiene, que no es mucha.

—Por ahí... —contesta, extendiendo el brazo.

—Así que... —sigue el Litri.

Y yo, que me huelo lo que va a venir a continuación, tercio en la conversación para intentar poner paz.

—Venga, coño, Litri, ¿cuántos años hace que nos conocemos?

El Elena asiente varias veces con la cabeza.

—Este es mi curro, Mochuelo, con el que me busco la vida. Si me lo chapan, ¿qué hago, eh? ¿Me vais a dar tú o este desgraciao las pelas para vivir? ¿Ein?

El Cuqui ha oído lo de *desgraciao* y mira en la barra por si hay algún tercio de cerveza, porque como lo vuelva a insultar se lo va a romper al Litri en la cabeza. Puedo leerle la mente.

—Venga, Litri, coño —comenta el Elena, pasando la mano por el cráneo del Cuqui—, que nosotros lo controlamos. El nota acaba de salir del trullo y está desorientao, se está acostumbrando de nuevo a la libertad.

El Cuqui duda ahora entre si estamparle el tercio al Litri o al Elena por tocarle la cabeza. Como ve que el Elena y yo estamos intentando ayudarlo parece que decide controlarse, pero veo que no le resulta fácil.

«1, 2, 3, 4...»

—Venga, Litri, joder —digo.

«... 5, 6, 7, 8...»

—Mira, Cuqui —interviene el Litri—, vamos a correr un estúpido velo. Pero a la próxima... Vamos, que si se cae una birra al suelo y estás tú en el local, te voy a echar la culpa, tronco, y no vuelves a entrar, ¿te coscas?

«... 9, 10... 1, 2...»

—Venga, Cuqui, colega, pídele por lo menos perdón al Litri, que no has dicho na todavía —le propongo.

—El otro día me pasé, tío —dice por fin el Cuqui—. Lo siento, lo siento que te pasas. —«... 3, 4, 5, 6...».

—Va, vamos a dejarlo estar. Pero al loro, tronco, al loro contigo —advierde, y pone fin a la conversación.

El Elena y yo sacamos fuera de la bodega al Cuqui, que la cosa ha terminado bien, no la vaya a liar todavía. Le paso un litro de cerveza. Bebe un largo trago y después se hace un porro. El Elena vuelca un poco de su litro en

el suelo, al lado de donde su perro bulldog está tumbado, aparentemente dormido. Se llama Pirri. Y Pirri olisquea, abre los ojos y empieza a chupar de la cerveza.

—Joder, Elena —le digo—, tienes al perro alcoholizao.

—Si es que le gusta al hijoputa.

—Claro, claro.

—Y los porros. Mira, mira...

El Elena da una calada al porro, se agacha y echa el humo despacio. Pirri vuelve a olisquear como loco y después vuelve a su sitio. En vez de tumbarse se desparrama en el suelo.

El Cuqui nos mira a todos, a Pirri, a mí, al Elena y a los demás. También observa a una chica que no le quita ojo desde que ha llegado al antro. La Reme Schiffer es pelirroja, con unas cuantas pecas por las mejillas. Lleva una camiseta roja de tirantes, pantalones cortos vaqueros y zapatillas de deporte. Sonríe mientras sus ojos se cruzan y él se desconcierta observando las sucias baldosas de la acera. Me doy cuenta, pero no digo nada. La mirada del Cuqui se desplaza ahora hasta la acera de enfrente. Desde allí, un tipo desaliñado lo está examinando. Se sujeta con una muleta sobre la que apoya el brazo izquierdo. Le falta la pierna. El Cuqui conoce al nota. Empieza a temblar descontrolado y su cerebro empieza a recibir imágenes relacionadas con el cojo, imágenes sueltas, sin relación, escenas que el Cuqui no consigue conectar entre sí. El Elena y yo lo agarramos mientras él se golpea la cabeza —qué puta manía— con las palmas de las manos. Mete la mano en el bolsillo del pantalón y saca un puñado de pirulas de colores. Elige un orfidal y se lo traga con cerveza.

—Tranqui, Cuqui, tranqui —le digo—. Vaya marrón que nos ha caído.

—Tranqui, bebe otro trago —le dice el Elena, ayudándolo a alzar la botella.

El Cuqui bebe. La birra fría lo alivia por el momento. Cuando vuelve a levantar la vista se encuentra con los ojos del Tente a un metro. El cojo avanza. Saltan chispas. El cerebro del Cuqui es un hervidero de imágenes del pasado pero con unas lagunas de la hostia. Al final, el cojo se abraza a él. Y el Cuqui se queda con los brazos caídos y empieza a llorar. Y yo contengo las ganas, porque los sollozos del Cuqui son los más amargos y tristes que he escuchado en toda mi vida. Y he visto llorar a gente, a demasiada gente.

6

El día está revuelto, han bajado las temperaturas y amenaza tormenta. En la bodega del Litri no hay mucha gente, salvo un par de viejos que charlan y toman un vino, dos mujeres con un par de bolsas del supermercado que descansan mientras beben cerveza y comentan los últimos chismes del barrio... y Avelino. Él es la obra de caridad del Litri. Su mujer y sus hijos lo abandonaron diez años atrás y hace cinco intentó suicidarse cortándose las venas. Es vecino del Litri. Al Litri le dio lástima y desde entonces hace su vida en la bodega. Está enfermo, no cobra pensión y nadie va a verlo. Siempre se sienta a la misma mesa. Siempre está solo, y mira la tele. El Litri le pone de beber y un plato de comida todos los días, la misma comida que se hace para él. Apenas habla salvo para pedir disculpas o para ceder la silla si ve que alguien la necesita. Si al Litri le hace falta cualquier cosa, el Avelino va a buscarla. Se ha convertido en el chico de los recados, pero le compensa.

Por la puerta aparece el Tente, que viene a buscarnos al Elena y a mí. Lo vemos. Lo miramos. El Litri le señala la puerta del almacén y le guiña un ojo. Él asiente y avanza apoyándose en la muleta. En un pispás, los tres estamos sentados alrededor de una mesa de plástico que lleva impresa publicidad de Mahou.

—¿Cómo lo veis? —pregunta el cojo.

—Está trona, colega —digo.

—Majara, como una puta regadera —apunta el Elena.

El Litri acaba de depositar sobre la mesa tres tercios de Mahou y un plato de cacahuetes. El cojo nos echa un vistazo, alternativamente. Su mirada asusta, y él lo sabe. Nosotros observamos la mesa y después las paredes y las cajas de botellines. Los silencios del cojo agobian que te pasas.

—Entonces..., no recuerda na.

—Na, tío, es como si tuviera los sesos hechos papilla, como si los hubieran pasao por un pasapurés y luego se los hubiesen puesto otra vez —le digo.

—Yo creo que le vienen *flashes*, colega —dice el Elena—, sobre todo cuando empieza a darse hostias en la pelota él solo con las manos. No se puede hablar con él mucho, así como estamos hablando nosotros, porque el nota no se centra en una charla. Enseguida se distrae, o mira pa otro lao, o coge y se pira, tío. Pa mí que está mu tocao.

—No nos ha conocido desde el principio. Yo el otro día estuve comiéndole la cabeza, explicándole quiénes somos este y yo, y terminó, como dice el Elena, dándose gallas en las sienes, tío. Pa mí que el nota hace el esfuerzo, ¿sabes? Pero no se cosca. Es como si, en el momento que está intentando recordar, al nota le crujiera la cabeza, ¿sabes?

—Entonces —dice el cojo— es que se le está moviendo algo aquí dentro. —Y apunta con el dedo índice su propia cabeza.

—¿Que tú crees...?

—Yo no creo na, pero por lo que me estáis contando...

—Yo creo que está majara, tronco —le digo—. Ya no es solo que no recuerde. Es que se comporta como un tolai unas veces y como un menda chungo otras. Ya te habrás enterao de lo del camión de la basura, ¿no? Pos eso, tronco, que no carbura. Me dijo que está tomando pirulas pa esos jamacucos que le dan, pero no creo yo que sea mu bueno mezclar toda esa mierda con birra, hachís y farlopa, vamos, digo yo, porque el nota priva como una esponja y, menos caballo, lo he visto meterse de to.

—¿Por qué no le entras tú? —pregunta el Elena—. Eras su mejor colega. El otro día, cuando te vio, se echó a llorar, pa mí que a ti te conoció a la primera. Eras mu colegas, y además está lo de...

El cojo mira al Elena perdonándole la vida. Nadie habla nunca de lo que pasó a la ligera en su presencia. El Elena se da cuenta de que acaba de meter la pata cuando el Tente saca su estilete automático, lo abre y atraviesa con él la superficie de la mesa soltando un «mecagüendios» de los que acojonarían al más pintado.

—Coño, Tente —le dice el Elena, llamándolo por su apodo. Nadie sabe el origen del mote, salvo él mismo, suponemos—, perdona, tío, que se me va la

pelota.

—¡Es que es oír hablar de aquello y me hago mala sangre, ya lo sabéis, joder! —contesta mientras desclava el estilete—. No le dejéis hacer gilipollices. Respondéis de él, ¿está claro?

Afirmamos un poco acojonados. El Tente se pone de pie más deprisa de lo que lo haría cualquier otro tullido. Cierra la puerta, paga los tres tercios al Litri y se despide de él.

—¿Todo bien, Tente?

—De puta pena, tronco, de puta pena. Yo creo que lo que me da fuerza pa vivir es esta puta rabia que llevo encima. No somos na, Litri.

—Venga, cuídate, y alegra esa cara, que parece que vienes de un entierro.

El cojo se va. El Elena y yo nos apoyamos en la barra. Pedimos dos tercios y nos hacemos un porro sentados sobre dos de los taburetes altos de la barra. Meneamos los pies, todavía impresionados por la mala hostia del Tente, al ritmo de la música que escupe la minicadena del Litri.

*¡Estoy buscando al doctor pa que me dé la receta
para irme a una farmacia y ponerme ciego de anfetás!
Me estoy quitando. [Mentira, que te visto yo ir pal polígano...]
Me estoy quitando. [Que no, que no es pa mí, que es pa otro que
también se está quitando]*

7

Detrás de la casa del Cuqui hay un descampado que los vecinos utilizan para aparcar sus coches, y los críos, para corretear y jugar. Todas las noches, uno de los vecinos aparca un camión frigorífico y no vuelve a cogerlo hasta la mañana siguiente, a eso de las ocho. El Cuqui lo ha estado observando y sabe, porque en el barrio se sabe todo, que el vecino va por la tarde al matadero, llena el camión y, cuando lo aparca por la noche, deja la cámara frigorífica conectada para así empezar el reparto a la mañana siguiente. Hace dos días robó un Renault Clio para seguir al del camión y aprenderse la ruta de reparto. También lo siguió otro día con un Ford Fiesta robado para ver que el tipo hace siempre la misma ruta. Ha tomado notas en un cuaderno: nombres de calles, direcciones y eso. Durante el recorrido ha reconocido algunas zonas, sorprendiéndose. También se ha llevado una sorpresa al robar los coches y comprobar que no se le ha olvidado hacer un puente y que a la vez es incapaz de recordar a su padre y a su madre, lo que lo ha puesto muy nervioso y ha llorado de impotencia, otra vez, y ha dado rienda suelta a la violencia, esa que a duras penas puede contener y que llega sin avisar. Esta vez la solución ha sido un trankimazin y una parada de autobús destrozada a golpe de piedra, ante el flipe de los pasajeros que esperaban el transporte.

A la mañana siguiente, el Cuqui sale de su casa y se dirige al descampado. Todavía no ha amanecido y apenas hay gente por la calle. No le cuesta nada abrir la puerta del camión. Abre la guantera y saca unos papeles. Entre ellos está la hoja de reparto. En ella están apuntados los puntos de descarga de material que él también tiene anotados en su propio cuaderno. En una de las columnas se indican las entregas que se pagan en metálico, que son mayoría, y las que no. Hace un puente y se lleva el camión. Al cabo de dos horas y media ha terminado. En los mercados y tiendas no le han pedido muchas

explicaciones, es lo bueno que tienen las prisas. Ha entregado las piezas de carne y le han pagado firmando un albarán. Dos o tres sí que le han preguntado con cara rara, por sus pintas, por el señor Andrés. Él ha dicho que estaba enfermo y que lo sustituía, nada fuera de lo normal. Y los otros se extrañan un poco, pero sin llegar a sospechar. Tampoco es que un camionero, y más siendo joven, deba ir de Armani y lucir bronceado de máquina de rayos UVA. A las diez y media, aproximadamente, aparca el camión en un descampado cercano a la Glorieta Elíptica, pilla el metro y regresa al barrio con unos novecientos euros en el bolsillo. Entra en su casa, se da una ducha y se echa en la cama. No tarda en dormirse.

A eso de las ocho y media de la tarde, aparco mi Vespino frente a la bodega del Litri. Acabo de hacer un servicio. El Elena está fuera tomando una cerveza. Nos saludamos. Pirri, su perro alcohólico, está despanzurrado en la acera sobrellevando una buena borrachera.

—¿Qué tal, tronco? —me pregunta.

—Putra madre, tío, como siempre.

Más tarde, el Elena monta en su moto y sale disparado. Tiene que ir hasta Leganés, el negocio es el negocio. Telefarla, lo llamamos. El Tente nos llama por teléfono y nos dice dónde tenemos que llevar un gramo de farlopa o los que se pinten. Hacemos la entrega y nos llevamos la comisión. El beneficio tocho es para don Aquilino. No hay negocio ilegal que no controle. En el barrio no pasa nada sin su consentimiento, aunque últimamente las cosas no son como antes, porque ahora hay rumanos, panchitos, rusos, búlgaros..., y porque los tiempos han cambiado.

Cuando vuelve el Elena, su perro todavía sigue durmiendo. Yo tomo una birra. El garito está animado. Sobre las mesas, grupos de cuatro juegan al mus. El fútbol y esa antigualla que se conserva en el antro, la máquina del millón, funcionan a pleno rendimiento y el Litri no deja de servir cervezas y algún que otro pelotazo con cara de ganador, gesto que aumenta según va creciendo la caja. Su aparato de música escupe canciones nacionales de los ochenta, como cualquier otra noche. Huele a porros, a rancio y a lejía, sobre todo cuando se abren las puertas de los servicios, que empiezan a funcionar a pleno rendimiento acogiendo a farloperos de todo pelaje.

El Cuqui entra en el garito y pide una cerveza. Se coloca a mi lado. Nos saludamos con unos gruñidos. El Elena también está cerca. Lee el *As* con el

mismo interés que si hubiera recibido una carta de un abogado diciéndole que ha heredado un pastón. Unos dos metros más allá hay una pandilla de chavales que hacen reír a unas chicas. Entre ellas se encuentra la Reme Schiffer, la chavala pelirroja que desde hace unos días no deja de observar al Cuqui, la misma niña que saltaba a la comba y que se quería casar con él, pero que ya no es una niña, salta a la vista, sobre todo por un buen par de tetas a punto de saltar desde el escote. A la Reme Schiffer la bautizaron así por un dudoso parecido a la modelo alemana, aunque lo cierto es que no se parecen en nada. Al que se le ocurrió el mote, aquella noche, estaba borracho como una cuba, a ella le hizo gracia y todos desde entonces la llaman así. La chavala es hija de una puta del Venus, el puticlub del barrio, que murió de sida, y ha sido criada en el garito por todas las compañeras. Cuando llegó la hora de escolarizarla, fue la Puri la que se hizo pasar por su madre. La Reme Schiffer estudió en el colegio de las monjas, que no eran tontas. Pasaron por alto la supuesta maternidad de la Puri gracias a un generoso donativo que salió de una recaudación de entre todas las putas para tan alto ideal. Don Aquilino aportó una generosa suma porque, en el fondo, la Reme Schiffer era una chica del barrio, y él cuida de la gente del barrio.

Don Aquilino aportó la suma porque, en el fondo, la chavala podría ser su hija, solo podría, aunque él siempre desecha la idea cuando ve esos mechones de pelo pelirrojos.

Don Aquilino lleva el Venus. Le compró el negocio a un clan gitano que hace años dejó de operar en el barrio. A su vez, ellos heredaron el negocio del legendario Torre, uno de los pioneros, un héroe del que aún se cuentan leyendas por cada rincón del barrio. Esa es otra historia que estaría en el primer tomo de la enciclopedia de *Historia del barrio*. Pero las enciclopedias de historia de los barrios no existen.

La Reme Schiffer mira al Cuqui de vez en cuando. No se parece en nada a aquel chaval de melena negra que la tenía hipnotizada cuando ella aún era una cría. Hasta que pasó lo que pasó y el Cuqui desapareció en un agujero negro de su memoria. Ella terminó sus estudios como pudo, entre litros de cerveza, porros, besos y promesas en cada esquina, y desde entonces ha trabajado de panadera, de pescadera, de frutera, de repartidora de periódicos, de canguro por horas, de limpiadora, de dependienta en una tienda de ropa, de dependienta en una lavandería...; la lista es larga. Ahora parece que se ha

centrado trabajando en una peluquería que es una tapadera de los negocios ilegales de don Aquilino. El local lo lleva una mujer sudamericana ya madura, de unos cuarenta años, aunque también podría tener cincuenta, que es la que le ha ido enseñando el oficio poco a poco por indicaciones de don Aquilino, que es quien le paga el sueldo por llevar el negocio, por meterse entre sus sábanas y por hacer la vista gorda en gran variedad de asuntos.

—La Reme Schiffer está quedá contigo, tronco, igual que cuando era una puta cría, ¿te acuerdas? —le digo.

Y el Cuqui cada vez que le dicen lo de «te acuerdas» se cree que se están quedando con él y le entran ganas de apretar el cuello del que se lo dice hasta que al hijoputa se le ponga la cara morada. Pero, claro, por otra parte, el Elena y yo somos los únicos que le hemos dado algo de cariño desde que ha salido de la cárcel. Puede, y de hecho así se lo hemos asegurado, que fuéramos incluso colegas en el pasado, ese pasado tan lleno de lagunas y agujeros en su mente, así que se controla, por mucho que le cueste reprimir los instintos violentos y las voces que le dicen que nos mate allí mismo.

—Me voy a cagar en Dios, Mochuelo. Como..., como vuelvas a decirme otra vez que si me acuerdo de tal o cual movida no respondo, ¿te coscas?

—Hostias, perdona, tío, pero es sin intención, no me doy cuenta.

—Venga, Cuqui —tercia el Elena—, que el Mochuelo y yo somos tus colegas, que él solo...

Pero el Cuqui deja de escuchar. Se acoda a la barra y se golpea la cabeza intentando sintonizar las frecuencias que perdió por el camino. El Litri lo mira desde lejos y se caga en sus muertos porque al final ese puto tarado va a espantar a todos los clientes. La suerte del Cuqui es que en ese momento don Aquilino está al fondo de la barra tomando una copa de Chinchón y mojando cada dos por tres la boquilla de su puro en el anís. El viejo tiene la habilidad de ser medio invisible para los demás, pero lo controla todo y se da cuenta de las intenciones del Litri. Con un alzamiento de la mano derecha lo frena en seco. El Litri no le pasa pasta al viejo, aunque algún trapi ya hacen, pero lo respeta, como todos en el barrio. Que don Aquilino pague su copa con un billete de veinte y deje de bote el cambio ayuda, claro que ayuda. Cuando el Cuqui ve salir del garito a don Aquilino, parte de su cerebro se reactiva y recuerda a alguien más joven. Le vienen ráfagas de la facha del viejo años atrás, pero pronto se evaporan, como cada recuerdo que intenta ganar la

superficie de su puto entendimiento.

Al Tente lo llaman por su apodo en su presencia, por respeto y porque maneja la muleta como si fuera una catana, aunque cuando él no está, todos hablan de él como el cojo. Y el cojo, o el Tente, se encuentra en ese momento al otro lado de la plaza fumando un cigarrillo, apoyado en esa muleta que ha dejado sin dientes a más de uno. En ese momento, su mirada de tigre apunta hacia la puerta del garito del Litri, incluso traspasa el cristal mugriento justo cuando el Cuqui se está dando gallas en la cabeza. Apaga su cigarrillo y masculla un «mecagüen Dios, mecagüen la hostia» que no anuncia nada bueno. Se hace mala sangre.

Justo cuando empieza a sonar una canción de Extremoduro que habla de reinas de las aves y de miserables ratones, la Reme Schiffer entra al Cuqui ensayando una sonrisa de princesa. El Cuqui, que no trata con mujeres desde hace... (se le ha olvidado), no sabe bien qué responder.

—Es la Remedios, la de la Puri —apunta el Elena, intentando ayudar. Pero cuando va a decir eso de «¿no te acuerdas?», recula, no sea que al Cuqui le dé por liarse a hostias y quedarse solo, que está muy pallá.

El Cuqui intenta viajar hacia el pasado, pero en vez de detenerse en el pasaje que le recuerde a la Reme Schiffer más joven, su cerebro podrido acaba en un lugar que solo él sabe. Sentado sobre el taburete, empieza a pedalear en el aire y sus manos agarran un manillar invisible.

—¿Por qué me acuerdo ahora de un parque, de mis padres dándome una bolsa de palomitas y del puto triciclo? —me pregunta con cara de crío, como si yo tuviera las respuestas a sus jodidas taras de desquiciado.

—Tranqui, tronco —le digo, palmeándole la espalda, para intentar que se tranquilice. Pero el cabrón sigue pedaleando como un puto tarado.

Se echa a llorar, pero solo un poco, «no vayan a tomarme por maricón», me dice, acercándose a mi oído. Ahora se descojona, hay que joderse. Ella le ve esas lágrimas breves que han recorrido sus mejillas y se cree lo que no es. Y se enternece. Y el Cuqui decide pirarse.

—Que me abro —nos dice, y nos quedamos con cara de *flipar en estéreo*.

Llega a su casa, abre un tercio y se bebe media cerveza de un trago. Después enciende un cigarrillo.

—¡Me cago en mi puta calavera! —grita, estrellando el casco de cerveza contra una de las paredes de la cocina.

8

Por su pluriempleo, el Tente no tiene mucho tiempo. Volver a ver al Cuqui, a su antiguo colega, le ha dado un subidón, pero a la vez le ha revuelto las entrañas. De vez en cuando lo ve, charla con él y ambos recuerdan viejos tiempos. Los que el Cuqui puede recordar.

Los dos están sentados en un banco de un parquecillo cercano a la casa del Cuqui, tomando unos botes de cerveza y fumando cigarrillos. Yo he ido paseando con ellos, y ahora me he levantado con disimulo para apoyarme en la barandilla del parque infantil, como si estuviera pensando a mi bola. La verdad es que los he dejado solipandis para que charlen de sus cosas. Hablan de cuando eran críos, de los años en el talego y, claro, del último atraco. Muchas de las cosas que el Tente va diciendo tienen el efecto de hacer recordar algunas cosas al Cuqui, con mucho esfuerzo, con mucha lentitud. Y a veces evitan hablar del pasado, que no es cuestión de torturarse.

Los dos antiguos colegas beben buscando en el fondo de los botes de cerveza una salida a su vida, como si esta fuera una pesadilla y pudieran despertar lejos, en otra ciudad, en otro país, a lo mejor en otro puto planeta. Porque sus vidas han sido de esas que uno no desea ni a su peor enemigo: los atracos, sus cuerpos acribillados y jodidos, y luego la trena, con todas las miserias que conlleva estar tantos años a la sombra. Porque en la cárcel han estado metidos en peleas, les han robado, los han apuñalado y los han violado, así, como suena.

El Cuqui se acerca a un chino a por otros tres botes. Me pasa uno, me guiña un ojo y yo flipo, porque es la mayor muestra de cariño que me ha dado hasta ahora. Ellos siguen hablando del talego, de las humillaciones que han tenido que sufrir, y acaban llorando de rabia e impotencia contemplando unas calles, las de nuestro barrio de siempre ahora cambiado, que no van a

ofrecerles más que tristeza, desesperanza y las jodidas penas que siempre han vivido allí. El Tente le cuenta al Cuqui que a veces ve fantasmas, de sus colegas muertos en aquel tiroteo, de sus colegas muertos por el caballo. Y le cuenta que gritan y que esos gritos son los más tristes del mundo, que nunca ha escuchado nada igual, ni siquiera en esas películas de miedo que veían en la tele de pequeños.

—Lo de los... fantasmas va de coña, ¿no? —pregunta el Cuqui, menos cortado que de costumbre por las cervezas y porque su cabeza se va acostumbrando poco a poco a las compañías y a la libertad.

—No, no va de coña, tronco. Son demasiados como para no verlos.

Al Cuqui también lo persiguen sus fantasmas, pero siempre en sueños. Y los pocos recuerdos que atesora se le revuelven en el cerebro como serpientes que estuviesen estrangulando a una presa.

—Tengo que abrirme, tronco, en media hora entro a currar en el Venus. ¿Tomamos la última en la bodega?

—Dabuten.

Pedimos tres birras. Saludamos al Chinao. El Cuqui nos imita, porque no sabe quién es el nota feo que está apoyado sobre la barra, aunque le vienen ráfagas de imágenes a la memoria. El Chinao se ha convertido en un tipo ni alto ni bajo, ni gordo ni delgado. Viste un chándal azul desteñido, playeras medio rotas y luce un pendiente de aro en la oreja izquierda y un flequillo que le llega hasta la nariz, en medio de un careto picado de viruela. El Chinao está en paro y sobrevive a base de trapicheos, cosas de poca monta. El chaval ni siquiera fue al colegio y si le metes más de cinco palabras en una frase te mira como si le hablaras en checheno. Además, tiene fama de guarro.

Poco después de que se marche el Tente, el Cuqui también abandona el tugurio, pero antes me mira como si quisiera que lo acompañara, así que me voy con él. No habla. Camina con las manos en los bolsillos hasta alcanzar la calle Lucano y al cabo de un cuarto de hora de silencio, más o menos, llega a la bodega del Suso. Su cabeza recibe imágenes de otra época, puedo verlo porque el nota empieza como a emocionarse, una cosa muy rara. Imágenes de litros en la calle, de colegas sosteniendo un porro en una mano y una birra en la otra, de un loro estéreo escupiendo notas de rock and roll, de...

Vuelve a golpearse la cabeza con las manos —¡joder, otra vez!— hasta que los recuerdos incontrolados paran, creo que más por efecto psicológico

que por los trompazos. Entra en la bodega. Algunos lo miran, otros no hacen ni caso y siguen a lo suyo. El Suso también lo mira, a él y luego a mí. El Cuqui pide dos tercios de Mahou desde la esquina de la barra que está más cerca de la puerta. Yo me limito a estar con él. Finalmente, el Suso lo saluda y enseguida comprueba que el Cuqui no lo reconoce, aunque eso no es cierto del todo porque cree recordar el careto del bodeguero, esa jeta tan peculiar, esos ojos achinados, la cabeza gorda, su baja estatura..., pero no logra situarlo. No se ha bebido ni medio tercio y el Suso ya le mete el tercer grado, y le dice que es una putada lo que les hicieron. Y el Cuqui se mosquea. El Suso se lo ve en la cara y pasa, no sea que vaya a haber movida. Entonces el Cuqui me mira y hace un gesto con el que me dice que nos sentemos a una mesa. Hay veces que no lo pillo. Ahora parece un nota cualquiera, un menda que está bien, hasta me ha sonreído. Nos sentamos. Y entonces empieza a contarme movidas, como si fuéramos dos colegas que hemos quedado para tomar unas birras. Me cuenta con pelos y señales su salida del trullo y su encuentro con su vecina, la señora Estrella. Lo que hace cuando llega a su casa por la noche. Y después, el cabrón se descojona contándome los euros que se sacó con el camión de reparto de su vecino. Me tengo que reír.

De repente calla y se queda como si estuviera catatónico. Se levanta y sale del garito. Lo sigo. Filamos la calle Lucano para abajo y terminamos caminando por un pequeño parque entre la calle Ilíada y la avenida de Arcentales. El nota pateo piedras y otros residuos. Una señora en bata y zapatillas que pasea un pequeño perro lo mira y se aleja persignándose. Sus pensamientos, su puto chine, hace que pegue un puñetazo —no me da tiempo a pararlo— al cristal de una de las entradas a un aparcamiento de residentes. No lo rompe, pero se jode la mano. Me dice, con una cara de crío que me deja un poco pillao, que los tranquilizantes le hacen menos efecto cada vez. Y que piensa en comprar heroína, en meterse un pico y «¡a tomar por culo todo!». Rompe a llorar. Y yo pienso que..., joder, que menuda fiesta.

—El jaco no... —murmura—. El jaco no.

9

El Elena y yo salimos de casa de don Aquilino con cuarenta pavos cada uno en el bolsillo. Nos los hemos ganado siguiendo a un nota que trata de aparentar que lleva toda la vida parando por la bodega del Litri. Como pensaba don Aquilino, el Rata, así llaman todos al pavo, es un secreta. El madero lleva una chupa de cuero negra desgastada, vaqueros y botas camperas de tacón cubano. También luce pendientes, cicatrices en cara y brazos y una coleta grasienta. Lleva parando por la bodega un mes, algo más, justo desde que algunos palos se han ido a tomar por culo y a más de uno de los notas que curran para don Aquilino les ha costado un susto.

—¡Le metemos una curra que le reventamos los dientes, don Aquilino! —había dicho el Elena.

—No.

—¡Se lo hacemos gratis, don Aquilino! ¡Hijoputa el madero...!

—No. Mírame, Elena —dijo don Aquilino, señalándose los ojos con los dedos índice y medio de la mano derecha—. Si le damos una curra, como tú dices, se van a dar cuenta de que lo hemos descubierto. Entonces pondrán a otro y tardaremos en identificarlo. Así, sabiendo quién es el pavo, casi que lo podemos aprovechar y hacer correr información falsa. ¿Te coscas, capullo? —termina por decir el viejo cariñosamente.

—Joder, lleva usted razón. Por eso es el amo del barrio, el puto jefe.

—Venga, pingo, no me des jabón, que nos conocemos.

El Elena desata a su perro de la farola donde lo había dejado antes de entrar en casa de don Aquilino, que no soporta a los perros. Pirri olisquea el suelo en busca de algún rastro de cerveza.

—Coño, Pirri, siempre igual. Eres un puto bolinga.

—Lo dices como si el chucho fuera un quino por su cuenta. Que el que lo ha alcoholizao eres tú.

—Claro, como si tú y los demás no le dierais birra, no te jode...

—Coño, porque... —Pero me callo, que me veo que nos vamos a meter en una discusión de estas que no llegan a nada.

El chucho emite dos ladridos desganaos y mira al Elena boqueando, con la lengua fuera.

—Venga, que ahora pillamos un litro en la bodega.

Me descojono porque parece que el perro lo entiende. Empieza a mover el rabo.

—Hay que joderse —dice el Elena.

Al cabo de un par de horas, en la bodega, me cosco de que me he pasado con el chinchón y me he liado de mala manera. También he fumado más de la cuenta. Pero me han salido varios servicios de Telefara, el curro es el curro, en la zona sur de Madrid: Alcorcón, Leganés... Para terminar de cagarla, me he metido un rayajo de esos olímpicos. Cuando llego al barrio con la moto, después de haber pasado las papelas a los clientes, me encuentro con un control de la policía municipal. Me paran. La buena noticia es que he vendido toda la farlopa y me ha dado tiempo a tirar el hachís unos metros más atrás. La mala es que cuando uno de los maderos me pide los papeles me cosco de que no puedo ni hablar.

—Los papeles de la moto —dice el madero.

Me levanto como puedo del asiento y saco una carpeta pequeña y cochambrosa. Se la doy al pitufo. Me mira.

—¿Sería mucha molestia que la abrieras?

—No puedo abrirla. —Sorpresidentemente, he recuperado el habla—. ¿Es que no ves que llevo un pedo como un piano? —Para decir esto, mejor que me hubiera quedado callado, pero no he podido, qué coño.

El guardia me mira como si no entendiera, como si no esperara la contestación que, es de cajón, no esperaba. Le pasa los papeles a un compañero y luego me hace soplar en el alcoholímetro. Casi lo rompo.

Otro pitufo se lleva la moto. Y el primero me invita a entrar en el coche patrulla. Me llevan a comisaría. Esa noche, duermo la mona en un calabozo.

Al día siguiente por la tarde, mientras Pirri duerme la mona atado a la reja

del ventanal de la bodega del Litri, al Elena le da por contarme lo de la tarde anterior. Por lo que me cuenta, le dio la brasa al Cuqui pero bien:

—Pues el Mochuelo ya tendría que estar aquí, porque, coño, que está lejos, pero no es para que tarde tanto.

—...

—A ver si se va a haber dao una hostia y está por ahí tirao en cualquier cuneta, cagüen la puta —continúa el Elena a la vez que mira el reloj—. Porque lo he visto a media tarde y llevaba un pedo que te pasas. Claro que otras veces también llevaba un morao guapo y no ha pasao na, pero a veces las cosas pasan y...

—...

—... Y ya ves, tronco, resulta que el puto Rata ese es un secreta, con las putas pintas que lleva. Su puta madre, porque don Aquilino me ha frenao, que si no, es pa esperarlo en una esquina y molerlo a palos, al hijoputa, tronco...

—Pos vale, colega, no me des más la brasa. Al madero, si te ha dicho don Aquilino que lo dejes, pos pasas de él, y el Mochuelo ya aparecerá, cojones.

—Ya, pero...

—Ni pero ni hostias, que dejes ya de comerme la oreja. Y si no puedes parar de rajar, no te esnifes más rayas. Fúmate un peta o date una vuelta.

—Joder, Cuqui...

—...

—Pues el Madrid este año no gana la Liga porque...

—Jodeeeerrrr... Me piro al tigre.

—Voy contigo.

—¡A mear, coño, no a rayarme! Además, ¿no acabo de decirte que no te pongas más lonchas, cojones?

—Oug...

Mientras estaba meando, el Cuqui fijo que rezó para que el Elena lo dejara en paz, fijo que pensó que le iba a estampar la cara contra la barra.

Ahora me está pegando la brasa a mí, y si no lo paro es porque sé que el día anterior se estaba preocupando por mí, pero de repente el nota para de hablar y se va. Lo veo acariciando la cabeza de Pirri y echando un chorro de cerveza en el suelo para que el perro lo chupe. Incluso parece que le está tarareando una canción. No puede ser, estoy flipando.

Al cabo de un rato, el Elena charla con el Chinao y otros dos prendas que el Cuqui no conoce, porque lo veo poner cara entre chungo y raro. Resopla y finalmente logra relajarse. Hasta que la Reme Schiffer se escabulle del grupo en que está y se acerca. El Cuqui se teme lo peor, por el careto que lo veo poner. La piba lleva varios días dándole conversación y regalándole sonrisas.

«¿Cuánto llevo sin estar con una mujer?», parece preguntarse el Cuqui. «¡Joder, media vida», parece contestarse.

La piba lo atrae, pero no siente nada especial por ella, no siente nada especial por nadie, ni siquiera por él mismo. Lleva quitandosela de en medio... ¿una semana?

La Reme le sonrío a menos de medio metro de su cara. Y a él se le descuelga la mandíbula inferior, pero sus mejillas permanecen estiradas, tersas, como si fueran de cuero curtido.

—¿Me invitas a una birra?

—Vale. —Y el Cuqui llama al Litri y le pide dos cervezas.

El futbolín echa humo y los pierdepagas van uno detrás de otro. Un chaval de unos dieciséis años golpea la máquina del millón como si quisiera despedazarla.

—¡A ver, tú, hijoputa! —grita el Litri mientras abre los dos tercios que ha pedido el Cuqui—. ¡Como vuelvas a dar golpes a la máquina rompo el cristal con tu cabeza! ¡Y me suda la polla, que me lo paga el seguro!

El Rata está allí también y sonrío con cara de hiena mientras hace un turulo con un billete y se lo pasa junto con la bolsita de perico a una colega de la Reme Schiffer, que le guiña un ojo y se pira al servicio. Él la sigue.

—¡Eh! —dice el Litri—. Rapidito, os pegáis los tiros y pafuera. Si vais a follar, al almacén, y eso vale pasta, ya lo sabes.

—Joder, tío...

—Ni joder ni jodamos, es lo que hay.

La amiga de la Reme Schiffer y el Rata salen del tigre muy contentos. Ella, que estaba dispuesta a dejarse follar, se extraña de que el Rata no se lo pida. Él, ya fuera, apoyado en la barra, le dice que lo acompañe al almacén. Pero ella, con los efectos de la coca ya en su cerebro, le recita un «¡que te pires!» seco y bastante poco amistoso. Y pone cara de que a la próxima raya ya verá, si es que la hay, y que, si no, se lo hará con otro. Total, todos los hombres son iguales.

Pero la Reme Schiffer no piensa eso. Ha estado con tíos, claro, pero lo del Cuqui, lo que siente... Le cuesta llegar hasta él y veo que le parece raro, seguramente porque nunca ningún hombre ha sabido decirle que no, la piba está cañón. Pero no se enfada, como que ese detalle le gusta, se siente más atraída por él. Cualquiera entiende a las pibas. Si hablan, da igual el tema, el Cuqui no es capaz de construir más de dos frases seguidas. Es como si algo en su cabeza estuviera estropeado. Así que finalmente lo besa en los labios. El Cuqui se queda flipao y no sabe qué hacer.

Los del fútbolín han empezado a discutir porque el delantero de una de las parejas ha metido un gol con la media, y eso, en el barrio, es de maricones. Los del equipo contrario dicen que el gol no ha valido, y se lían. El Litri tiene que salir de la barra con una porra que alguien robó una vez a un madero y dejó olvidada en la bodega. Hay dos que se están peleando y han tirado las cervezas al suelo.

—¡Cagüendios! —grita—. ¡Ni una noche puede estar uno tranquilo!

Levanta la porra y la lanza con todas sus fuerzas sobre la espalda del que le pilla más cerca. El chaval aúlla de dolor y su amigo agarra al Litri por el brazo. Este vuelve la cabeza para dar al que lo agarra, mientras el que ha recibido el porrazo levanta un tercio de Mahou para estrellárselo en la cabeza.

—¡Te vamos a quemar la bodega, cabrón!

La otra pareja se ha retirado de la movida, no vaya a ser que salpique. Cuando el chaval va a romper el casco en la cabeza del Litri, su antebrazo se encuentra con la mano del Cuqui, que ha dejado a la Reme Schiffer en la barra. Le quita la botella, la deja despacio sobre el fútbolín, lo agarra del cuello y lo levanta del suelo. Con la mano libre lo abofetea, anverso-reverso, ¡zas, zas, zas!

—¡Joder! —grita el Elena desde la puerta—. ¡Si no le ha calzaos seis hostias con la mano abierta, no le ha calzaos ninguna!

—¡La hostia con el Cuqui! —dice el Chinao.

—Sí, es mu colega mío —afirma el Elena, presumiendo.

El Cuqui baja al chaval al suelo.

—Ahora, tú y tu colega os vais de aquí. Y como volváis os meto la barra del fútbolín por el culo sin quitarle los jugadores. La de la media —aclara, y sonrío como si le hubiese tocado la primitiva pero con más mala leche.

Es la primera vez desde que ha salido de la trena que lo veo decir tantas

palabras seguidas, y él es el primero en flipar. Los chavales salen corriendo del garito como si los persiguiera un espíritu maligno. Al Litri le cuesta decirlo, pero al final lo dice.

—Gracias, tronco.

—Son niñatos, ya se les pasará.

Y le vienen imágenes. La imagen de unos billares y don Aquilino dándole dinero, chicles y tabaco, a él y a sus amigos. La imagen de unos billares y él jugando al fútbolín con el Tente. Pero el Tente es más joven, un crío, tiene las dos piernas y sonríe. Hay otros dos colegas, sus contrincantes y otro que mira. Se acuerda de todos ellos, por primera vez, y recuerda que están muertos, y de que no murieron de muerte natural. Los ve tirados en el suelo de un garaje sobre un charco de sangre, la sangre de todos ellos entremezclada en el suelo grasiento. También está el Tente, pero el Tente está vivo. Él está vivo. Un tipo le apunta con un revólver.

Después, la oscuridad.

Esto me lo cuenta al rato, antes de pirarse un poco más tarde. Yo no sé qué decirle, parece que me ha tomado por su confesor. No me importa, al nota hay que darle cuartelillo, porque es colega y porque bastante tiene encima.

—Muy profesional, tío.

Es el Rata quien lo saca de su movida mental cuando estaba a punto de empezar a machacarse la cabeza con los puños y montar el número. El secreta le tiende la mano y él la mira sin entender nada, hasta que pasan unos segundos. Después, lo mira a los ojos. La tensión es de flipar, la atmósfera es de flipar, el silencio que se ha hecho en la bodega es de flipar. El Litri sube el volumen de la música para que Martin Barre comience a hacer el punteo de «Aqualung». La música de Jethro Tull hace que cada cual vuelva a lo suyo. Y el Cuqui da la mano al madero aun sabiendo que es madero, porque don Aquilino ha dicho que...

Se da media vuelta y se dirige a la barra. Se pone a hablar conmigo y me cuenta, me cuenta, y entre el flipe que llevo, el que lleva él y que no se explica precisamente como un pavo de estos que dan clases en la universidad, pillo la mitad o menos, pero le palmeo la espalda y él cabecea despacio, agradece el gesto, o a mí me lo parece.

Cuando termina de darme la charla, la Reme Schiffer lo besa.

—¿Qué te debo, Litri? —pregunta.

—Hoy invita la casa —contesta el otro mientras limpia vasos con un trapo amarillento.

—Vale.

Después mira a la Reme Schiffer. Ahora es él quien la besa.

—Vamos a mi casa —le dice.

Ella lo agarra del brazo y los dos salen de la bodega. El Cuqui no sabe si estar contento o cagarse de miedo. La Reme va flipando.

—Vas a matar al puto chucho si sigues dándole birra, tío —le advierte el Cuqui.

El Elena sonrío con cara de cordero degollado.

10

Son las dos de la mañana. Llevamos unas dos horas en el muelle de carga de una empresa de transportes cuando un tráiler con matrícula de Navarra arranca, ya era hora. El conductor bosteza, se restriega los ojos con los dedos y el nota, todo confiado, cree que va a empezar su viaje, que con un poco de suerte llegará a su destino en unas horas. Gira a la derecha en una de las calles del polígono y, tras pasar una glorieta, gira a la izquierda. En el siguiente cruce, algo le impide seguir avanzando. Al principio no se da cuenta, pero, según se acerca, se cosca de que lo que hay en la calzada es una furgoneta de tamaño medio, volcada. Frena y, sin quitar las llaves del contacto, el pringao baja con la intención de socorrer a los posibles heridos. Es justo en ese momento cuando tres tipos con pasamontañas salen de detrás de la furgo. Uno de ellos lleva una pipa.

—Pero ¿qué coño...? —el camionero flipa.

—¡Las putas llaves! —le grita el de la pipa, apuntándole a la cabeza.

—¡Es... están puestas! ¡No dispaes, por favor!

El que lleva la pistola no dispara, pero golpea la frente del camionero con el cañón y el nota cae redondo sobre el asfalto. Los otros dos cargan con él y depositan el cuerpo entre unos matorrales de un solar.

—¿No le has dao mu fuerte? —pregunta uno de los encapuchados al de la pipa.

—¡Qué coño le voy a haber dao fuerte! Ese en media hora se despierta flipando.

Los tres atracadores suben a la cabina y el camión se aleja llevándose la furgoneta volcada por delante.

A esa misma hora, un fuerte dispositivo policial espera a que se produzca

un robo de las mismas características en un polígono industrial de Alcorcón, pero pasa el tiempo y no ocurre nada. Al final, abandonan la zona. El soplo que les han pasado es falso. Cuando al comisario de San Blas le dan la información por la mañana, la del despliegue policial y la del robo en la otra punta de la ciudad, se pellizca la barbilla, bebe un sorbo del café que hay sobre su mesa y piensa que Domingo Tamurejo (alias *Rata*, alias *Chopo*, alias *Elías*, alias *Tablón*, alias...), su topo, está marcado.

El Elena, el Cuqui y yo aparcamos el camión y bajamos de la cabina, ya sin los pasamontañas. Mauro, uno de los que curran para don Aquilino, ordena a tres pavos que acaban de inaugurar la veintena que abran la puerta del remolque. Estamos en una nave abandonada tela de tocha de la zona de Barajas, lo suficientemente grande como para camuflar el tráiler. Mauro enciende un pitillo, da una calada profunda y asiente repetidas veces. El camión está lleno de electrodomésticos de última generación. A continuación saca un sobre de una bolsa de deportes y me lo pasa.

—Os lo habéis currao, tíos. Ya seguimos nosotros con la movida. ¿Tenéis transporte?

—Sí, hemos quedao con un colega.

—Pos venga.

—Hasta luego —dice el Elena.

—Nos vemos —digo.

El Cuqui no dice nada. Va detrás de nosotros por un sendero que conduce a una vía de servicio. Hay aparcados varios coches. Uno de ellos arranca y pone las luces. Lo conduce el Chinao, que llega hasta donde estamos y nos recoge. Le deslizo un par de billetes.

—¿Qué hay, troncos?

—¿Qué hay? —contestamos el Elena y yo. El Cuqui sigue callado, parece flipao con sus movidas mentales.

El coche sale pitando, chirriando ruedas.

11

El Tente y el Cuqui eran dos fantasmas. Se les podía aplicar eso de «quién te ha visto y quién te ve». No eran ni la sombra de lo que habían sido, pero algo retenían y ese poco hizo que hicieran lo que al final hicieron.

Una mañana, bien temprano, tres pavos esperaban al Tente a la salida del Venus. Dos de ellos le sujetaron los brazos mientras el tercero lo miraba a los ojos sonriendo como un reptil venenoso. El tercer nota era el Rata, que le asestó tres puñetazos en el estómago que le cortaron la respiración.

—Buenos días, hijo de puta —lo saludó el madero—. Mírame. ¡Que me mires, cabrón! —volvió a decirle el Rata, atizándole otro puñetazo en la cara—. Esto es solo una pequeña advertencia. Trabajo para unos amigos tuyos. Unos amigos que quieren recordarte que si estás vivo es por ellos, porque te han dejado vivir. Saben que han soltado a tu colega, ese grillado que anda por ahí con los otros dando palos. A esos amigos les da igual lo que hagáis para buscaros la vida, pero son muy desconfiados, ¿sabes?

El Tente escuchaba al Rata atentamente mientras recobraba poco a poco el resuello. Escupió un diente y sangre.

—Me han dicho que te advierta de que lo que pasó, pasado está, que las cosas, por su parte, se van a quedar como hasta ahora. Y quieren que, ahora que ha salido tu colega del maco, no tengáis ideas raras. No tendría sentido que os diera por joder la marrana y tocar los huevos. Porque entonces... Entonces no duraríais vivos ni dos minutos. ¿Lo entiendes?

El Tente no dijo nada, solo miró al Rata con desprecio y lo escupió a la cara. Entonces, el cabrón le largó una última tanda de puñetazos. Después ordenó a sus machacas que soltaran al Tente y este cayó en la acera como un fardo.

Lo encontró un cuarto de hora después uno de los hijos de don Aquilino y lo llevó a la casa familiar. Llamaron a un médico que le curó las heridas, le administró un sedante y le recetó antiinflamatorios. También comprobó que no tenía ningún hueso roto, dijo que lo de los dientes era cosa del dentista y que él recomendaba que lo vieran en un hospital, no fuera a ser que hubiera heridas internas, algo que nunca ocurrió porque el Tente, a los tres días, volvió a trabajar en el Venus y en el Joavic.

Pero aquella movida le revolvió las tripas. En su cerebro tuvo que haber un cortocircuito o algo. Yo lo sé porque, después de contarnos esto a todos cuando se recuperó de la paliza, vi que había algo en su mirada, algo que no tenía antes. Era odio y rabia. Eran ganas de matar. No al Rata, que era quien le había dado la paliza a él, sino al Dandy y a los dos maderos que les habían buscado la ruina a él y a sus colegas. Yo creo que antes ya tenía esas ganas muy adentro, pero se las aguantaba porque ya había pasado mucho tiempo, o por no meterse en más movidas chungas..., vaya usted a saber. Al Cuqui también le apretaron las clavijas al día siguiente, en su casa. Le dieron de hostias y de patadas. Aquello fue la guinda.

Solo unos días más tarde, el Tente nos dijo que se iba a liar parda, y aquello se fue haciendo una bola, una bola que nos tragó a todos. El Dandy y los dos maderos no sabrán nunca lo bien que habrían hecho si se hubieran quedado quietos, dejando las cosas como estaban. Pero no, tenían que meter la gamba, claro, acostumbrados como estaban a hacer lo que les salía de los huevos.

Yo aún recuerdo los años que me chupé después de aquella maldita masacre. Mi madre nunca superó la muerte de mi hermano. Empezó a ponerse triste, cada día más, hasta que murió hecha un vegetal. Mi padre era un pobre hombre, un borracho que ahogaba sus penas en el fondo de una copa de coñac. Una tras otra, claro. Murió en un hospital psiquiátrico con alucinaciones de flipar. Y yo, un chaval que se quedó sin su hermano, sin familia, refugiado con mis colegas, el Elena y el Chinao, en el fondo de una chuta. Todavía hoy no recuerdo cómo logré salir adelante, no me lo explico. Yo tenía que haberla palmado.

El barrio fue cambiando. Los descampados fueron sustituidos por bloques de pisos y pequeños parques, y los hijos de los que se buscaban la vida empezaron a ir al colegio, a estudiar y a currar. Los manguis, los que no

teníamos otra cosa, pasamos de ser mayoría a ser un puto reducto, como las reservas indias de las pelis del Oeste. A mí tampoco me iba eso de redimirme. ¿Para qué? ¿Para pasarme ocho horas o más en un taller, una fábrica o una oficina y ser feliz con una mujer, unos niños y una hipoteca? No, eso no era para mí, nunca lo sería. Además, traficar con drogas me daba más pasta que cualquier curro de mierda, y era mucho menos peligroso que atracar bancos o gasolineras. Y ese oficio sí que me esforcé en ir aprendiéndolo, maestros nunca han faltado. También dábamos pequeños palos, bien planeados, fáciles, y si don Aquilino estaba detrás, nunca pasaba nada. Tenía roces con los maderos, claro, pero normalmente tampoco era por marrones muy gordos, con lo que volvías a estar en la calle en nada de tiempo. Además, la cosa iba por rachas. Y si hablamos de aquellos momentos, en los que el Tente tomó la decisión, yo no pasaba por mis mejores momentos.

Sí, no pensé que iba a vivir otro episodio de esos que te cambian la vida, de los que se dan pocos a lo largo de la puta existencia, pero que te marcan, y hacen que tu forma de ser y de vivir nunca vuelvan a ser como eran.

12

Era verdad, yo no estaba teniendo una buena racha. Después de la movida con la moto, la pasma me había colocado con farlopa. Fue una noche en la bodega del Litri, en una redada. El Elena y yo seremos personajes marginales, como dicen los modernos, pero no somos tontos. En la bodega siempre hacemos lo mismo. A primera hora pasamos la farlopa cortada más de la cuenta, como hace todo camello hoy en día, pero no tan cortada como para que no haga efecto. Pero según pasan las horas la mezclamos con polvos de suero oral que compramos en la farmacia a un precio de risa. Se ha llegado a dar el caso en que, según se terminaba la farlopa, lo que hemos pasado es directamente suero con paracetamol machacado. Los clientes, drogados y borrachos como cubas, no se han dado ni cuenta, incluso nos han felicitado: «¡Qué rica está la farlopa, niño!». Vamos, el puto descojone.

La noche de la redada, la policía llegó con las sirenas y las luces puestas. Así que más o menos a todo el mundo le dio tiempo a tirar las diferentes drogas que llevaban encima. Pero a mí me había dado un retortijón de estómago y estaba en el tigre intentando cagar, y, claro, cuando salí me encontré de frente con el marrón. Los maderos, después de ligarme cinco papelas de gramo de los bolsillos, me metieron en la lechera y, venga, otra vez en la comisaría. Estaba pensando en alquilar una habitación allí, para tener mis comodidades y mis movidas.

Me han tenido un par de días en los calabozos de plaza de Castilla, hasta que me han hecho un juicio rápido de esos de ahora. El perito judicial le ha dicho al juez que no pueden condenarme ni retenerme más, que lo que estaba vendiendo no contenía nada de farlopa. Vamos, que estaba vendiendo suero oral mezclado con paracetamol y otras sustancias más bien inocuas, según las palabras del nota que no veas si hablaba raro, a precio de gramo de coca, eso

sí, pero que de perico nada de nada.

Cuando llego a la bodega, el caso ha sido noticia en algunos periódicos, y hasta alguna cadena de esas que dan la brasa toda la mañana en la tele no han hecho otra cosa que cacarearlo. ¡Joder, pero si hasta querían entrevistarme a la salida del juzgado! En uno de esos periódicos gratuitos que se reparten por el metro hasta habían puesto una foto mía sacada de una ficha policial. El titular decía: «Absuelven a un traficante de cocaína porque el polvo que vendía no contenía nada de la mencionada droga».

—¡Me cago en sus putos muertos! —digo—. ¡Me cago en...!

—¿Qué te pasa, tronco? Contento tendrías que estar, que si te pillan con las bolsas de farla guapa te comes un marronazo —dice el Elena.

—Sí, pero lo de la noticia de los periódicos y en la tele han sido los putos maderos. Como han hecho el ridículo delante del juez, le han pasao a estos cabrones la foto de la ficha, tronco, si no de qué. ¡Ahora a ver quién me va a comprar a mí farla, cagüendios!

—No te hagas mala sangre —añade el Chinao, tras beber de su tercio de cerveza y lanzar un eructo. Luego sigue con lo que estaba haciendo: mirar el suelo y acertarle a un bote de cerveza con un güito de aceituna disparado desde su boca.

El Elena es el primero que recibe la llamada. Un encargo de Telefarla a Torrejón de Ardoz y después otro a Meco. Sale sin despedirse. Deja un platillo con cerveza a Pirri, que está atado en la puerta, y sale chutao en la moto.

—¡Me voy a cagar en tus muertos! —grita el Litri—. ¡Venga a darle birra al perro y la puerta de la bodega siempre llena de meaos!

Pero el Elena ya no lo escucha. Después soy yo el que recibe el encargo de llevar unos gramos, primero a San Blas, luego a Quintana y luego a Ventas.

—¡Joder, y eso que me acaban de soltar!

—Pos no vayas —contesta el Chinao.

—El curro es el curro, tío.

Cuando vuelvo de currar, en la bodega no hay mucha gente. El Cuqui y la Reme Schiffer están sentados en un banco. Me acerco a ellos mientras enciendo un truja y me apoyo en un árbol, cerca pero sin joderles el rollo. Están pimplándose unos botes de birra y se dedican a mirar a la luna, a unos chavales que han descubierto el caballo al mismo tiempo que su sexualidad de

adolescentes y a dos perros callejeros que también hacen lo que pueden con su sexualidad.

—Vaya panorama, ¿no? —apunta el Cuqui—. Anda, vámonos pa la keli, que me da el bajón. ¡Mochuelo! —grita—. Venga, vente y echamos una birra.

—Vale —le digo. Total, no tengo nada que hacer, y si me llaman para llevar papelinas tengo la moto al lado.

El Cuqui no es de esos a los que le dan bajones, porque siempre anda nervioso, porque no se dedica a ese deporte que muchos llaman *meditación* y porque siempre lleva farlopa para contrarrestar el efecto muermo de las pastillas que tiene que tomarse diariamente y de los canutos.

Al Cuqui le va mucho mejor desde que la Reme Schiffer cuida de él. Lo acompaña la mayor parte del tiempo, sin hacer preguntas, le hace comidas y cenas, limpia la casa y duerme en ella la mayoría de las noches. Él no entiende qué ha podido ver en un jodido tullido mental que además se gana la vida robando y, en general, jodiendo a prójimos y no tan prójimos. Además, en lo sexual el Cuqui es como un anciano. Por lo que me cuenta, que últimamente parece que me ha elegido a mí para contarme sus movidas como si yo fuera un loquero, una vez casi lo consiguen, y ese fue el día que él decidió poner remedio y se hizo con unas pastillitas azules que yo mismo le había dicho que servían para eso. Se lo preguntó al médico una de las veces que fue a por recetas:

—Yo no tomaría Viagra, con el cóctel de medicamentos que estás tomando —le había dicho—. Mira, si empiezas con eso, puede que te quedes en el sitio, y eres muy joven.

—Claro, pero seguro que usted folla como si nada, ¿a que sí?

—Estamos hablando de ti y mi obligación como médico es...

—A mí la vida me importa un huevo. Y si la palmo, pos mira, no estaría mal que fuera echando un polvo.

—Yo...

—¡Que te pires, brasas!

Con efectos secundarios o sin ellos, el Cuqui y la Reme Schiffer follan ahora más que cualquier pareja. Ella le dice que no le importa «si lo hacemos menos veces, que a ver si te va a dar un jamacuco y la cagamos». Y él le dice que «ni de coña, que pa eso llevo sin follar años, y si me peta la patata y la palmo, me echas en un contenedor de basura, nada de curas ni entierros».

Vamos, que el nota le ha cogido el gusto. También le dice que no hace falta que haga la comida ni que limpie, que «vaya cortazo». Pero ella siempre le contesta que lo hace con gusto y que está enamorada de él «hasta las trancas».

Parte de los pocos minutos al día que el Cuqui piensa los dedica a la Reme Schiffer. Según me dice, le gustaría enamorarse de ella, pero no le sale. El nota no ha leído los informes médicos. Yo sí. Aparte de la amnesia y otros daños, él ya nació con una psicopatía en un grado entre bajo y medio, agravada por su adicción a las drogas, que le impide enamorarse del todo o «sentir total empatía por los demás». Para eso no hay medicación. Aunque si lograra recordar, lo mismo podría...

El Cuqui mete la llave en la cerradura y abre la puerta. Entran al salón. Ella enciende la luz y ve una columna de humo azul que sube desde detrás del respaldo de un sillón colocado frente a la ventana. El Cuqui no ve el humo, pero le mosquea que el sillón esté en una posición extraña. Una voz como de ultratumba empieza a escucharse en la penumbra.

—Qué puto coñazo de vida. Ojalá mi vieja hubiese abortado. Ojalá vuestras viejas hubieran abortado. Ojalá el puto Dios o quien sea el puto responsable de esto se hubiera olvidado de crear este barrio y sus putas criaturas a su imagen y semejanza. Ojalá que el puto mundo entero explote un día como en una mierda de película de esas americanas. ¡Pero antes me las pagan! ¡Por estas!

Esto último lo dice levantándose del sillón, con su sobaco apoyado en la muleta. Lleva un pantalón vaquero con una de las perneras hecha un nudo a la altura del muñón que le cuelga de la cadera. Luce camisa negra de seda de manga larga. Las muñecas asoman luciendo varias pulseras de oro. Una cadena también de oro adorna el cuello del Tente, que golpea el suelo de rabia con el tacón de su bota vaquera negra mientras se apoya en la muleta. Lleva gafas de sol a pesar de que hace tiempo que es de noche. Y su mirada no es que dé miedo, es que acojona.

De todas formas, para acojonar al Cuqui hace falta algo más que eso. Cuando quiere reaccionar, lo primero que piensa es que un tío se ha colado en su casa, así que por muy cojo que esté le va a machacar la cabeza y después si acaso ya le pregunta. La Reme Schiffer no se acojona, conoce al cojo de toda la vida, pero ve la arrancada del Cuqui dispuesto a embestir al Tente como si fuera un toro de Miura. El Cuqui vacila, porque cuando está a punto de

agredirlo se da cuenta de que es su colega el Tente y para.

—¡Me cago en la hostia, tronco! —dice el Cuqui—. ¡Podrías llamar a la puerta, como hace todo el mundo, joder!

—Sí, ya, perdona, tronco, pero me ha dao por ahí. Es que... Es que tengo que decirte algo importante.

El Cuqui respira. La Reme Schiffer se tranquiliza y va a la nevera a por cuatro tercios de Mahou.

—Mira, tronco, he esperado todo este tiempo, he esperado... Fuimos colegas, los mejores colegas, pero ahora... Ahora somos dos tullidos, tío, yo con lo mío y tú con lo tuyo. Y aunque no lo fuéramos, han pasao tantos años que... —El Tente no para de titubear—. ¡Y encima ahora nos vienen con amenazas! Nos dan una paliza y nos dicen que nos estemos quietos. Pues ¿sabes lo que te digo?: que se acabó. Que voy a hacer lo que tenía que haber hecho hace tiempo.

La Reme Schiffer vuelve de la cocina con las cuatro birras. Las deja sobre la mesa. El Tente se bebe media de un trago, le hace falta. El Cuqui saca de su bolsillo una bolsa de la que extrae una pequeña roca de farlopa. La amasa y separa cuatro rayas con una vieja tarjeta de banco. Mientras lo hace, empieza a llorar. Yo flipo. La Reme Schiffer le hace una carantoña, pero no dice nada. El Tente balbucea mientras nota que sus ojos se humedecen también. Después, las lágrimas se desparraman por sus mejillas. En ese momento se le pasa por la cabeza darle un tiro al Cuqui, y no de farlopa, de los de verdad, y después pegarse otro él «y a tomar por culo». En vez de hacer ese jodido disparate pilla el turulo que le pasa la Reme Shiffer y se esnifa su raya de un tirón. Luego se termina el tercio de un trago y se enciende un cigarro.

—Podéis hacer dos cosas. O seguís llorando como dos putas mariconas o le cuentas de una puta vez lo que le hayas venido a contar —dice la Reme Schiffer. Yo me he sentado en una silla a mi bola. De aquí no va a salir nada bueno.

—Esta vida..., esta vida es una puta mierda, colega. Hay gente que no lo sabe, y yo siempre me digo que ya se coscarán, y que cuanto más tarde se cosquen, más fuerte va a ser el talegazo. Pero allá ellos, que se jodan. Los veo a diario, ¿sabes? Pasean por el parque con el carrito del niño con unas sonrisas que te pasas. ¡Degenerados! ¿Cómo se atreven a traer criaturas a este mundo de mierda? Te juro que no lo entiendo, tronco. Y esas sonrisas que

también lucen en los supermercados mientras les tangan y les van sacando pavo a pavo sus sueldos de mierda. Y con esas jodidas hipotecas... Te juro que no sé de qué coño se ríen. Esto es un puto surrealismo. ¡Pero si ahora hasta los panchitos hacen *footing* y van en bici! Lo que te digo, todos gilipollas, colega, todos gilipollas.

Después de la llantina, el Tente se ha acelerado. La mala hostia y la farlopa no son una buena combinación.

—Ahora, te digo una cosa, los muertos gritan, nuestros colegas gritan en mis sueños clamando venganza, tío, y cuando gritan los muertos, a mí me hierva la sangre por ellos, por ti y por mí. Yo puedo ser gilipollas, pero no soy un pringao. A mí ya me importa todo un huevo, ¿sabes? Me importa un carajo eso de llegar hasta un día en el que te mires en el espejo y veas algo parecido a tu careto pero lleno de arrugas, con cuatro pelos blancos en el cartón y que después tengas ganas de mear y no puedas. ¿Para qué? Yo lo que creo es que la peña se cree que va a vivir siempre. Pero a mí vivir o morir me la trae floja, colega. Dicen que un tío así es muy peligroso. Pues entonces soy peligroso, ¡qué cojones! ¡Soy el puto nota más peligroso! Todavía tengo los huevos bien puestos. Y tú, Cuqui, y tú, con que llegues a ser la mitad de lo que fuiste, me vales.

El Tente no ha preguntado al Cuqui si lo va a ayudar a vengarse. Lo da por hecho. Y no lo hace gratuitamente. Desde que le ha soltado el puto rollo, el lenguaje corporal de su colega le ha dado la respuesta.

—Los tíos que nos hicieron aquello van a flipar —continúa diciendo—. Vamos a convertir sus vidas en un puto infierno. ¡En un puto infierno, Cuqui! ¡Por estas!

13

Ahora es la Reme Schiffer la primera en coger el turulo y esnifarse su raya de cocaína. Lo hace después de meter en el equipo de música el último cedé de Extremoduro. El siguiente es el Cuqui, luego yo, y el último es el Tente, al que tras pegar un trago de su cerveza parece que le han vuelto a entrar las ganas de vivir o algo así. Pero vivir drogado, borracho o las dos cosas, porque estando sereno se agobia. Ya no tiene ganas de llorar. Tiene ganas de que llegue el momento de la venganza. Y si entre raya y raya vuelven a venirle las ganas de morir, lo hará, pero lo hará matando.

El Tente mira al Cuqui, no sabe por dónde seguir.

—Soy el Tente, tronco, y el motivo por el que me falta el anca es el mismo por el que a ti se te ha ido la perola. Dimos el palo, fuimos al garaje que nos dijeron y nos tirotearon. ¡A los cinco! Y nos dejaron allí tirados, como si fuéramos perros.

Los dos se miran fijamente. La Reme Schiffer se ha ido a trastear a la cocina. Yo sigo flipando, y no solo por la farla, la priva y el hachís.

—El Bolas, el Brujo, el Mediahostia, tú y yo —continúa diciendo el Tente—. Palo al Banco de Bilbao, la hostia de pasta, y ellos se la llevaron. El palo fue perfecto. Pero esos hijos de mala madre nos dispararon. Nuestros colegas, muertos, y tú y yo, bien jodidos. Para siempre.

El Cuqui recuerda, ata cabos, intenta retener los trozos de información que le trae su memoria estropeada.

—¡Muertos, Cuqui! Nuestros colegas, masacraos, y tú y yo, mira para lo que hemos quedao.

Al Cuqui empiezan a venirle piezas de imágenes que no encajan, se le pone ese puto careto que ya me sé de memoria. Al principio son como

fotogramas sin sentido, pero, haciendo un esfuerzo, logra unirlos y se ve a él mismo, más joven, con una pipa en la mano, entrando a la sucursal y detrás sus colegas. Ya en el banco, el Tente gritando...

—¿Ya te acuerdas, tío? ¿Ya te acuerdas? ¿Y te acuerdas del Dandy? El Dandy era el pavo para el que currábamos.

Y no es que el Cuqui no lo sepa, que lo sabe, pero luego se le olvida. Sus recuerdos no siguen el mismo camino que los de cualquier persona normal.

—El Dandy, el Dandy... —dice el Cuqui.

El Cuqui está empezando a sentir vértigo porque no le gustan nada los recuerdos que la voz del Tente está rescatando de su memoria. Vuelve a ver los rostros del Brujo y los demás y se da cuenta de que no es la primera vez, de que los ha visto en sueños, unos sueños demasiado frecuentes que recuerda del todo cuando está despierto. Es ahora cuando por fin puede rememorar la secuencia completa del atraco ¿tantas veces vivida? Y vuelve a golpearse la cabeza. ¿Vivida? ¿Cuándo? Y cae en la cuenta de los años en coma. ¡Claro! ¡Eso es! ¡Ha estado inconsciente, pero él no lo sabía! Él estaba viviendo en sueños o lo que sea que fueran esas escenas en las que se vio envuelto tantos años en la cama del hospital. Desde la perspectiva del Tente, habían pasado años, pero desde la suya, parece que los hechos acabaran de suceder, y él los revivía una y otra vez. El nota se levanta de la silla, la alza y después la estrella contra el suelo, destrozándola. El Tente también se levanta para intentar pararlo y la Reme Schiffer lo agarra desde atrás con mi ayuda. El cojo termina por inmovilizarlo, pero el Cuqui se revuelve rabioso.

—¡Para, Cuqui, para! ¡Los vecinos, joder, nos van a oír y solo faltaba que vinieran los maderos!

Parece que se va tranquilizando un poco. Lo soltamos. Camina hasta uno de los sillones para sentarse. La Reme Schiffer recoge los tercios vacíos y los repone por otros llenos. El Tente se enciende un cigarro y le lanza uno a su colega, que lo coge al vuelo. Me tira otro a mí, después se pone de pie y se quita la camiseta. Yo sigo sin hablar. La movida es de ellos.

—¡Mira! —le dice al Cuqui. Y le enseña las cicatrices que le han dejado las balas en los brazos y en la tripa. Hasta tiene una en el centro del pecho—. No tocaron órganos vitales, pero con la pierna no hubo nada que hacer.

El Cuqui se levanta su camiseta y comprueba que su piel tiene aproximadamente el mismo mapa de cicatrices que la del Tente.

—Vivos de milagro, pero a qué precio, tronco, a qué precio.

Mientras la Reme Schiffer cambia el cedé por uno de Fito y Fitipaldis, el Cuqui vuelve a descontrolarse. El muy capullo hasta se hace sangre en la calva con los anillos que lleva en los dedos. Lo agarro de las muñecas y el Tente llega a tiempo de que el nota no se reviente la cabeza a golpes. Con la muleta, le mete un truco seco en la cabeza que lo hace caer redondo al suelo.

—¡Lo vas a matar, joder! ¡Bestia! —dice la Reme Schiffer.

—¡Calla, coño! ¿No ves que, si no, el que se va a matar es él? Anda, llévalo a la cama, que ya hemos tenido bastante por hoy.

El Tente se pira clavando la muleta en el suelo a cada paso y adelantando su única pierna. No se despide. Abre la puerta y desaparece.

Ayudo a la Reme Schiffer a tumbar al Cuqui en la cama. Ella lo arropa y lo besa en la frente. Volvemos al salón y se hace un porro llorando. Y yo le rodeo los hombros con mi brazo y le digo que no pasa nada. Pero claro que pasa. Claro que pasa.

El Tente tiene su chiringuito de noche en el Venus, y es una especie de conseguidor que puede venderte incluso un fueraborda si se lo pides. Podría, si no fuera una gilipollez, hasta fletártelo en el estanque del Retiro. Desde allí y también desde el bar Joavic, en donde vende tabaco por el día, controla Telefarla, el tráfico de cocaína y otras sustancias. En el Venus, además saca buenas propinas. Él siempre ha creído que es porque los clientes del puticlub piensan que una buena propina al cerillero, un oficio que ya se ha perdido con las máquinas de tabaco, puede evitar problemas en caso de líos, vamos, una especie de pago por chapar la boca si hay movidas. Aunque también pudiera ser que los clientes fueran gilipollas, que les sobrara el dinero o las dos cosas a la vez.

A las cinco y media de la mañana, el Tente chapa su mueble con llave. Ya no queda nadie en el puticlub, salvo un par de borrachos y Aurelio, el encargado de la barra. El Tente alza el mentón y Aurelio lo mira con cara de «yo me encargo», así que el cojo se marcha. En la calle hace fresco. Enciende un cigarrillo y emprende la marcha. Se abrocha la chupa hasta el cuello, hace frío. A pesar de la distancia, tarda unos quince minutos en llegar al bar Joavic. Los cierres metálicos están a medio echar, faltan quince minutos para abrir. El Tente se agacha y entra. Saluda a los camareros, que limpian la barra con

trapos para extender el desinfectante de pistola que utilizan. Uno de ellos le pone su habitual copa de chinchón, y algo debe de tener el chinchón, porque todos los exyonquis del barrio lo tomamos. Mola. El Tente se la toma de un trago y pide otra. Esta ya se la lleva a su sitio y la bebe poco a poco mientras abre el trasto del tabaco y se sienta a esperar que lleguen los clientes. La primera hora suele ser fuerte debido a los currantes que bajan a desayunar antes de ir a sus trabajos.

A las nueve de la mañana ya tiene sus buenos euros en el cajón donde guarda el dinero. En ese momento entramos el Elena y yo y le pedimos un paquete de Winston. Además de pagarle el importe del paquete, le pasamos un buen fajo de billetes. A lo largo de la mañana, el Tente se hará con la recaudación de los demás camellos que trabajan para él.

Nos hemos convertido en los ángeles de la guarda del Cuqui, solo que en vez de rendir cuentas a Dios se las rendimos al Tente. Yo ya lo sé, y el Elena sabe algo, lo que yo le he contado mientras veníamos para acá, pero le come la curiosidad. Así que, sin cortarse un pelo, le entra al Tente.

—Pero ¿qué vais a hacer? —pregunta.

El Tente lo mira de esa manera tan chungu suya. Como apenas duerme, siempre lleva dos círculos amoratados que le recubren los ojos.

—Que te lo cuente este —dice—, que yo tengo curro. Espero que no os vayáis de la lengua. No quiero que nadie, pero que nadie, sepa nada de nada.

—¿Merece la pena? —pregunto.

—¿Qué coño de pregunta es esa, tío? Pues claro que merece la pena. Vamos a ir a por esos cabrones que nos la jugaron bien jugá.

—¿Y el Cuqui qué dice? —pregunta el Elena.

—El Cuqui tiene las mismas razones que yo para hacerlo.

14

La semana ha pasado sin novedades. Telefarla ha seguido funcionando, como siempre. El Tente apenas ha dormido dos horas por día, ha seguido vendiendo sus cosas en el Venus y en el Joavic, ha seguido recaudando dinero de sus camellos y se ha follado a una puta nueva que está buenísima, rusa o ucraniana, ya no lo recuerda. También se lo ha hecho con dos nigerianas que ha reclutado don Aquilino para dar un poco de color al negocio. Las putas tienen con él esa especie de juego: las nuevas tienen que tirarse al cojo.

El Cuqui ha ido recuperando los sueños de cuando estaba en coma: los atracos, la masacre en el garaje y algunos otros fantásticos que no tienen nada que ver con los robos. Ha estado despertándose, quedándose en la cama con los ojos cerrados y haciendo grandes esfuerzos por recordar esos sueños. Por lo demás, sigue tomando la medicación, sigue emborrachándose a diario, esnifando coca y fumando marihuana y costo. También sigue con la Viagra para sus encuentros con la Reme Schiffer, que le dice que va a reventar de tantas cosas como se mete, pero a él le importa un huevo reventar o seguir vivo. Al menos no le ha dado por chutarse, porque eso...

Nosotros, con la ayuda del Cuqui y el Chinao, hemos desvalijado un almacén de ropa de marcas muy conocidas en Lavapiés, falsas pero de buena calidad. Don Aquilino nos ha pagado bien: nosotros seguimos tirando y él les sacará el doble de precio o más.

El Tente está en el almacén de la bodega del Litri fumando un cigarro.

El Cuqui no puede estarse quieto. Con las manos en los bolsillos de la chupa, da vueltas alrededor de la mesa en la que también estamos el Elena y yo. El Cuqui pateo chapas de cerveza que encuentra por el suelo. Fuma un truja tras otro y dice palabras sin sentido. El Elena y yo nos miramos con cara de «este está flipao, pero es nuestro colega». Tenemos menos años que el Cuqui y

el Tente. Crecimos admirándolos. Nuestras mentes los habían convertido en jodidas leyendas, algo muy alejado de lo que pensaban de sí mismos ellos.

Yo estoy soltero; bueno, divorciado. Me casé enamorado con una colombiana. Al principio, las cosas iban bien, hasta que ella empezó a recibir a primos suyos de Colombia que iban y venían. Cada vez que venía algún «primo», yo escuchaba en el telediario que alguien había muerto asesinado en Madrid, en Cádiz o en La Coruña. Quise pensar que eran casualidades, pero tras un año de soportar el trasiego de parientes y asesinatos y después de encontrarme un día en el armario una metralleta y dos pipas, me divorcié. Ella se quedó con el piso, y yo, con dos palmos de narices. ¡Menuda pájara!

El Elena nunca se ha casado y nadie lo ha visto con una piba si quitamos putas y yonquis. Pero a él le importa una mierda. Vive en un piso de alquiler en la calle Etruria que comparte conmigo, uno de esos pisos que fueron de renta antigua hasta que se los vendieron a los inquilinos. En el portal aún están grabados, en la fachada, el yugo y las flechas de la Falange, algo que los chavales de ahora ya no saben lo que significa.

El Tente hace un gesto al Elena, que coloca una silla frente a él para que se siente el Cuqui. El Elena enciende un cigarro y pasea por el almacén mirando las paredes.

—Siéntate, coño —ordena el Tente.

El Elena se sienta en una silla.

—Estoy pensando cosas —dice el Tente al Cuqui—. Si vamos a ir a por estos hijoputas, vamos a hacerlo bien, procurando que los muertos sean ellos y no nosotros.

El Tente me dice que vaya a por unas birras, enciende un pitillo y vuelve a mirar a los ojos al Cuqui, como si quisiera hacerle una radiografía del alma.

—Nos vamos a cargar a esos tres cabrones. Sé dónde viven los maderos, ventajas de ser colegas de don Aquilino. Ya están retirados, son dos abuelos. Pero se me escapa dónde puede vivir el puto Dandy. Ya me enteraré.

El Tente ha mandado al Elena hacer cuatro rayas de farlopa. Se hace un turulo y se esnifa la primera de ellas. Luego echa la cabeza para atrás y aspira varias veces. Después vacía su tercio de cerveza y enciende un cigarro.

Por la mente del Cuqui desfilan los rostros del Bolas, del Brujo, del Mediahostia, del Tente..., las caras de unos chicos del barrio que acababan de hacerse hombres a base de hostias y de piedras en el camino. Y llora, pero no

es de pena, no es de debilidad, es de rabia.

—¡Hijos de puta! —grita—. ¡Hijos de puta!

El Elena se levanta y camina nervioso, deteniéndose únicamente para hurgarse en la nariz. Yo me he asustado por los gritos del Cuqui. No acabo de acostumbrarme, joder. El Tente mira a su colega y flipa con su rabia, que es también la suya.

—Me llevaron a un hospital —dice mirando al Cuqui— y cuando desperté ya me habían quitado la pierna, pero eso no era lo peor, porque allí no me hacía falta. Lo peor es que estaba lleno de putos tubos, con unos dolores de la hostia y con una máquina que me ayudaba a respirar. Cuando pude preguntar al nota que había sentado a mi lado que qué coños había ocurrido, el tío pasó de mí y me dijo que me callara. Era un madero que me vigilaba por turnos. Al día siguiente vino el médico y me contó todo. Me dijo que era un milagro que estuviera vivo y que aun así todavía no había pasado el peligro. Fue él quien me dijo lo de la pierna, tronco, porque yo, hasta ese momento, ni me había coscao de la película, yo sentía la pierna, pero cuando me toqué los vendajes del muñón... Para colmo, me hicieron una visita los dos maderos. Me apretaron el cuello hasta casi ahogarme. Me dijeron que como me fuera de la lengua sería lo último que haría antes de morir. Y que también te matarían a ti y a los familiares más cercanos que tuviéramos. Al día siguiente dejaron pasar a don Aquilino, y me contó que estabas en coma, que lo tuyo iba para largo, y que a nuestros colegas los habían matao.

El Tente hizo una pausa y dio un trago de cerveza calculando lo que sus palabras iban haciendo en el careto del Cuqui.

—Salió el juicio. Tendrías que haberlo visto. Me pusieron un abogao de oficio que no se enteraba ni del NODO y nos colgaron el marrón del palo. Del Dandy ni pío, tronco. De nuestros colegas muertos lo único que dijeron fue que eran unos manguis, como nosotros; les faltó decir que estaban bien así, muertos, que de esa manera no robarían más. Me comí doce años de talego. Tú también te has comido lo tuyo, así que ya sabes lo que hay allí, y más pa un nota como yo con el anca amputada. No voy a contarte las putadas que me hicieron.

El Cuqui se levanta, se enciende un cigarrillo y camina como un puto zombi hacia la única ventana del almacén, que da a un callejón maloliente. Habla solo, en susurros, y gesticula con ambas manos.

—Está como una jodida regadera, tío —le dice el Elena al Tente—. Yo que tú me olvidaba del tema. La vida es mu corta como pa complicártela.

El Tente no contesta, pero mira al Elena como si lo pudiese asesinar con sus ojos de desequilibrado.

—Vale, vale —lamenta el Elena, mostrando las palmas de las manos—, no he dicho na...

—Yo creo lo mismo, aunque también me mires así —añado—. Yo tengo algunos recuerdos del Cuqui en vuestros tiempos porque era chinorri entonces, pero no estaba tan colgao. Y eso que yo lo vi hacer cosas de majara, pero es que ahora... Y si te lo decimos es porque somos vuestros colegas. Mira, míralo, tío.

El Cuqui camina desde la ventana al extremo opuesto del almacén. Lleva su tercio de cerveza en la mano. Con la otra gesticula. Sigue hablando solo mirando hacia algún sitio que está solo en su cabeza.

—El pavo que veis ahí —señala el Tente, refiriéndose al Cuqui— no era así ni de coña. Cuelgue tenía, como todos en aquellos tiempos, pero estaba cuerdo. Yo tampoco era así como me veis ahora. Y la culpa la tienen unos hijoputas que lo van a pagar. ¡Por estas! —Y junta las yemas de los dedos índice y pulgar y llevándoselos a los labios.

—El Dandy, el Dandy... Hijoputa... Lo voy a matar, te lo juro por mi madre, tío, joder. El Bolas, el Brujo, el Mediahostia, el Tente..., pero tú eres el Tente, tío..., a ti no te mataron..., ah, la pierna, joder, tío...

—Vale, Cuqui. ¡Joder! —exclama el Tente—. Oye, a lo mejor no te deberías rayar tanto, tronco. La farlopa no debe de ser buena para tu almendra, vamos, que digo yo. Bueno, me voy al curro, por hoy ya está bien. Tú —me dice—, dos gramos a Torrejón, donde siempre. Y tú —ahora se dirige al Elena—, cinco gramos. Dos a San Blas, al garito de siempre, y los otros tres te apunto aquí las direcciones que me han dao.

El Tente apunta tres direcciones. Una es del barrio de Bilbao, otra de Ciudad Lineal y otra de Pegaso. Telefarla no descansa. El Cuqui se despide y se marcha con las manos metidas en los bolsillos. El Tente se va a currar al Venus. Nosotros, al lío.

15

Fue en aquel momento, después de la reunión en el almacén del Litri, cuando decidí que los iba a ayudar. Si un cojo y un tarado le iban a echar huevos, ellos dos solos, yo no iba a ser menos sin estar impedido de nada. Y qué coño, que a uno de los que mataron en aquel puto garaje era mi hermano y me dejaron sin él para siempre, con la ruina haciendo el nido en mi casa.

Además, ellos solos no serían capaces. Bueno, eso es lo que pensé entonces. Lo mismo sí que habrían sido capaces. Ya nunca se sabrá, porque yo quise ayudarlos. Y, además, se lo iba a decir al Elena. Porque éramos colegas y porque también se cepillaron a su primo, y la sangre es la sangre.

Nos íbamos a meter en un jari de la hostia. Pero, total, me daba igual. Era la memoria de mi hermano y eran mis colegas. Además, ¿qué tipo de vida llevaba yo? Un puto gañán que se buscaba la vida trapicheando, borracho, drogadicto y mala gente, eso era yo. Viviendo con el puto Elena y el perro, también borracho, en un agujero, que cualquiera que nos viera habría creído que éramos julandrones. Y sin una puta esperanza. Así era muy chungo vivir. Por lo menos, a partir de ese momento tuve una ilusión: la de acabar con los asesinos de mi hermano. Y hacerlo con mis colegas, que eso me molaba más todavía.

Para celebrarlo, empecé a rayarme con mayor frecuencia. Claro que en mi barrio siempre te pones; si no es para celebrarlo, es para salir del bache, y si no, pues para ver el fútbol o mirar la lluvia a través de la ventana. En mi caso, creo que se me metió en la pelota esa mierda de que iba a morir, y si iba a morir, pues que le dieran por culo a todo. El razonamiento era muy de andar por casa, pero de mi barrio han salido muy pocos Einsteins. Y no porque la inteligencia no abunde, sino que generalmente aquí se emplea para hacer otras cosas. Somos muy respetuosos con las tradiciones.

Recuerdo que, por aquel entonces, empecé a follar más. ¡Qué coño, empecé a follar como si se acabara el mundo! Casi todos los días iba al Venus, porque yo, de ligar, poco, con este careto...

Los pocos ahorros que tenía cayeron en picado. Me dio igual. No los iba a dejar por ahí para que se los gastara otro.

A partir de ese momento, el Tente empezó a preparar la movida. Y lo estudió mucho, lo preparó todo que te cagas. El Tente tenía cerebro. De haber nacido en otro barrio, ya habríamos visto.

Pero nació donde nació y para lo que nació, como todos los demás.

Qué puta mierda todo, joder...

16

Las personas normales, cuando no tienen dinero, van al cajero y sacan, si es que su cuenta corriente se lo permite. Los manguis, sin embargo, roban. Y como al Cuqui hace tiempo que no le sale nada organizado ha entrado en un bar para pensar algo. Ha pedido un tercio de cerveza, se ha sentado a una de las mesas y ha empezado a leer el periódico, aunque no logra concentrarse del todo en ninguna noticia. Tras haber dado cuenta de otros dos tercios, se ha metido una raya de coca en el tigre. El camarero le ha preguntado un par de veces que si quería algo de comer, pero la farlopa no da hambre, al contrario, da ganas de beber y de fumar más. Después de salir del tigre ya tiene una ligera idea de lo que va a hacer. Paga lo que ha consumido. Al camarero se le ve más aliviado, se le nota en el jeromo, porque desde que ha visto entrar al Cuqui ha estado pensando en usar eso del derecho de admisión, fijo, aunque luego ha pensado que a lo mejor sería peor el remedio que la enfermedad y lo ha dejado estar.

El Elena y yo estamos filando la jugada desde el bareto de enfrente, sin que el Cuqui se dé cuenta. El Tente quiere que lo tengamos controlado.

Después de pasar por casa y meterse en el bolsillo de la chupa el pasamontañas que utiliza para «trabajar», entra en el metro y se baja en el barrio de la Concepción, porque le ha parecido lo suficientemente lejos y porque allí no lo conoce nadie. Nosotros hemos ido en el mismo metro, pero en el vagón de al lado.

—¿Dónde coño va? —dice el Elena—. Anda que como nos llamen pa una entrega...

—Pos si nos llaman, pillamos un taxi, coño. Y si no, pos se lo decimos al Tente, que pa eso ha sido él el que nos ha mandao vigilar al Cuqui de cerca.

—Claro, eso también.

Nada más salir del tubo, camina unos metros y ficha un estanco en la calle Calero. Por puro instinto, recorre con la vista el percal para evitar esas casualidades que pueden darse en un palo, aunque sea un palo pequeño: que no haya un coche de la pasma aparcado en doble fila mientras los maderos toman café, que no haya enfrente un banco con las jodidas camaritas o que no dé la casualidad de que haya una comisaría en la misma calle, la rutina de siempre. El Cuqui camina frente al estanco y por el rabillo del ojo ve que dentro hay un cliente. Se para y espera. Cuando sale el cliente, se coloca el pasamontañas rápidamente y entra. El estancero es un hombre de unos sesenta años, quizás más, calvo con un poco de pelo blanco rizado encima de cada oreja, bigote tipo mostacho cosaco y gafas de cristales gordos que hacen que sus ojos saltones parezcan más grandes de lo que son. Es bajo de estatura y tiene un barrigón. El Cuqui piensa que mejor un tipo así que no uno de estos notas vigoréticos de gimnasio que se hacen los héroes.

El nota no se corta ni con un hacha. El Elena y yo estamos flipando. El estanco tiene un pequeño escaparate a través del cual vemos la movida. Bien es verdad que hay cartones de tabaco en estanterías de cristal. Quiero decir que si uno no se fija bien, desde fuera, nadie va a coscarse de nada.

Nada más entrar, salta el mostrador, se pone al lado del estancero, abre el estilete automático y se lo pone en el cuello.

—¡Dame toda la pasta, hijoputa, y no te hagas el héroe, que estoy mu loco!

—Pero..., pero...

—¿Qué coño de *pero*, abuelo, es que estás sordo? ¡La pasta o te clavo el bardeo en el cuello!

—No me haga daño, por favor...

Aquí, el Elena y yo estamos al lado de la puerta, por si hay que intervenir. El Cuqui nota que el tipo es imbécil; claro, según su forma de pensar. Pero la verdad es que el hombre está tan asustado que es incapaz de moverse. No le quiere hacer daño, pero no se va a ir de vacío.

—¡La pasta, abuelo, la pasta...!

El hombre al final consigue moverse y abre uno de los cajones para extraer un pequeño fajo de billetes. El Cuqui abre el otro y descubre el lugar donde el pobre hombre guarda los de cincuenta pavos. Coge todo, dejando la calderilla.

—Y ahora te esperas diez minutos hasta que yo me esfume, porque si no, vuelvo y te rajo las tripas.

El Cuqui vuelve a saltar el mostrador en sentido contrario y sale a la calle. Se quita el pasamontañas. Nadie se ha enterado de nada, la gente va a lo suyo, bastante tienen con sus problemas. Ha salido tan deprisa que ni nos ha visto. Nosotros también nos damos el piro, no nos vaya a salpicar la movida. Justo cuando llega a Virgen del Val ve un taxi con la luz verde encendida y le da el alto.

—¡Qué hijoputa! —dice el Elena—. ¿Ahora qué hacemos?

—Pues pillar el 48 y pal barrio, tronco.

El taxista va todo el camino mirando por el retrovisor, porque el Cuqui tiene una pinta que es todo lo contrario al de una hermanita de la caridad. Él, al cabo de muchas miradas, se harta.

—¿Y tú qué coño miras, caraculo?

—Yo nada...

—Pos conduce, capullo.

En un momento de lucidez, el Cuqui se da cuenta de que el taxista, a estas alturas de tanto mirarlo, se debe de haber quedado con su jeta. Y como ha cogido el taxi al lado del estanco, si la pasma interroga al taxista, este les podrá dar una descripción suya, y ya es mucho pensar para él, por mucho que haya mejorado. Y como no le ha dicho dónde va todavía, solo que tire todo Virgen del Val para arriba, en vez de decirle que vaya a Canillejas le dice que va a la Elipa, a Marqués de Corbera. Consigue hacer el razonamiento a duras penas, como si lo viera. Y allí mismo, en vez de rajarle el cuello, que en realidad es lo que le apetece, le paga y se apea. Después cruza la calle y para otro taxi que lo deja cerca de lo del Litri. Entra, pide un tercio y se queda hipnotizado viendo la tele.

Al rato llegamos nosotros y me cuenta toda la movida, sin imaginarse que me la sé. Bueno, por lo menos hasta que ha cogido el pelas. Luego se descojona como un pirado y me dice que ha pillado trescientos veinte pavos y que no está mal para lo fácil que ha sido. Razón no le falta.

Está espídico, así que nos propone ir a tomar algo a otro lado. Es él quien entra primero en la bodega del Suso, que lo saluda con un «¿Qué te pongo, *brother?*» y mirada desconfiada, que el Suso no es tonto y sabe demasiado bien de qué pie cojeamos el Cuqui y nosotros.

—Tres tercios.

—¿Te pongo unos niscalitos de aperitivo?

El Suso tiene licencia de bodega, no de cocina, pero su padre le trae cada mañana tápers con croquetas, niscalos, tortilla de patata y lo que haga falta.

—No, no quiero na —dice el Cuqui, que con solo escuchar hablar de comida se le revuelve el estómago.

Echa un trago de birra y entra en el tigre. Cuando sale, ve la vida de otra manera. En el otro extremo de la barra está el Gregor, al que sus padres pusieron Gregorio porque ese era el nombre de un abuelo o un bisabuelo en el pueblo. Y a él, que cuando tuvo uso de razón lo de Gregorio le pareció más un mote que un nombre, se hizo llamar así en el barrio, *el Gregor*, porque le gustaba más y porque le salió de los cojones, que, por otra parte, era lo que habían hecho siempre los chicos del barrio, hacer lo que les salía de los huevos.

El «¡Coño, Cuqui!» que suelta desde el extremo de la barra al Cuqui no le hace ni puta gracia porque no le apetece hablar con nadie, y porque además va a tener que hacer el esfuerzo de recordar «quién coño es ahora el nota que me está saludando». Pero... le estrecha la mano cuando el otro se le acerca. Nosotros, como le debería pasar al Cuqui si no estuviera tarado, lo conocemos de toda la vida...

—¿Qué tal, troncos? —nos dice.

—Pos ya ves —dice el Elena.

—Dabuten —digo yo.

El Cuqui da un gruñido. No es agradable, pero tampoco estamos en una puta fiesta.

—Me habían dicho que estabas por aquí, tronco. ¿Qué tal, cómo lo llevas?

—De puta pena, colega.

—Oye, y ¿qué es eso que me han dicho de que no te acuerdas de na?

—¡Pues es lo que es, cojones, que me dieron un tiro en la pelota y tengo amnesia y un montón de movidas más! ¿Qué pasa, es que no sabes lo del puto tiro o es que me estás vacilando?

—No, no, tronco, joder, somos colegas.

—Pues si tú lo dices, somos colegas, somos colegas, vale, somos putos colegas, pero no me acuerdo de ti ni de tu cara, ¿vale?

—Coño, tío, no quería molestar, solo quería saludarte. Después de tantos años...

—Es el Gregor, coño, Cuqui —dice el Elena.

—El Gregor, el Gregor... ¡Como si yo me acordara de todas las jetas de todos los del barrio! —Al final parece que recapacita y parece más tranqui—. Sí, han pasao muchos años, muchos años para todo, joder. Cuando salí del talego no sabía ni volver a mi casa, coño, si no es por una vecina ni la encuentro.

—Mal rollo, colega.

—Sí, muy mal rollo. Ahora voy recordando, poco a poco, porque en el talego había veces que no sabía ni por qué estaba allí, hasta que algún gilipollas me lo decía, y luego se me volvía a olvidar. Ya ves qué puta mierda. —El Cuqui gesticula nervioso más de la cuenta, en parte debido a su movida, en parte debido a la farlopa—. Y eso sin contar los años del coma tumbao en una cama inconsciente, tronco, y con la única vida que me daban los sueños, colega, porque yo creí que seguía viviendo, y que la vida eran mis sueños, ¿te coscas? —De repente el Cuqui siente cansancio. Parece como si hubiera dado un discurso de esos que dan los políticos por la tele que duran una hora.

—Sí, claro que me cosco, tío, una gran putada —dice el Gregor, que en realidad no se entera de nada por las muchas cosas que ha querido decir el Cuqui en tan poco tiempo y porque lleva un pedo como un piano, para variar.

—Una gran hijaputada, querrás decir, la que nos hicieron aquellos cabrones.

—Aquí no, Cuqui —le dice el Suso cuando va a encender un cigarro.

—Joder con eso de prohibir fumar en los bares. ¿A quién coño se le ha ocurrido?

—Al puto Zapatero —contesta el Gregor. El Cuqui no sabe a qué o a quién se refiere—. Veníos padentro. —El Gregor empuja la puerta del almacén reconvertido en salón social y el Suso lo mira con ojos asesinos, porque allí solo entran los clientes habituales, y el Cuqui y nosotros estamos muy lejos de serlo.

En el almacén hay un tresillo, un sillón, una mecedora, una mesa y cuatro sillas. Completan la decoración estanterías baratas de madera que contienen movidas diversas y botellas. Las garrafas de vino y vermú se agolpan en un lateral de la habitación, junto a dos contenedores de basura. También hay un televisor de pantalla plana, una diana para dardos, bufandas de casi todos los equipos de fútbol de Primera División fijadas a las paredes con chinchetas,

pósteres de mujeres desnudas y carteles de conciertos de Ochentacos y 1001 TIRO, que son los grupos del barrio. El habitáculo no es muy grande, unos treinta metros cuadrados, y la atmósfera, pesada, porque en la mesa hay cuatro notas que juegan al mus con pintas de estar borrachos y fumando sin parar.

El Cuqui se sienta en el sillón, se hace un porro y, después de darle varias caladas, se lo pasa al Gregor, que ha ocupado un lateral del sofá. Yo me he sentado en la mecedora y el Elena en una silla.

—El Gregor... —dice el Cuqui—, el Gregor... El caso es que me suena tu careto y tu nombre, tío..., pero mi cabeza, mi puta cabeza... —Y empieza a darse en la frente con el puño.

—Vaya tela, tronco, pos estás bueno. Si quieres te ayudo. Mira, yo creo que nos conocemos desde los partidos de futbito en la Cátedra.

—La Cátedra... —susurra el Cuqui, porque el término le suena.

En el almacén hay un tigre. El Elena enseguida ve las posibilidades.

—Sí, tío, ahí jugábamos al fútbol y al baloncesto cuando éramos chinorris. Ahora dan clases para mayores, hay biblioteca y todos esos rollos, ya sabes. La verdad es que de ahí pasamos a pillar jaco en la avenida de Guadalajara. Yo paraba por aquí porque vivo en esta parte del barrio y me hacía loros de coche con mis colegas, eso al principio, claro, después vinieron los palos. Y de vez en cuando nos juntábamos con vosotros, contigo, con el Tente, con el Bolas, con el Chano, con el Brujo, con el Negro, con el Mediahostia..., ya sabes, toda esa peña.

El Elena sale del tigre tocándose la nariz. Como sé que me ha dejado una raya dentro, paso. Creí que habría puesto otras dos para el Gregor y el Cuqui, pero estos están a lo suyo con las batallitas.

Al Cuqui le da vueltas la cabeza. A cada nombre intenta asociarle una cara, y lo consigue con el Tente, con el Bolas, con el Brujo y con el Mediahostia. Y cuando está a punto del agotamiento, en su cerebro asocia al Gregor con la cara de un crío, primero, y después con la de un adolescente con el pelo largo y la cara arrugada como un perro bóxer, muy parecida a la del pavo que le está hablando.

—El Gregor —vuelve a susurrar el Cuqui—, el Gregor, ¡ya me acuerdo de ti, joder!

Le tiende la mano. El Gregor no se lo espera, pero se la estrecha porque ha visto que el tío no está bien y que bastante esfuerzo ha hecho por recordar.

El Suso entra con cuatro tercios de cerveza para reponer los vacíos que quedan sobre la mesa del mus. Los jugadores gritan y se ríen y el bodeguero suelta un «Mecagoenvuestraputamadre, a ver si chilláis menos, cabrones» que taladra los tímpanos, sonando incluso por encima de la canción que hay en la radio.

—Me alegro de que te acuerdes, tronco.

—Si pudiera retener las cosas...

—¿Ves al Tente? Yo de vez en cuando compro tabaco en el Joavic y nos damos un poco la charla. El otro día hablamos de ti y me contó tu movida. También me hizo un tercer grado del nota aquel que os hizo la encerrona, el Dandy, como lo llamabais vosotros. ¿Sabes, colega? El pavo aquel era un hijoputa. A unos colegas míos también les hizo la trece-catorce..., vamos, que la palmaron tres. Yo ya me había desenganchao, que si no, voy también palante. El hermano del Grifas, tío, uno de los colegas que la palmaron, lo buscó. Lo estuvo siguiendo varios días. Una tarde vino acojonao porque decía que lo seguían. Estábamos un montón de peña, ahí fuera, bebiendo litros y fumando unos petas. El nota apareció muerto al día siguiente en el parque de San Blas. Muerto por sobredosis, solo que el nota no se pinchaba. ¿Te coscas, tronco?

El Cuqui sigue la historia como puede, intentando enganchar en su cerebro el chorro de frases que le está soltando el Gregor.

—Os jodieron la vida a vosotros y a mucha gente, tronco. Seguro que ahora son ricos, con todo el dinero de los palos, porque lo que hacían era eso, dar palos, pero ellos no se manchaban las manos. Y cuando ya no les valía la gente que curraba pa ellos, los quitaban de en medio y ponían a otros, así funcionaban, tío, porque al final se sabe todo. Y no solo pillaban a gente del barrio, que también funcionaban con peña de San Blas, Vicálvaro, Vallecas...

Los del mus siguen gritando, sonriendo, bebiendo y fumando. Uno de ellos echa un escupitajo al suelo y mete órdago a pares con sus duples de reyes-pitos, pero el que está a su derecha le saca duples de reyes-sietes.

—¡Me cago en mi puta estampa, me cagon to! —exclama el de los reyes-pitos.

—Eso te pasa por bocas —replica el otro, mientras se levanta y baila una melodía que solo él debe de escuchar.

Lo que en realidad suena por la radio es una canción de Burning:

«Hermano».

*En la calle se lo hacía
chuleando a cualquier mujer.
Por las noches en la plaza,
dando blanca de pastel.
Fueron a buscarle un día,
fueron directos a él.
Sin preguntas ni respuestas,
eran cuatro, cinco o seis.
En el aire se hizo un eco
han matado a Miguel.*

El Cuqui se levanta y, sin despedirse, sale del almacén, paga al Suso las birras y abandona la bodega.

—¡Eh, Cuqui! ¡Eh, tronco! —grita el Elena.

—Nos vamos, tronco —le digo al Gregor.

—Está jodido, ¿eh?

—Sí, pero mejor que cuando salió de la trena. Si lo llegas a ver entonces, flipas.

El Elena quiere alcanzar al Cuqui, pero lo freno.

—¿Qué pasa, tronco?

—Déjalo. Lo que le ha dicho el Gregor le ha hecho recordar cosas. Me juego lo que quieras a que acabamos en la Cátedra.

Lo seguimos de cerca, a unos dos metros. El Cuqui dobla Lucano con Etruria en dirección a Las Musas y, al llegar, ve el edificio bajo de la Cátedra. Al llegar a la puerta, entra y contempla durante unos momentos la cancha de baloncesto y las porterías de futbito. Su mente fijo que viaja hasta cuando era chinorri, y visualiza, y parece que cree escuchar a unos niños imaginarios jugando con un balón.

Después da media vuelta y empieza a andar con las manos metidas en los bolsillos. Unas escaleras de hormigón dan paso a un recinto vallado con una alambrada metálica. En la cara vertical de los escalones, de arriba abajo, se leen unas letras en color verde: «Respete el parque de la Alameda, cuídelo, es

para disfrute de todos». Pero la verdad es que allí no hay ningún álamo, tampoco ningún otro árbol. Solo ruedas de camiones y coches, cristales rotos, escombros, hierros y plásticos. Una pareja ha puesto cuatro palos de madera que sostienen una lona mugrienta y tocan la flauta al abrigo de una hoguera. Frente al sombrero hay un supuesto huerto ecológico bien abonado con mierdas de perro. El Cuqui apenas puede contener una arcada. Después de la segunda, vomita.

Unos metros antes de llegar a la bodega del Litri, se queda mirando un carro metálico de los que hay en los grandes almacenes que está atado a un árbol con una cadena y un candado. Se pregunta para qué querría alguien encadenar un carro a un árbol.

—Es de uno que recoge cartones y guarrerías —dice el Elena—. Hay muchos así por el barrio.

—¡Joder!

—La cosa está chungu, colega. ¿Quieres una birra?

—No, yo no... Voy pa mi keli.

—Como quieras.

—Te acompaño —le digo.

—...

Pirri chupa la birra que le ha echado el Elena con el ansia del perro alcohólico que es.

El Cuqui camina, hablando solo y gesticulando. Una señora se santigua al pasar por su lado. Una niña con rasgos indios se pone a llorar y corre hacia su madre. La gente, en general, se aparta de él.

—Es otra tarde solitaria y otra ciudad solitaria... —dice para sí mismo—, pero no soy demasiado joven para preocuparme y no soy demasiado viejo para llorar... Cuando una mujer me deprime, tengo otra botella vacía, y otra cama vacía..., no soy demasiado joven para admitirlo y no soy demasiado viejo para mentir... Solo soy otro cabeza hueca, por eso estoy solo..., estoy tan solo..., pero sé lo que voy a hacer..., voy a seguir adelante..., seguir adelante..., seguir adelante, junto a la carretera..., seguir adelante, con el dedo en el aire...

Yo voy flipando.

De pronto, deja de andar y se calla, pensando en lo que acaba de decir.

Continúa gesticulando hasta que se da cuenta de que lo que creía que era una parrafada paranoica es la traducción de una canción de AC/DC, una que se titula «Ride on». Y empieza a golpear con los puños la cristalera de una gestoría.

—¡Eh, eh, tronco! —le digo.

—¡Me cago en mi puta estampa! ¿Por qué no me acuerdo de quién coño soy y me acuerdo de una puta canción de AC/DC? ¡La madre que me parió! ¡La madre que me parió! —grita enloquecido al cristal, como si este fuera un oráculo o algo así de esos que te adivinan el futuro.

Un par de oficinistas con corbata lo miran desde detrás de la cristalera acojonados. La gente no puede evitar mirarlo, pero procuran hacerlo desde lejos, no vaya a ser que ese loco se arranque hacia ellos y les salpique algo.

—¡Que voy a llamar a la policía, coño! —se atreve a chillar un hombre mayor desde la terraza del segundo.

El Cuqui, que estará loco pero no es tonto, cuando escucha la palabra *policía* siente alergia y se va de allí cagando leches, que para cagarla siempre hay tiempo. Lo sigo. Está muy nervioso. Cuando se ha alejado lo suficiente, repara en una tienda de comida búlgara.

—¿Y esto? —me pregunta.

—Pos ya ves. Yo creí que ya la habrías visto —le digo por decir algo.

—¡Joder! —dice—. ¡Joder! ¡Yo es que lo flipo! ¡El barrio parece la puta ONU, mecagoendiós!

Y comprende que se ha perdido muchas cosas entre el coma y los años de trullo.

Demasiadas cosas.

Entra en su casa y busca entre todos los frascos de pastillas, hasta que las encuentra. Se abre un tercio de cerveza y se traga dos pastillas de Rohypnol.

—¡Tío, tío, tío...! —se grita a sí mismo.

Enciende un cigarro que fuma rápido. Cuando lo apaga, nota que se va tranquilizando. Se queda dormido en el sillón y el tercio se le resbala de los dedos por la mitad y cae al suelo.

Un perro aúlla a lo lejos, como si fuera un lobo. Fuera ha empezado a llover como si nunca una nube hubiera descargado sobre el barrio. Recojo el tercio, que no se ha roto de milagro, y después paso la fregona. Luego, antes

de salir, pillo un paraguas viejo que te cagas. Debía de ser del viejo del Cuqui. Salgo a la calle, que empieza a estar llena de charcos.

Su puta madre, cómo llueve.

17

—Lo van a hacer, tronco —le digo al Elena, después de encender un porro en la puerta de la bodega del Litri.

—Pos claro, lo sabes igual que yo, tío. Nos lo han dicho ellos mismos, aunque te digo una cosa: yo lo veía venir. Son el Tente y el Cuqui, colega. Otros lo dejarían estar, pasarían. Pero ellos son ellos.

El Avelino, la obra de caridad del Litri, está sentado a una mesa viendo la tele. Está como hipnotizado mirando un programa de cotilleo. El Litri le ha llevado un plato de guiso de atún con patatas, un trozo de pan y un vaso de vino. Otra de las mesas la ocupan cuatro jubilados. Juegan al dominó y beben vino a granel. En la barra hay cuatro chavales de unos veinte años que toman cerveza y se descojonan de algo que han dicho.

—Se van a suicidar, tío. Ya me dirás. Antiguamente eran alguien, pero hoy... Uno está cojo y al otro se le ha pirao la pinza total.

—Ya. También podríamos ayudarlos.

—...

—Sí, colega, no pongas esa cara. Si no fuera por el Tente, tú y yo estaríamos comiéndonos los mocos. Y ¡qué coño! Son del barrio y son nuestros colegas. ¿Ya no te acuerdas de cuando éramos chinorris? Ellos eran mayores y nos sacaron de algunos marrones.

—Claro que me acuerdo, cómo no me voy a acordar, joder.

—Y mi hermano. Y tu primo, tronco, que la sangre es la sangre. Los mataron, nos los quitaron. Nosotros éramos canis y no hicimos na. Pero ahora somos hombres y esto es una segunda oportunidad.

Bebo del litro de cerveza, doy una calada al porro y se lo paso. Pirri ladra y entonces el Elena le echa un poco de cerveza que el perro sorbe a lengüetazo

limpio.

—Lo mismo no quieren ayuda, ya sabes cómo son.

—Lo mismo. Y lo mismo si no se lo decimos es cuando no nos dicen na. Yo por lo menos voy a echarles un cable, si me dejan.

—Pos a tomar por culo.

—¿A quién hay que echar un polvo? —pregunta el Chinao, que en ese momento sale sosteniendo un tercio de cerveza.

El Elena y yo nos miramos.

—Qué polvo ni qué cojones, ¿es que tú no piensas en otra cosa? —le digo.

—Tú en vez de neuronas tienes espermatozoides, colega —dice el Elena, y después pega un buen trago del litro de cerveza.

—Es que me había parecido oír eso y me he dicho que no vaya a ser que haya que echar un polvo y estos dos maricones no se atrevan.

—Anda, Chinao, menos lobos, que a ti fijo que ni se te levanta.

—Hombre, con cualquier piba no, pero con tu madre...

—Todavía te meto un truco que te arranco la almendra, gilipollas.

El Chinao sonrío, solo que cuando lo hace da la sensación de estar viendo llorar a una morsa moribunda de esas de los documentales de la tele.

—En serio, ¿qué hablabais de echar un cable?

El Elena y yo volvemos a mirarnos. Éramos colegas de críos, pero el Chinao se ha vuelto un tipo raro que va por libre, callado y huraño. Sabe la historia del Cuqui y del Tente más que de sobra, como cualquiera en el barrio. Pero una cosa es eso y otra hablarle de los planes de venganza de ellos, así que chapamos la boca.

—Na, cosas nuestras —le digo.

El Chinao asiente y vuelve a entrar en la bodega, pero antes deja un sonoro y maloliente pedo de regalo. Me entran ganas de retorcerle el cuello y el Elena, que se cosca, me frena.

Pirri ladra pidiendo más birra. El Elena vuelca un poco más en el cubilete y el perro mueve la cola y bebe. En ese momento, una mendiga arrastra una bolsa de Zara con sus pertenencias. Pasa frente a la puerta de la bodega, hablando sola, y Pirri mete el rabo entre las piernas y se esconde detrás de una columna de hormigón.

—Putá chalada. Oye, ¿y cuándo va a ser la movida?

—Y yo qué coño sé. Tú sabes lo mismo que yo. El Tente está esperando a ver si el Cuqui se va poniendo mejor de la olla. Y yo lo veo mejor que cuando salió del talego, pero me extrañaría que vaya a mejorar mucho más.

—Vale, doctor Mochuelo —dice sonriendo, con cara de cabroncete y haciendo una reverencia.

—Gilipollas.

Suena el teléfono. Contesto.

—¿Dónde estáis? —me dice la voz.

—En el Litri. ¿Adónde hay que llevar?

—A ningún lao. En media hora voy a hacer un descanso. ¿Sabéis dónde está el bar del Salem?

—Sí, claro, aquí al lao.

—Pasaos, que tengo que hablar con vosotros. No pasa na, no os comáis la cabeza. Pero es que quiero que me hagáis un recaó.

—¿Y por qué no aquí?

—Porque no quiero moros en la costa, tengo que hablaros y el del Salem es un bareto normal, sin mucha peña, y espero que no haya conocidos.

—Vale, pues en media hora estamos allí.

—¿Qué dice? —pregunta el Elena.

—Yo qué sé, tronco, que quiere que le hagamos un recaó y que en media hora en el bar del Salem.

—¿Y no te ha dicho de qué?

—No, será algo de dar un palo, digo yo.

El bar del Salem es un tugurio donde las señoras toman café antes o después de salir de la compra y se cuentan los cotilleos del barrio mientras los jubiletas y parados golpean las fichas del dominó contra la mesa. El bar es uno de los más antiguos del barrio, pero ha tenido varios dueños. Ahora lo lleva un tipo al que todo el mundo llama Salem, sin que se sepa si es su nombre, su apellido o un apodo. Solo se sabe que, al parecer, era o es poeta, o novelista. Otros dicen que cantaba tangos en un garito que tenía por Lavapiés que tuvo que cerrar porque una exmujer suya se lo sacó en el divorcio, rumores que el Salem nunca ha dicho si eran ciertos. Tampoco me interesa mucho.

El Salem es un tipo tela de raro. Siempre viste de negro y lleva un pañuelo en la cabeza como los que llevaban los piratas. Tendrá unos cincuenta y cinco

tacos y es fumador y bebedor de cerveza, siempre Mahou. Le faltan un par de dientes y sobre su nariz descansan unas gafas con una de las patillas sujeta por esparadrapo. No sabe estar callado y lo mismo le da hablar con las señoras, que con los jubilados, que con cualquiera, aunque pone más interés con las pibas jóvenes de buen ver. Más de una ha caído hipnotizada por su labia, de ahí su fama de mujeriego que los tíos no comprenden, pues, según todos, el Salem puede ser de todo menos atractivo. Yo creo que es puta envidia. Ellas opinan lo contrario, con lo que el tipo es todo un misterio. Aunque parezca un pirado, tiene fama de buena gente.

Cuando entramos en el bareto, después de dejar a Pirri atado junto a un árbol, el Tente todavía no ha llegado, así que nos acercamos a la barra y pedimos dos birras.

—Dos birritas —dice el Salem—. ¿Tercios o botijos? También os puedo poner el vaso congelado, caña, doble, jarra... Ah, y no solo tenemos Mahou, hay Cruzcampo, Heineken, Völl-Damm... Y por dos euros elegís tapa: chorizo, callos, bravas, tortilla..., pero que no es obligatorio, eh, que si solo tomáis las birras os pongo aperitivo y...

—A ver, tronco, pon-nos-dos-pu-tas-bi-rras —digo, pronunciando fuerte cada puta sílaba—, a ser posible Mahou, y a ser posible no nos des la brasa, que se me calienta la pelota, coño.

—Marchando.

—Joder, lo que habla el pavo este, colega —le digo al Elena mientras nos ponemos cómodos en la mesa que está al fondo del bar.

—Sí, es un brasas que te cagas.

El Salem nos trae dos tercios de Mahou y un plato de patatas fritas con un par de anchoas por encima. El Elena sale a la calle y vierte un poco de su botella en el suelo para que beba Pirri.

A los cinco minutos, el Tente entra y viene para donde estamos. El Salem acude a tomar nota.

—Dame un tercio de Mahou y te ahorras la charla, tronco —dice el Tente.

—Joder, ni que yo hablara de más —dice el Salem, y se pira como si el Tente hubiera insultado a su madre.

Miramos al Tente, después de saludarlo, esperando que nos diga cuál es ese curro para el que nos ha llamado.

—Bueno... Mirad, no me voy a andar con rodeos. Vosotros dos sabéis de

sobra la movida, tenemos que saldar cuentas con esos tres notas. No podemos hacerlo a la vez, pero, bueno, joderlos de uno en uno también tiene su morbo, me va a molar que cuando nos carguemos a uno los otros sientan miedo. —Se ríe como un puto psicópata, como si por unos momentos fuera el Cuqui—. Pero, claro, cuando empecemos no podemos quedarnos en el barrio a expensas de que aparezcan y nos jodan ellos a nosotros. ¿Os coscáis?

—Sí.

—...

—Lo que quiero es que alquiléis una keli para que vivamos mientras estamos con la movida.

—¿Una keli? —pregunta el Elena.

—Sí, joder, una keli. A tu nombre o al de este. Yo pago, claro, vosotros solo hacéis la gestión. El Cuqui no puede hacerlo. Y tampoco quiero que vean a un cojo con cara de presidiario y que se queden con mi careto. Por eso no lo hacemos nosotros.

—¿Y dónde? En el barrio no, claro.

—Eres un lince, Mochuelo. Pues claro que en el barrio no. Lo suficientemente lejos, pero tampoco en el quinto coño. He pensao que os vayáis a una inmobiliaria en la calle Alcalá, entre La Cruz y Pueblo Nuevo. Y alquiláis algo por Arturo Soria, la Conce, yo qué sé, me da igual. Y al nota, pa que no se mosquee, le decís que de momento seis meses, pero que si os mola os quedaréis más. Procurad que os tomen por gente normal.

—¿Gente normal?

—Sí, tronco. A ver, no os pongáis traje y corbata, pero que no os tomen por dos manguis de Canillejas. Procurad controlar el lenguaje y... ¡joder, como peña normal, tío!

—Vale, vale, lo pillo, tío. Oye, el Elena y yo hemos estao hablando.

—Hostias, miedo me da.

—El caso es que... Que queremos ayudaros.

—¿Ayudarnos? ¿A qué?

—Coño, Tente, pues a lo que vais a hacer, a vengaros de esos cabrones.

El Tente se me queda mirando con esa mirada de la que todos apartan la vista.

—Mira, Mochuelo, piénsate lo que dices antes de hablar. No por na, sino

porque la verdad es que no cuento na más que con el Cuqui pa hacer esto. Y solo a él y a mí nos incumbe. Si te digo que te lo pienses, es porque corres el riesgo de que te diga que sí, que me vienen bien un par de tíos, y esto no es una broma, tronco. Lo más seguro es que la palmemos todos en la movi. Si morimos el Cuqui y yo, es nuestra guerra, tío. Pero vosotros no vais a ganar nada, así que...

—Sé lo que dices, pero si vais a hacerlo quiero que sepas que el Elena y yo estamos ahí, no te lo he dicho de coña. Y puede que la palmemos, pero yo no la palmo sin llevarme a uno o dos cabrones de esos que mataron a mi hermano y al primo de este por delante.

—Vale, tío, me dejas flipao, de verdad. No me esperaba esto.

—Bueno, pues ya lo sabes.

El Tente me pasa un fajo de billetes para que haga la gestión del alquiler del piso y después nos vamos. El Salem está detrás de la barra hablando por los codos. Al Tente, que levanta el mentón en la dirección del camarero pirata para despedirse, le da la impresión de que está diciendo barbaridades, y de que cuanto más gordas son, más atención le prestan las tres niñas que lo contemplan alucinadas.

El Tente pone cara de «misterios de la vida».

18

En la calle Iliada han abierto un bar hace poco tiempo. El dueño del local es un primo del Chinao que lo compró hace veinte años por aquello de invertir. El local, como el resto de ese tramo de calle, ha estado cerrado a cal y canto con el interior en bruto: suelo de cemento, paredes de ladrillo y una puerta metálica oxidada cerrada por fuera con un candado. El cuchitril le ha servido al primo del Chinao para almacenar todo tipo de mercancía, y al Chinao y a varios familiares más, para dormir varios años cuando no tenían dónde caerse muertos. Tras esa veintena o más de años cerrados, los locales empezaron a abrir negocios de chucherías, locutorios y una tienda de esas de todo a un euro o casi, llevadas por chinos, sudamericanos y marroquíes. Un colombiano emparentado con los que llevan uno de los locutorios, huido de su país porque lo buscaban con igual interés las FARC y los maderos, se ha quedado con el local en alquiler del primo del Chinao, que ha actuado como un tratante de toda la vida, llevándose una jugosa comisión en dinero que, según dicen las malas lenguas, fue sustraído al cártel del Cali, pero esto no se ha podido comprobar.

Entre el tipo, su familia y unos cuantos compatriotas han embaldosado el suelo, han echado yeso en paredes y techo, han pintado y han hecho la instalación eléctrica. Esto al primo del Chinao no le ha costado ni un pavo, es algo que los colombianos han querido hacer como muestra de buena voluntad entre las dos culturas para que finalmente les alquilara el local. Una barra, una cristalera y un cierre metálico han acabado por darle aspecto de bar, junto a mesas, sillas, un futbolín y una diana de dardos. El bar no tiene ni un rótulo con un nombre, así que al garito se le llama «lo del colombiano», que no ha querido montar un tinglado étnico ni nada por el estilo. Asesorado por sus familiares, ha abierto un bar normal, de esos de raciones, con su hoja tamaño

grande para la tabla de pagos de la porra semanal, con sus décimos de lotería colgando de una de las repisas, vino, cerveza, vermú y hasta sidra asturiana natural. Los menús son baratos, tanto que los jueves se ofrece cocido madrileño completo por tres euros, con pan y vino incluido. Mientras que algunos vecinos, sobre todo los solteros, viudos y todo tipo de solitarios y lunáticos, llenan el local contentos porque comer allí les sale más barato que comprar la comida en el mercado, otros más desconfiados no acaban de acostumbrarse a ver el garito perfectamente integrado en el ecosistema, ya que piensan que el negocio es una tapadera, y que el verdadero negocio es la droga, la prostitución y hasta probablemente una mafia de sicarios. Seguramente ven mucho la televisión, esto es lo que dice el Nelson, el que lleva el bar, pero quizás los vecinos llevan su parte de razón, aunque cada vez quedan menos en el bloque, más habitado ahora por rumanos, chinos y en general por cualquiera de las etnias que han ido asentando sus posaderas en el barrio. El Nelson no está preocupado, porque, de todas formas, en el barrio la norma es callar, meterse cada uno en sus asuntos mientras no salpiquen a los demás.

El Cuqui, el Elena y yo ocupamos una de las mesas, comiéndonos un cocido de los del Nelson, aunque en realidad quien los prepara es una mujer del barrio de setenta años a quien no le llega la pensión de viudedad para ayudar a sus cuatro hijos en paro. La señora es un chollo para el Nelson, y es la razón por la que el bar está lleno a la hora de las comidas junto a los bajos precios, porque guisa que te pasas de bien y no le hace falta contrato ni Seguridad Social, así que el sueldo se lo paga en negro, un sueldo que duplica el que la mujer pilla legalmente con la pensión.

Después de apurar los últimos garbanzos y acabar con el plato de la carne, el chorizo, el tocino y demás movidas, servimos, vaciando la botella, los últimos tres vasos de tinto. El Elena ha salido un momento a la calle y le ha dado el suyo a su perro, que está espatarrado al sol en la acera, atado a una farola. Pirri se acomoda tras beber el vino y se duerme.

—Tronco, el puto perro te va a durar dos telediarios. Está alcoholizao — asegura el Chinao.

—Mejor alcoholizao que gilipollas —contesta el otro.

—Me voy pafuera a echar un truja —dice el Cuqui.

—Pos vamos tos —apunto.

En la calle, la temperatura es baja, pero hace sol y se está bien. Le doy una voz al Nelson desde la ventanilla de fuera, que tiene una repisa para apoyar las bebidas, y pido unos gin-tonics. El Chinao, el Zanahorio y el Culebra, otros dos notas del barrio, hablan de política; más bien ponen verdes a todos los políticos que salen en la conversación. Ahora esta cambia y hablan de música, y el Culebra dice que nos va a buscar en el móvil un vídeo del Paul Collins que «mola que te pasas». Mientras lo hace, todos vemos su temblor en las manos y en la cabeza. Tiene Parkinson y otras movidas.

—Pues, tronco —dice el Zanahorio con su puta cabellera pelirroja—, yo lo que no entiendo es que si me han quitao un trozo de vena del muslo para ponérmela en el corazón, ¿qué coño pasa ahora con la vena del muslo? ¿Ein? ¿Ein? Porque los hijoputas de los médicos no me han explicao na. Es como cuando me dio el ictus. Te atienden y hala, pa casa.

—Es que ahora con los recortes te mandan pa la keli enseguida —contesta el Elena.

—Lo que pasa es que estamos tos pal arrastre, colegas —dice el Cuqui en un ataque de lucidez y descojonándose de la risa—, y eso no es culpa de los recortes.

—Tengo por aquí el vídeo del Paul Collins —susurra el Culebra—, lo tengo por aquí...

—La verdad es que ya vamos cumpliendo años —explico—, y el tiempo pasa a toda hostia, tíos, a toda hostia.

—Pos yo no me veo mal —murmura el Elena, trasegando un buen lingotazo del gin- tonic—. El sentirse joven también va en el coco de cada uno y los rollos chungos influyen. Yo una vez conocí a una piba que su novio se mató en la piscina, una tía que estaba buenísima. Pos, bueno, se quedó hecha polvo, como si fuera una anoréxica de esas, y toda la melena morena se le puso blanca, y tenía veintitantos tacos, ¿eh?

—Puede que influya —dice el Zanahorio—, pero yo llevo una racha con el ictus, el corazón, la tensión y el azúcar que por mucho que me sienta joven no cuele, colegas, estoy hecho un cristo.

—Sí, claro —comento—, si está de que enfermes..., enfermas. Pero tú es que no haces caso a los médicos, tronco. Estás chungo y bebes, fumas y seguro que te metes de to.

—Porque veo que en cualquier momento me voy pal otro barrio, colega. Y

pa morirme, pos prefiero morir contento.

—Tengo por aquí el vídeo del Paul Collins —vuelve a dar la brasa el Culebra—, lo tengo por aquí...

El Chinao se tira un pedo de los suyos y después se hurga la nariz para terminar limpiándose los dientes con un palillo, todo ello mientras se fuma un porro que los demás no han querido compartir. Él se ríe, lejos de estar acomplejado por su fama de guarro, que, según él, lo beneficia: nadie nunca le pide un trago de su bebida ni unas caladas si se fuma un porro.

—No sé qué coño pasa con el puto vídeo del Paul Collins —insiste el Culebra—. Os juro que lo tenía por aquí...

—¡Joder con el puto vídeo del Paul Collins, colega! —grita el Cuqui—. ¡Pasa ya del puto vídeo!

—Si es que lo debo de tener por aquí...

El Cuqui sigue tomando su medicación, algo, se teme en sus momentos de clarividencia, que será para siempre. Ya se lo habían dicho los médicos, pero él, como si se resistiera a creerlos, ha hecho algún experimento dejando de tomar las pastillas. Se ha desestabilizado tanto que ha vuelto a tomarlas.

Mientras el Culebra sigue buscando el puto vídeo del Paul Collins, el Zanahorio diciendo barbaridades y el Chinao haciendo guarrerías de las tuyas, el Cuqui da un par de pasos al frente y enciende un cigarro. Mira desde detrás de sus gafas de sol hacia el campo del Atleti y los edificios destinados a hoteles y ciudad olímpica sin terminar, abandonados, monumentos a la locura de un país en crisis. Vuelve la cabeza y nos fila. Tiene pocos sentimientos, pero desde que se ha enterado de que los vamos a ayudar, así, sin ganar nada con ello, le vienen oleadas de yo qué sé, vamos, que nos mira con otro careto, como si intentara decirnos que nos lo agradece y eso.

—Bueno, ¿nos abrimos? —propongo.

—Por mí... —dice el Elena, mirando al Cuqui.

Desata a Pirri de la farola y el perro gruñe porque han interrumpido su siesta.

—¡Venga, coño! —le grita—. ¡Será vago, el cabrón!

Nos vamos por la calle Iliada para doblar por Lucano.

—Si queréis echamos una copa en lo del Suso —dejo caer—. Tanto cocido, el vinacho y los porros... Vamos, que yo me metería una loncha pa

espabilarme.

Al Elena y al Cuqui les parece un buen plan. Drogarse siempre es un buen plan. Entramos en el antro después de atar al perro al tronco de un árbol.

—¿Qué pasa, *brothers*? —saluda el Suso por saludar. Qué hijoputa, no le gusta que vayamos a su garito, pero como lo hacemos muy de vez en cuando, prefiere callarse—. ¿Qué va a ser?

Pedimos tres gin-tonics y paso al tigre. Pongo tres rayas sobre la cisterna y me esnifo una. La bodega a esas horas está vacía, así que el Elena y el Cuqui, por este orden, después de dejar pasar un tiempo razonable, terminan esnifándose las suyas. Pero el Suso no es tonto y sabe perfectamente lo que hemos hecho. No dice nada y espera que nos abramos cuanto antes. No quiere líos. En la radio suena «Sweet Child O' Mine», de Guns N' Roses, y nos hemos soplado los gin-tonics tan deprisa que cuando dejamos la bodega todavía suenan los últimos acordes de la guitarra del puto Slash.

Tardamos poco en llegar al garito del Litri, que ya nos tiene preparado el almacén para juntarnos con el Tente. Antes pedimos tres birras y el Elena ata al perro fuera y le deja su ración. Pirri mueve la cola y rechupetea. Puto perro...

—El Tente está dentro —nos sopla el Litri.

Entramos en el almacén. El Tente está sentado en una silla con los codos apoyados sobre una mesa. En un sillón, en una de las esquinas, está don Aquilino, con su sombrero inclinado ligeramente de forma que no se le ven los ojos. Parece dormido. Apoya su mano derecha sobre el bastón. La otra mano reposa sobre su vientre. El Litri entra con cuatro tercios y los deja sobre la mesa alzando el mentón ante el Tente. Este le devuelve el saludo.

—Vamos al grano —dice el Tente—. ¿Habéis alquilao la keli?

La casa estaba alquilada desde hacía días, pero no habíamos podido encontrar al cojo para decírselo, ni en el Joavic, ni en el Venus, ni en su casa, lo cual me había parecido muy extraño y lo único que se me ocurrió es que el Tente estaba haciendo otras movidas, que se estaba dedicando a otros temas relacionados con la historieta de vengarse. Ni siquiera me había llamado para los pedidos de Telefarla, y eso sí que era raro que te pasas.

—Sí, hemos alquilao la keli, como dijiste, pero no te encontrábamos y...

—Ya, ya, eso no importa. ¿Dónde está la keli?

—En la Conce..., bueno, cerca, en la calle Virgen de Lluc.

Le digo la dirección exacta, le entrego dos juegos de llaves y la pasta que nos ha sobrado de la señal.

—Guárdatelo y toma. —El Tente saca quinientos euros más—. Para que os compréis ropa.

—¿Ropa?

—Sí, ropa, cojones. Escucha, te vas a quitar esa gorra y esas gafas.

—Pero...

—Ni pero ni hostias. Tío, no sé si te das cuenta, pero con esas lupas y esa gorra de cuadros cualquiera que te vea se va a quedar con tu jeta. Si no quincas bien sin gafas, te vas a la óptica y te haces otras que canten menos. La gorra fuera. Y os vais a comprar ropa nueva, nada que sea llamativo, unos vaqueros, unos jerséis, unas chupas y unos zapatos.

—¿Qué pasa? ¿Es que no vamos bien? —pregunta el Elena.

El Tente se descojona tan fuerte que le entra la tos.

—No, no vais bien, tíos. Vosotros estáis acostumbraos, pero vais hechos unos putos adefesios. Sois vosotros los que habéis decidido meteros en esto, y si nos vais a ayudar, vamos a hacer las cosas bien, o a intentarlo, por lo menos. Así que ya sabéis, unos vaqueros normales, dos jerséis normales o sudaderas, como queráis, zapatos normales, no vayáis a compraros unos de serpiente o de tacón cubano, que nos conocemos, y cuando creáis que vais hechos unos pijos, entonces es que vais normales. Y nada de gorras, ni pañuelos, ni pulseras, ni mierdas de esas, ¿estamos?

—Vale, vale.

—Mirad, tíos, aun haciéndolo bien, y esto os lo digo a los tres, estamos en inferioridad de condiciones, por lo que podemos cagarla en cualquier momento. Así que llegaos hasta aquí, os voy a hacer la pregunta: ¿estáis dispuestos a seguir? Si no, no pasa na, os priváis la birra y os vais, pero decidlo ahora.

—A muerte —dice el Cuqui.

—Dabuten, y en tu caso, colega, lo entiendo, porque la movida te toca de lleno. Pero vosotros dos... Pensadlo bien, colegas, la movida es nuestra. A vosotros dos os la pela este jari.

—Ya lo hemos hablao —comenta el Elena—. Hemos vivido con esta historia vuestra que también es nuestra, ojo, toda la vida. Y los maderos han

seguido puteando a la gente del barrio como si fuera su deporte favorito.

—Cuando pasó la movida —digo—, al principio, creíamos que os habían matao a todos. Nos alegramos de que el Cuqui y tú siguierais vivos, pero os jodieron bien. Y luego, cuando saliste del trullo, nos diste curro y siempre nos has tratao bien. La mayoría de los camellos gualtrapas acaban delataos por sus propios jefes. Y nosotros ¿cuánto tiempo llevamos currando pa ti? Además, ¡qué coño! Que el Brujo era mi hermano mayor, mi único hermano.

—Y el Bolas era primo mío, así que no se hable más. Mira, tío —explica el Elena, mirando a los ojos al Tente—, yo soy un desgraciao. Si la palmo no pasa nada. Pero si hacemos esto, si nos sale guays, viviré lo que me quede de vida más feliz e iré con la puta cabeza bien alta.

—Yo digo lo mismo. ¡A la mierda! Y que sea lo que tenga que ser.

—Vosotros mismos.

En ese momento, don Aquilino se encaja el sombrero en la cabeza, pilla una bolsa de deportes Adidas que tiene en el suelo, a su izquierda, y se levanta. Camina sereno hasta la mesa y le da la bolsa al Tente.

—Sois unos tíos con cojones —dice—. Ya no quedan tíos así, y los que hay que tienen cojones no tienen cabeza. Además, el patio está muy cambio con tanto rumano, moros, panchos... No, esto ya no es lo que era. Mirad, chavales, yo tengo mis trapicheos, ya lo sabéis, pero procedo de una estirpe..., en fin, a mí me enseñaron ciertas cosas, tanto mis padres como mis abuelos. Y por eso siempre he intentao cuidar de la gente del barrio, aunque ahora el barrio parezca una jodida Torre de Babel. Con esto os quiero decir que no puedo meterme directamente en vuestros asuntos, que, por otro lao, comprendo. Yo haría lo mismo. Pero contáis con mi bendición, aunque si las cosas salen mal, mi nombre no debe salir. No sé por qué os digo esto, lo sabéis de sobra, coño, es de ley.

—Usté tranquilo, don Aquilino —dice el Tente—, bastante ha hecho ya por todos nosotros.

—En la bolsa lleváis cuatro pipas, dos del 38 y dos de 9 milímetros. Son nuevas, no están marcadas. También os he echao munición. Y en un sobre lleváis tres mil pavos.

—No hace falta que...

—¡Tú chapas la boca, cojones! Este es mi regalo, y los regalos no se desprecian. A partir de ahora, que tengáis suerte, y si tenéis que acudir a mí, lo

hacéis por la sordi, sin que se entere nadie.

Miramos a don Aquilino con respeto, con la veneración con la que se miraba antes a un patriarca de clan. Allí no hay ningún lazo de sangre, pero el pasado quinqui, o como coño se diga, de todos nos hermana. Don Aquilino piensa en sus abuelos y en sus padres mientras nos va tendiendo la mano. Para él, por la diferencia de edad, somos chavales. Piensa en carromatos, en paisajes perdidos y en hogueras nocturnas. En los tiempos en que él, su familia y los demás clanes viajaban dedicándose a la quincalla, arreglando calderos, afilando cuchillos o reparando los eslabones de un collar de hojalata o el fondo de un balde de hierro. Los quinkis no éramos una raza, como la gitana. Pero nos regíamos por leyes y normas muy parecidas, reglas de la calle, de esa vida por caminos perdidos, siempre expuestos a peligros de la hostia. De ahí procedía don Aquilino, el último patriarca. También yo, el Elena, el Tente y el Cuqui, y muchos en el barrio. Un clan que se asentó en Canillejas, un barrio que fue creciendo y transformando las chabolas en casas, y las casas en bloques de pisos. Los quinkis siempre habíamos sido orgullosos y nunca nos habíamos dejado pisar por nadie. Por eso don Aquilino estaba orgulloso de su estirpe y de nosotros, aunque pensara que íbamos a hacer una locura. Él podía pararla, quizás era el único, y si no lo hacía era porque pensaba que teníamos derecho a vengarnos, porque esa era la ley, su ley.

Cuando se va don Aquilino, nos quedamos flipaos, como si estuviéramos en otro mundo. El bodeguero nos saca del puto trance. Entra, deja cuatro tercios de cerveza sobre la mesa y recoge los cascós vacíos.

—Que no entre nadie, Litrí —dice el Tente.

—Descuida, tronco.

—Bueno, vamos a darle marcha a esto, que parece un puto velatorio —digo—. Cuatro lonchas para cuatro tíos que le van a echar un par de pelotas.

Saco del bolsillo la farlopa, corto un trozo con una tarjeta de crédito y después la aplasto y la amaso contra la mesa para poner cuatro rayas que nos soplamos por turnos.

—Lo primero que haremos es cargarnos a los maderos —expone el Tente.

—¿Y el Dandy? —pregunta el Cuqui.

—El Dandy, el puto Dandy. Pues resulta que nadie sabe nada del Dandy. Estos dos pavos, los maderos, andan ahora por los sesenta y cinco tacos o algo más. Están jubilaos, bueno, no llegaron a la jubilación, por lo visto pidieron la

excedencia. Acabaron forraos, ¿para qué iban a seguir currando de maderos? Si mis cuentas no fallan, el Dandy tendrá cincuenta y tantos tacos. A ese Salmerón y a ese Sureda nos los vamos a llevar por delante, y si es posible vamos a hacer que sufran. Antes de darles matarile tenemos que sacarles el nombre y la dirección del Dandy.

—¡Qué hijos de puta! —protesta el Cuqui.

—¡Sí, los vamos a joder como a perros! —grita el Elena.

—¡Hijos de puta! —digo yo en un arranque de originalidad.

—Sí, unos cabrones de la peor especie —apostilla el Tente—. Pero no os pongáis eufóricos, que os veo muy crecidos. —El cojo hace una pausa y se enciende un truja—. Por lo visto, al principio se lio en el barrio. Bueno, la noticia de cuando nos dispararon salió en los periódicos de toda España. Pero ¿luego qué? Me acuerdo de que la gente decía que qué pena, que si tres críos muertos acribillados a tiros, lo típico. Pero la verdad es que en poco tiempo el Bolas, el Brujo y el Mediahostia pasaron a ser «¿quiénes coño son el Bolas, el Brujo y el Mediahostia?». Así va esto, colegas. Al final, una noticia va tapando a otra y aquí paz y después gloria. Yo os juro que flipaba. Mis colegas muertos, este —dijo, señalando al Cuqui— en coma y yo con una jodida pierna amputada.

En ese momento, la puerta del almacén se abre y entra un tipo con sonrisa de borracho y un tercio de Mahou en la mano.

—¡Tú, hijoputa, fuera de aquí! —grita el Litri, poniéndole la mano en el hombro y sacándolo para fuera—. Perdona, Tente, tronco, se me ha colao.

—No pasa na...

Pongo otras cuatro rayas y esnifo la primera de ellas con un turulo hecho con un billete de diez pavos. Después se lo paso al Tente. Luego esnifan el Elena y el Cuqui.

—Y ¿cuándo empieza la fiesta? —pregunto.

—Mañana. Ahora el Elena y tú os vais a comprar la ropa y mañana por la mañana os apostáis frente al chalé del puto Salmerón este. Vive en un casoplón que te pasas. —El Tente apunta la dirección exacta en una servilleta—. Os vais a dedicar unos días a seguirlo, a ver lo que hace.

—¿Hay foto del pavo? —pregunta el Elena.

—No, no hay foto. Tenéis que buscaros la vida, colegas. Por eso quiero que vigiléis unos días. A ver, si sale un nota de unos sesenta y muchos en un

carro que te pasas, hay muchas probabilidades de que sea él, porque es su keli. Quiero que saquéis fotos y que os aseguréis, y cuando lo sepamos seguro, ya os digo yo cuándo y cómo lo hacemos. No hace falta que os diga que tengáis cuidao y que actuéis con disimulo, ¿eh? El Clio que hay en la puerta de la bodega es pa vosotros, es de don Aquilino, pero está puesto a otro nombre, todo legal. Si os paran, decís que os lo ha dejao el nota, que lo llamen si quieren, ya está avisao. Tomad, pa vosotros las 9 milímetros, y espero que no tengáis que utilizarlas. Agradezco que nos ayudéis, ya os lo he dicho, pero lo gordo es cosa de este y mía —dice, señalando al Cuqui—. Así que venga, agua.

A los diez minutos, el Elena y yo nos abrimos. El Tente y el Cuqui todavía tardan dos horas en irse de allí. Dos horas durante las que hablan largo y tendido.

19

El Elena y yo nos hemos pegado los días controlando al primer pavo, Jerónimo Salmerón. Vive con su familia en un chalé de la calle Arturo Soria, como si fuera un sultán o el embajador de Inglaterra. No hace nada que no sea darse la gran vida. Hoy ha dedicado la mañana a su sesión de gimnasio. Después se ha metido media hora en la sauna. Más tarde ha tomado un par de martinis en el Café del Comercio con los amigos, como de costumbre. A la una y cuarto ha aparcado su Saab en el garaje del chalé y ha entrado en la vivienda.

Durante estos días lo hemos seguido, hemos sacado fotos de él y de su familia y ni se han coscao de na, porque no esperan que les pase nada malo, porque para ellos la vida es como una película de estas que tienen final feliz. Tienen criados y todas las comodidades del mundo. Cuando llega a casa, el nota se suele sentar en el patio. El Elena y yo lo vemos porque la valla que rodea la casa es de estas de barrotes de hierro forjado recorridos por enredaderas. Un nota muy tieso vestido de mayordomo le pregunta siempre en plan «¿Qué desea el señor?» o «¿Un rioja, señor?». Así cualquiera.

Ayer los seguimos. Era domingo. La familia feliz ha ido a cenar a un restaurante de los que hay por la carretera de Algete. Gracias a nuestras nuevas pintas, pasamos desapercibidos. Parecemos dos pavos normales y pasaríamos más inadvertidos todavía si el cabrón del Elena fuera más alto, pero es un puto enano, qué le vamos a hacer. Como en el restaurante hay bastante gente, nos sentamos en la mesa de al lado, de espaldas a ellos. Y ellos hablan por los codos, sobre todo la madre y la hija. ¿Para qué se van a preocupar de hablar bajo? Nos suda la polla un poco, pero nos enteramos de que el yerno del madero se llama Guillermo y que trabaja en Bruselas porque es un alto cargo en el Parlamento Europeo. Qué nivelazo.

—Qué guapas estáis las dos —dice la madre a la hija. La nieta, de unos doce años, sonrío como si hubiera ganado el concurso de *missMundo*—. Es una lástima que no hayáis podido venir a comer, he hecho un cocido que os habríais chupado los dedos.

—A ver si convences tú a tu madre de que no se dé esas palizas en la cocina —indica el exmadero.

—A mí no me va a convencer nadie de dejar de ser un ama de casa, como Dios manda —contesta sonriendo la mujer de Jerónimo.

—Qué puto coñazo, ¿no? —me dice el Elena muy bajito—. A ver si terminamos de cenar y nos abrimos.

—Tampoco está tan mal, tronco. Estamos aquí cenando, ¿no? Disfruta el momento.

Hemos pedido chuletas de lechal con patatas y una botella de vino tinto. Ya no curramos en Telefarla. Hemos pasado de ser camellos a ser detectives privados. No está mal el cambio. Seguimos aguantando la charla de la familia feliz. Dan ganas de vomitar. Pero, en vez de eso, nos comemos las chuletas y nos bebemos el vinacho. Nos pedimos dos copazos de chinchón y nos salimos fuera para fumar. A través de la cristalera, los vemos. Siguen felices. Ni él ni su puta familia se imaginan que le queda nada para palmarla. En ese momento suena el móvil. Es el Tente.

Hablo con él un rato, le cuento las novedades y me dice que será mañana. Que pasemos a recogerlo y que luego iremos a la keli del Cuqui. También me dice que robemos un buga.

—Uno normal, ¿eh?, que no dé el cante, pero que tampoco parezcamos los basureros, ¿te coscas?

—Sí, claro, uno normal.

Cuelgo y le doy las novedades al Elena.

—Hala, pos vámonos, tronco, que esto es un muermo.

Pagamos y dejamos allí a la familia y sus sonrisas colgadas del careto. Es la típica peña que parece que no tienen que ir nunca al tigre o al dentista.

El Elena dice que pasemos por donde el Litri y me cuesta convencerlo de que no, de que mañana tenemos curro y que esta noche no podemos ponernos mocos.

—Joder, tronco, qué puto muermo, qué puto muermo. —Él a su bolita.

Llegamos a la keli y nos ponemos dos copazos de chinchón. El Elena le vacía a Pirri un botijo en su cubilete. El puto chucho lo chupa hasta que se lo acaba y después se despanzurra en el suelo. Nosotros nos tomamos otra copa viendo la tele y nos hacemos un peta cargado, para dormir bien.

A la mañana siguiente, cuando me levanto, el Elena está sobao en el sofá con Pirri encima. La tele está puesta. Están para hacerles una foto y mandarla a Greenpeace o a la Sociedad Protectora de Animales.

20

La Reme Schiffer tiene los pies en el suelo. Ni por un momento ha pensado que el Cuqui y ella van a casarse o a juntarse para tener niños que llevarán al colegio y a Cortylandia en Navidades. No, nada de eso. Ni siquiera ha pensado en su relación con el Cuqui más allá de la convivencia diaria. Solo sabe que lo quiere, pero no sabe por qué lo quiere. También sabe que él no la quiere, al menos como ella lo hace, y sabe que nunca la querrá porque no puede, porque toda esa mierda de patología mental que tiene se lo impide.

Cuando se levanta de la cama, el Cuqui todavía duerme. Después de ponerse las zapatillas se dirige al baño y se lava la cara. A continuación ve su propia imagen en el espejo. Primero en el que está situado encima del lavabo, y luego se mira en el que está a la derecha para verse desnuda de cuerpo entero. Se contempla y, despacio, va dando una vuelta completa. Se gusta y piensa que cualquier hombre la desearía, que cualquier hombre podría hacer locuras por poseerla. Sí, podría tener a quien quisiera, y sin embargo...

Al final pasa de pensar —«Más me vale»— y se envuelve en su albornoz de toalla rojo, aunque todavía le queda tiempo para suponer que a ella debe de faltarle también algún tornillo por estar enamorada del Cuqui.

—¡Joder! —se dice a sí misma mientras se prepara un café—. ¡Joder, joder! —vuelve a decir, ya sentada a la mesa del salón, mientras enciende un pitillo.

Inhala el humo y lo expulsa parsimoniosamente fijándose en cómo se esparce para terminar desapareciendo. Se acerca a la ventana, descorre la cortina y levanta la persiana. En la calle se puede ver lo de siempre: las señoras que tiran de los carritos de la compra, el barrendero retirando la ful de las aceras, los coches que vienen y van..., todo normal. Porque el barrio, lejos ya de ser lo que era, se ha ido normalizando. Todavía quedan residuos

marginales, pero cada vez menos, aunque hay que contar con los inmigrantes. No todos han conseguido el trabajo que soñaban. Otros nunca pensaron trabajar, solo pensaron que un vago aquí vive mejor que en sus países de origen. La emigración ha contribuido a que aumenten un poco los focos marginales, pero no, definitivamente, el barrio no es lo que era. Ella ni se alegra ni se entristece, porque el barrio hasta podía ser el puto Manhattan y daría igual. Aunque si así fuera, el Cuqui, el Tente, don Aquilino y los demás, también ella, estarían ahí. Rodeados de rascacielos y de lujo, sí, pero ellos seguirían estando ahí con sus problemas, con sus vidas de mierda.

El Cuqui aparece en el salón con una botella de cerveza.

—¡Joder, tío! No sé cómo puedes tragarte eso na más levantaos.

El Cuqui mira a la Reme Schiffer y luego mira a la botella sin entender absolutamente nada.

—Pues pa mí es más normal que tomarte un café, yo qué sé...

—No vayáis —dice ella. En su cara hay una expresión seria, grave.

—¡Ya estamos! Joder, tenemos que ir.

—Ya lo sé, pero yo te lo tenía que decir otra vez.

—Pues déjalo ya.

—Podéis seguir con vuestras vidas, olvidar que todo aquello pasó, olvidar que...

—No vamos a olvidar nada. Mira lo que han dicho el Mochuelo y el Elena, que el Jerónimo ese vive como un millonario en un chalé que te pasas, con todas las comodidades para él y su puta familia, que tiene varios cochazos, que...

—¿Y qué? Olvidadlo to, tíos. Pero ¿es que no os dais cuenta de que os van a matar? Pero ¿os habéis mirao? Un cojo, un tarao y esos dos, el Mochuelo y el Elena, que dan de to menos miedo, tío. ¿De verdad os habéis creído que vais a poder con esa gente?

—Yo no creo na, joder... Y sí, estoy tarao, ¿qué pasa? Y el Tente está cojo, somos dos putos tullidos. ¿Y sabes por qué?

—Sí, no vuelvas a contármelo, joder... Pues nada, a la puta guerra. Mucho orgullo de mierda es lo que tenéis pa no ser más que unos putos quinquis. Sé que por mucho que diga no voy a cambiar nada, pero tenía que intentarlo.

—Pues deja ya de dar el coñazo.

—Estoy preñá.

—¿Qué..., qué coño has dicho?

—Que estoy preñá, joder —dice la Reme Schiffer. Se enciende un cigarrillo y empieza a dar paseos cortos por el salón.

—¡Joder! ¡Me cago en la madre que me parió! ¡Me cago en los muertos del autobús! ¿Cómo que estás preñá?

—¿Y qué coño quieres, joder? ¡Con la puta Viagra estamos todos los días follando como conejos!

—Pero ¿tú no tomabas pastillas?

—Joder, tío, ¿cuántos días hemos llegao con un pedo que te pasas? Más de uno fijo que se me olvidó tomarla, eso fijo.

—¡Me cago en mi puta calavera, joder!

—Deja ya de maldecir, ¡cabrón! ¡Porque sé que estás tarao y enfermo, que si no, te cortaba los huevos! Mira, tío, yo voy a tener el crío. Que lo quieres compartir, dabuten, que no, también, ya me busco yo la vida, coño ya...

El Cuqui se golpea la cabeza con la palma de la mano. No se esperaba esto. Ahora es él quien da cortos paseos por el salón mientras ella se sienta en el sillón y enciende un truja.

—Oye, si estás preñá no tendrías que fumar.

Ella se levanta y mira al Cuqui como una exploradora que de repente se encuentra frente a frente en la selva con un gorila.

—Yo es que lo flipo. ¡Ya es lo que me faltaba!

Suena el timbre de la puerta y ella se asoma por la ventana.

—Ahí están tus colegas. Joder, vaya panda, tío. Si no fuera porque sé que vais en serio, sería pa descojonarse.

—¡Cállate, coño!

El Cuqui saca de un cajón la 38 y se la esconde en la cintura, entre el abdomen y el pantalón.

—Tened cuidao.

El Cuqui abre la puerta para marcharse. Frente a él está el Tente. Finalmente da la vuelta, se acerca a ella y la besa en la boca. Un beso que ella recibe como si fuera una estatua. Espera que no se cumplan sus presagios.

Yo conduzco, el Elena va sentado a mi lado, desde atrás no se le ve la cabeza. El Tente va detrás, al lado del Cuqui, fumando un cigarrillo y

pensando. Nosotros hemos cumplido: hemos cambiado nuestra forma de vestir, hemos hecho el seguimiento, nos hemos asegurado de que el tipo era el Jerónimo que buscaban... Después de un par de semanas hemos averiguado sus rutinas. Y el Tente ha decidido atraparlo a la salida del Café del Comercio, un garito de empresarios y banqueros donde el exmadero toma un par de martinis todos los días después de sus movidas de rico diarias, entre las que se encuentran ir al gimnasio, sauna, comprar el periódico y otras historias más o menos sacrificadas. El nota suele salir del café a las dos en punto porque le gusta comer con la familia a las dos y media. Es entonces cuando va al aparcamiento privado situado en la acera de enfrente a recoger su Mercedes deportivo.

Gracias a la puntualidad del exmadero, no tengo ningún problema en aparcar el coche en doble fila —un coche robado, como me había dicho el Tente, porque las calles están llenas de cámaras y no es cuestión de hacer un secuestro con tu propio buga—, justo un minuto antes de que salga y apriete el botón del semáforo para cruzar. En ese momento, de entre la gente, surge el Cuqui, que le mete la 38 en los riñones, y el Tente abre la puerta del coche desde dentro.

—Sube al coche y no hagas gilipollecas —dice el Cuqui.

El tipo pone la misma cara que si hubiera visto un avión estrellarse contra el edificio de enfrente. No se cree lo que le está pasando. El Cuqui tiene que darle la barrila. El nota es gilipollas o no se entera de qué va la vaina.

—¿Quieres morir aquí en la calle como un perro? —dice, apretando el cañón de la pistola contra la espalda de Jerónimo.

El cabrón, ya más centrado en la realidad que lo rodea, decide finalmente que ahora mismo no le viene bien morir tiroteado y sube al coche. Al acomodarse se da de frente con la cara del Tente y su 38. El cojo lo cachea mientras el Cuqui lo encañona. Acelero y conduzco despacio, como si acabara de realizar las compras en el supermercado. El Elena vuelve el jeromo constantemente, mirando el careto del abuelo entre su asiento y el mío.

—¿Qué coño queréis? ¿Dinero? —pregunta el exmadero con una mezcla de miedo y curiosidad. En realidad sigue bastante extrañado. No sabe qué es lo que quieren de él esos cuatro tipos.

—Tú chapas la puta boca hasta que se te diga —contesta muy serio el Tente, sin dejar de apuntarle con la pistola el costado.

Recorremos la M-40 y la dejamos por el desvío de la avenida de Arcentales. Enfilamos una carretera que nos lleva paralelos a la valla de las cocheras del metro y finalmente nos desviamos por un camino de tierra. Jerónimo, al ver que a un lado y a otro solo hay campo, empieza a poner cara de «que Dios me proteja». Unas gotas de sudor frío resbalan por su frente. Paramos delante de las ruinas de una casa abandonada en un lugar en medio de la nada, entre Coslada y Canillejas.

El Cuqui y el Tente encañonan al nota mientras yo le ato las manos a la espalda con un par de bridas de las que usan los electricistas para sujetar los cables. El Elena empuja la puerta de la casa abandonada. La casa está llena de basura, de cucarachas y de ratas. El olor es penetrante, pero la vivienda está bien ventilada, ya que no tiene cristales en las ventanas y tampoco techo en algunas partes. El Elena y yo atamos al pavo con cuerdas a un pilar que huele a orines de gato.

—¿Me vais a decir de una puta vez qué coño queréis?

—¡Ja, ja, ja, ja, ja...! —El Tente no puede evitar una carcajada que suena como un estertor de ultratumba—. Tranqui, viejo. Después de lo que hemos esperao, tenemos todo el tiempo del mundo. Míralo —le dice al Cuqui—, ni siquiera nos conoce, el hijo de la gran puta.

Y en ese momento, Jerónimo cae en la cuenta, recuerda el desafortunado hecho de «haber dejado vivos a estos hijos de puta».

—Qué, ya te acuerdas de nosotros, cabrón, ¿verdad? —pregunta el Tente una vez que ve la expresión de sorpresa en la cara del exmadero.

—¿Qué coño queréis? Podíais estar bajo tierra igual que vuestros compinches. Si estáis vivos es porque nosotros os lo hemos permitido. De verdad, ¿qué coño queréis ahora?

—Aquí las preguntas las hacemos mis colegas y yo —dice el Tente. Después le da un puñetazo en la cara. Jerónimo empieza a sangrar por la nariz. El Tente se la ha roto. También escupe sangre sobre el suelo sucio.

—Estáis muertos, hijos de puta —sentencia Jerónimo. Después escupe un par de dientes.

—Me parece que no te coscas muy bien de cómo está la cosa, madero de mierda. Nadie va a venir a ayudarte. Y no te voy a mentir, puedes morir rápido o puedo despellejarte lentamente para que sufras, cabrón. Solo quiero saber una cosa.

—¿El qué? ¿Que por qué lo hicimos?

—No. —El Tente empieza a partirse el pecho—. Eso ya lo sé. Matasteis a nuestros colegas y a los demás chavalitos porque sois unos malnacidos.

—¿Entonces?

—Sabemos quién es tu compañero Gonzalo y cómo encontrarlo, pero tenemos un problema con el hijo de puta del Dandy.

Ahora es el exmadero quien se ríe. Es más bien como una mueca.

—Y la palmaréis con la duda. Supongo que no esperaréis que yo lo delate.

El Cuqui se adelanta mientras abre su estilete automático. Tuerce la cabeza de Jerónimo y le raja la mejilla izquierda. La herida empieza a sangrar instantáneamente.

—Nos lo vas a decir quieras o no —dice el Cuqui mientras enciende un cigarrillo.

La cara del expolicía empieza a parecer algo muy distinto a una jeta humana. A pesar del estropicio, apenas ha emitido un grito ahogado cuando ha sentido el corte del estilete.

—Y me da igual lo duro que seas. Cuanto más duro seas, peor pa ti, cabrón.

El Elena y yo nos ponemos a los lados del viejo, no porque se vaya a escapar, sino porque en algún sitio tenemos que estar. Estamos allí para vengarnos. Pero la realidad nos supera. No es lo mismo encañonar a un camionero para robarle la carga que presenciar la carnicería en la que se ha convertido la cara del nota.

El exmadero vuelve a escupir sangre.

—¡Hijos de perra! —dice—. ¡Teníamos que haberos matado!

—Ya es tarde para eso, viejo. Haberlo pensao antes.

El Cuqui apaga su cigarrillo en el suelo y pasea trazando un círculo alrededor del expolicía. Una rata se acerca tímidamente al charco de la sangre que va acumulándose en el suelo. Cuando llega, el Cuqui le da una patada que la estampa contra una de las paredes, y su chillido desaparece en el acto.

—Sigo queriendo saber la identidad del Dandy, viejo.

—El Dandy es..., el Dandy es tu puta madre.

El Cuqui procede como lo ha hecho antes, solo que ahora empuña el estilete delante de la cara del exmadero, sonriendo, enseñándole sus dientes

podridos, y le corta la oreja derecha. El alarido que da, esta vez sí, se debe de haber escuchado en un kilómetro a la redonda. El problema para él es que no hay nada en un kilómetro a la redonda. Por si acaso, el Elena y yo salimos para comprobar que todo va bien. Cuando volvemos a entrar, la escena es la hostia. El nota sangra como si su cabeza fuera un manantial y el Cuqui está descojonándose vivo con su oreja en la boca, intentando masticarla. El Elena vomita y yo controlo las arcadas. Pero el cabrón del Cuqui sonrío. Para flipar.

—¡Hijos de perra! —brama el expolicía—. ¡Hijos de mala madre, tarados de mierda!

—Pa mí que este no se cosca —dice el Tente, mirando al Cuqui.

—Va a ser eso. Ahora, que yo, por mí, sigo cortando... —añade el Cuqui en medio de una gran carcajada.

Jerónimo sigue lanzando insultos, así que el Tente le da una bofetada con la mano abierta.

—¡Calla, coño! ¡Y dime lo que te he pedido, que se me está acabando la paciencia, joder!

—¡Púdrete en el infierno!

El Tente extrae su cartera con parsimonia y saca algunas fotografías. Las hemos hecho el Elena y yo con el teléfono móvil y las hemos imprimido en un locutorio del barrio. No son de muy buena calidad, pero tampoco son para colgarlas en una de esas exposiciones para gente pija.

—¿Sabes, Jerónimo?, tu nieta está muy buena.

—Ya te digo —dice el Cuqui, escupiendo la oreja al suelo.

Después, el Tente enseña a Jerónimo las fotos de su mujer, su hija y su nieta. A pesar de que por la sangre ya es difícil identificar algún cambio en la jeta del exmadero, el cojo nota que su gesto se transforma por el pánico.

—Si no me dices quién es el puto Dandy y dónde puedo encontrarlo, vamos a violar a tu nieta y a tu hija. A tu mujer no, porque ya no nos pone, pero a lo mejor le metemos el palo de la escoba por el culo.

—¡Cabrones...!

El exmadero se agita intentando zafarse de las ataduras. Su cabeza empieza a ponerse morada.

—Déjate de historias, viejo. Mi colega está deseando seguir cortándote a trozos. Es un puto psicópata, ¿sabes? Si no lo haces por ti, hazlo por ellas —

dice el Tente, meneando las fotografías frente al rostro de Jerónimo—. Vas a morir, y lo sabes. Al menos vete al otro barrio con la conciencia despejada, con la tranquilidad de que has salvado a tu familia.

—¿Y cómo sé que...?

—Gilipollas del culo, no lo sabes. Pero si me dices lo que quiero, tus chicas seguirán haciendo su vida. Si no me lo dices, sus vidas se van a convertir en un puto infierno. Y ahora piensa, aunque fuera mentira lo que te digo, que no lo es, ¿no valdría la pena intentar salvarlas? Morir vas a morir de todas formas; como ves, te he dicho la verdad desde el principio.

El abuelo ha empezado a flaquear hace tiempo. Pero además tiene que reconocer que el cojo lleva razón. No sabe si dice la verdad, pero lo que está claro es que si no habla, su familia lo va a pasar mal. Así que finalmente claudica y le susurra al Tente lo que quería escuchar.

—Si me has mentido, tu familia pagará igual. Ahora voy a dispararte, pero, antes, ¿quieres decirme algo más?

—Lo..., lo que te he dicho es verdad, hijo de perra. Respeta a mi famil...

Son dos tiros secos.

A la cabeza.

El Elena y yo, que hemos salido unos segundos antes, entramos con un saco. Después desatamos lo que queda del expolicía Jerónimo Salmerón y esparcimos cal viva en los charcos de sangre. Volvemos al coche y pillamos picos y palas. En quince minutos, ayudados por el Cuqui, hemos cavado un hoyo para enterrar el cadáver. Primero esparramamos bastante cal viva por el fondo y después ponemos encima el cuerpo, que cubrimos con otra capa de cal. Finalmente tapamos el agujero de forma que nadie pudiera ni siquiera suponer que allí ha pasado algo.

—Hala, a tomar por culo —dice el Tente—. Un hijo de puta menos.

—Yo lo habría capao —opina el Cuqui.

—Tronco, qué bestia eres —dice el Elena—. El Mochuelo y yo hemos potao cuando lo de la oreja. ¿Es que no te da asco?

El Cuqui mira al Elena como si no entendiera la pregunta.

—Se merecía lo que le hemos hecho y más, pero tampoco se trata de hacer una masacre —comenta el Tente, como si no la hubieran hecho. Yo flipo—. Venga, dejaos de hostias. Llevadnos al metro. A partir de ahora, el Cuqui y yo

no vamos a dejarnos ver por el barrio, nos vamos a la keli alquilá. Mantened los ojos abiertos. Y cuando nos dejéis, quemáis el buga en algún descampao de Vicálvaro. A partir de mañana me controláis al otro madero y me vais diciendo. Al Dandy lo vamos a dejar pal final. —En ese momento nos dice el nombre y el paradero del Dandy—. Ah, y antes de ir a por el otro, comprobadme que la información que me ha dao este hijoputa es cierta. Os plantáis por allí sin que os vean y procuráis echar una foto al nota. Nunca he olvidado su careto.

El Cuqui y el Tente bajan por las escaleras del metro de Las Musas. Si no los miras mucho, parecen un par de colegas que vinieran de trabajar o de dar una vuelta.

Media hora después, el coche arde en un descampado entre Vallecas y Vicálvaro, tal y como nos habían dicho.

21

Llevamos ya ocho días siguiendo al otro pavo. Ayer vimos por primera vez en la tele una foto de Jerónimo Salmerón. La locutora decía que había desaparecido, pero en plan de como si fuera un viejo más de esos que se van a comprar tabaco y no vuelve. A estas alturas, el nota debe de estar desecho en la zanja que cavamos.

La noche es fría y parece que va a llover, hay una humedad de la hostia, así que, al salir de la timba clandestina, el tipo se alza el cuello del abrigo. Este no es como el otro, parece un tío más cutre y le va el rollo del juego que te pasas. Nos ha llevado hasta Torrelodones. Parece que está bastante humillado; por el careto que lleva, debe de haber perdido. Normalmente solo se hace acompañar de un guardaespaldas cuando gana, pero últimamente lo hace hasta cuando pierde, por si acaso, porque nunca se sabe, y porque su excolega ha desaparecido.

Nos hemos enterado de algunas cosas. Mientras que los otros dos han invertido su dinero en negocios, él ha comprado pisos, garajes y locales que tiene alquilados, cosa fácil, sin complicaciones, rentas que le dan para vivir como un rey. Y mejor habría vivido si no hubiera sido por su adicción al juego. No se conforma con acudir a alguno de los clubs de los que es socio. De vez en cuando necesita algo más fuerte, jugarse cantidades que solo se admiten en esos tugurios en donde todo se juega con dinero negro, a espaldas de la pasma, a espaldas de Hacienda, a espaldas de todo.

Nos quedamos un poco flipaos, porque el nota que lo acompaña hoy, el que le va a guardar las espaldas, es un gigante que se hace llamar Bellón, y es del barrio. No sabemos si se llama así o si es un apellido o un mote. No lo conocemos mucho porque nos saca muchos tacos, pero sí sabemos que es un mal bicho. También cobra deudas, y no como lo hacen las empresas legales.

Gonzalo Sureda, expolicía corrupto, ha hecho fortuna siendo compañero de fechorías del Dandy y de su colega Jerónimo. Lo del juego y el alcohol vino después de que a su mujer se la llevara por delante un cáncer que ni todo su dinero empleado en hospitales privados pudo evitar. Se vio solo, maltratado por la vida, con su único hijo ya mayor haciendo un máster en los Estados Unidos, y se dejó llevar, aunque últimamente estaba remontando básicamente por dos razones: la primera de ellas era que su hijo, casado recientemente, le iba a hacer abuelo, y la segunda razón era una mujer a la que había conocido gracias a las labores de casamentera de su hermana. Volvía a tener ilusiones y había abandonado paulatinamente esos vicios que lo habían llevado de cabeza, sobre todo las timbas ilegales, pero a veces... Toda esta información era cortesía de don Aquilino, que es un lince para estas cosas y tiene contactos entre la policía. Y bien que les paga, claro.

Bellón conduce el coche hasta el garaje y lo acompaña hasta la puerta de su casa. No se marcha hasta que Gonzalo abre la puerta, comprueba que todo está bien y el madero le paga por sus servicios. Bellón alza el mentón, saludando, cuando pasa junto al Ford Fiesta de la empresa de seguridad que guarda el portal de su jefe. Gente del Dandy, por supuesto, gente de una de sus empresas legales. Bellón los conoce y ellos lo conocen a él.

Gonzalo se pone cómodo ajustándose su batín de seda. María del Carmen duerme. Al día siguiente se levantaría, le haría el desayuno y no le haría preguntas porque sabía las respuestas. El nota se echa un último cigarro en la terraza, y seguro que piensa que la vida tiene sentido, por lo del nieto.

Entra en la casa y vuelve a salir a la terraza con una copa de algo, coñac o whisky, tampoco se ve muy bien desde donde estamos, metidos en el buga, a unos diez metros de su portal. Después de una copa viene otra, y otro pitillo. Con lo que habrá soplado en la timba y lo de ahora, el nota puede llevar un moco que te pasas. Vuelve a entrar, pero ya no sale. Las luces de la casa se apagan. El Elena y yo nos abrimos.

22

En la misma mesa, en la misma silla y a la misma hora, Avelino está tomando un plato de sopa de cocido mientras ve la televisión. El Litri le pone además un trozo de pan y un vaso de vino. Él da las gracias a su benefactor. En la bodega hay varios obreros tomando cervezas; los jubilados, dedicados en cuerpo y alma al vino peleón del Litri; y los parados y colgados habituales. El Elena y yo hemos hecho un descanso del seguimiento al exmadero Gonzalo Sureda. El otro madero vuelve a salir en la tele. Ya no creen que ha desaparecido, dicen que puede ser un secuestro exprés de esos que hacen los colombianos porque unas cámaras próximas a las inmediaciones del café han captado la imagen del empresario subiendo a un vehículo, pero al no recibir la familia ninguna notificación por parte de los secuestradores, la policía empieza a no tenerlo claro. Según se ha filtrado a los medios de comunicación, puede que su desaparición tenga que ver con alguno de sus negocios, sin descartar el hecho de que el desaparecido ha sido inspector de policía. Putas camaritas de los cojones.

Por eso, la casa donde vive Gonzalo Sureda está siendo vigilada por seguridad privada que el propio exmadero ha contratado al enterarse de la desaparición de su antiguo colega. Hombres del Dandy. A ese hijoputa ya lo hemos fichado en la dirección que me dijo el Tente.

—No sé cómo vamos a cazarlo —dice el Elena.

—Ya nos lo dirá el Tente. Y eso de que el nota vaya acompañao es un problema, pero ya lo has visto, como mucho solo van dos pavos con él. Así que, si hay que cargárselos, tampoco es tan chungo, ¿no?

—Pero es un problema.

—Es normal, tronco. Matamos al otro nota. Pos este se ha protegido todavía más, por si las moscas. Y eso que no sabe si su colega ha muerto o

qué.

—Es un puto problema.

—Y si nos cepillamos al Gonzalo, el más difícil va a ser el Dandy ese. Lo primero porque se va a oler que la cosa va de venganza. Y lo segundo porque yo creo que estos notas, los maderos, al final eran tíos normales, los hijos de puta. Vale, eran chungos en su día, pero luego se retiraron de to.

—Ya, y el otro nota no. Es más joven. Se dedica a la prostitución y, por lo que dice el Tente, se le ha relacionao en varios juicios con narcotraficantes chungos, pero que nunca lo han enmarronao. Este va a ser tela de jodido, tío.

—Toda esta movida es chungo, ya lo sabíamos.

—Sí, claro.

Piden al Litri otros dos tercios. Avelino termina de comer y lleva los platos hasta la barra.

—Tened cuidao —les dice.

—¿Por qué? —pregunto.

—Han estao por aquí unos tíos, pasma o gente chungo, que para el caso es lo mismo. Han preguntao a la gente en la bodega y en el barrio por el Tente y el Cuqui, pero también han preguntao por vosotros.

—¿Por nosotros? —pregunta el Elena.

—Sí, por vosotros. Así que al loro.

—Gracias, Avelino —digo.

—Na...

Avelino vuelve hasta su mesa, la limpia con una bayeta, enciende un cigarro y continúa viendo la televisión.

El Chinao entra en la bodega hurgándose la nariz y blasfemando. Pide un tercio de Mahou.

—¿Y a ti qué te pasa, flipao? —pregunta el Elena.

—Que me han parao los maderos anoche, se han llevao el buga y he dormido en la comisaría de San Blas. ¡Hijos de puta!

—Ibas moco... —digo.

—Joder, casi rompo el alcoholímetro, colega. Yo no sé esta manía que les ha entrao de no beber. Yo si no bebo no conduzco a gusto, tío, voy como tenso al volante.

—Pero mira que eres bestia. O sea que tú si no vas bolinga no conduces.

—Hombre, depende de la cilindrada.

—¿Qué tendrá que ver la cilindrada del buga? —dice el Elena.

—No, coño, depende de la cilindrada del pedo. Si no se puede conducir, pos no se conduce. Me ha pasao más de una vez. Y cuando me pasa, aparco y a sobar. Una vez me despertó un pavo dando golpes en la ventanilla que casi le doy de hostias. Hasta que me cosqué que había estao durmiendo en el coche aparcao en medio de una calle. Se ve que conduje hasta que me quedé sobao.

—Pos te quitarán el carné —dice el Elena.

—Pos que se jodan.

Nos vamos al bar del Salem a comer unos bocatas de calamares. Cuando terminamos, nos sentamos a una mesa con dos copas de chinchón y vemos los deportes del telediario.

—Este Messi es gilipollas, colega —dice el Elena.

—Puede, pero da gusto verlo jugar —contesto, para que se chine un poco.

—Eso sí. —El cabrón no se ha picado.

—Oye, tío, no me mola que haya gente preguntando por nosotros. Llevo todo el rato dándole vueltas. Creo que deberíamos abrirnos del barrio.

—Te lo iba a decir.

—Mira, hay que pillar farlopa y hachís. Si quieres, yo me encargo y tú, mientras, te vas a casa y echas en una bolsa gayumbos, cepillos de dientes, maquinillas de afeitar..., en fin, todas esas mierdas, y nos vemos en la keli donde están estos. Es lo mejor, no sea que estos pájaros nos den un disgusto. Y habría que avisar a la Reme Schiffer. Seguro que también irán a por ella.

—Yo la aviso antes de pasar por la keli. Y al perro..., le paso cincuenta pavos a la vecina para que lo cuide.

—Dabuten.

—Nos vemos en la Conce.

—Nos vemos. Estate al loro.

Pero esa misma mañana, por su cuenta y riesgo, la Reme Schiffer se ha presentado en la calle Virgen de Lluc. El piso que ocupan el Tente y el Cuqui está en la segunda planta. Llama al timbre varias veces. Son las diez de la mañana. Tarde, para cualquier ciudadano, pero pronto para estos dos, que se habían ido a la cama la noche anterior a eso de las cuatro. El Tente y el Cuqui se despiertan por los timbrazos y sus músculos se tensan porque nadie sabe

que están allí, salvo los de la agencia inmobiliaria. También podría ser que quien llama al timbre sea un puto vendedor de enciclopedias, si es que todavía existen, pero por si acaso agarran sus pipas y se acercan descalzos hasta la puerta. A pesar de usar su muleta, el Tente llega antes. Al mirar por la mirilla y ver a la Reme Schiffer, se relaja y abre la puerta, pero se cabrea un huevo.

—¿Se puede saber qué coño haces tú aquí? Se supone que estamos escondidos, y además tú sabes que es una movida chungueta.

—¿Quién te ha dao la dirección? —pregunta el Cuqui.

—Les pregunté al Mochuelo y al Elena. Bueno, ¿me vais a dejar pasar o nos quedamos así tol día?

La Reme Schiffer entra en el piso como si fuera la jefa de un comando de las fuerzas especiales, solo que en vez de fusil de asalto y uniforme lleva una bolsa con alimentos, otra con productos de limpieza, un cepillo, un recogedor y una fregona, ante las atónitas miradas del Cuqui y del Tente.

—Lo que me imaginaba, estáis viviendo aquí como si fuerais putos cerdos —afirma ella, dando una patada a uno de los muchos botes de cerveza que hay tirados por el suelo—. Fijaos en la basura que habéis acumulao. Y no quiero mirar el baño, eso lo dejo pal final —termina, mientras saca una bolsa de basura gigante y empieza a meter envases y mierda de todo tipo.

—¡Joder, lo que nos faltaba! ¡A ver si te habrán seguido! —dice el Tente.

La Reme Schiffer sigue a lo suyo mientras el Cuqui y el Tente, sin saber muy bien qué hacer, sacan las cartas para echar un tute, fuman y beben, hasta que a la media hora vuelve a sonar el timbre.

—¡Me cago en la madre que me parió! ¡Hoy es el puto día de que esto parezca la consulta del médico! ¡Quién coño será ahora!

Los dos vuelven a coger sus pipas y se acercan a la puerta para ver por la mirilla que quien está detrás soy yo. Abren.

—¿Y a ti qué coño te pasa? —me pregunta el Tente.

—Es que han ido unos notas por el barrio preguntando por vosotros. Y también han preguntao por nosotros, así que hemos pensao que teníamos que venirnos pacá, que el barrio no es seguro.

—¿Cómo, unos notas?

—El Avelino nos ha dicho que fijo que eran maderos.

—¡Joder, fijo que se han coscao por las putas camaritas que hay en todas

las calles!

—Y menos mal que apagamos los móviles. Hoy en día saben dónde estás en cualquier momento por el puto móvil.

—¡Hostias! ¡Reeemeeeee...! —llama el Tente a la Schiffer, que en ese momento anda por la cocina.

—¿Qué tripa se te ha roto ahora?

—¿Has apagao el móvil?

—¿Tú te crees que yo soy una pardilla? Antes de salir de casa.

—Vale, vale, es que...

—...

Ella vuelve a la cocina y empieza a sacar platos del fregadero. El Cuqui no sabe si debe ir a por la Schiffer y preguntarle qué tal está o si debe partirme la cara por haberme presentado allí de sopetón. Me alegro de que al final vaya a la cocina y traiga tres botes de birra. Después hace tres rayas sobre la mesa del salón. Ahí sí, ahí se siente seguro, sobre todo cuando esnifa la primera, da un trago de cerveza y se hace un porro.

—Bueno —dice el Tente—. ¿Y el Elena?

—Ni puta idea, debe de estar al venir. Ha ido a la keli a por unas cosas mientras yo iba a pillar farlopa y hachís. También le dije que fuera a casa del Cuqui pa avisar a la Reme Schiffer de que se viniera, porque si los pavos esos suman dos y dos, también iban a ir a por ella. He flipao de que estuviera aquí tan pronto.

—Y nosotros, solo que no ha venido porque le haya dao el queo el Elena. Ha venido pa limpiar. ¡Yo es que lo flipo!

—Está preñá —dice el Cuqui.

—¿Qué...? —pregunta el Tente—. ¡La madre que me parió...! El momento ideal pa dejar embarazá a la piba, Cuqui.

—Ha sido sin querer, tronco.

—Sí, claro, sin querer. Joder... Pero bueno, descerebrao, ¿tas parao a pensar qué futuro le espera al crío? Y eso si salimos de esta.

—...

—No, no digas na, ya sé que lo tuyo no es pensar, en fin... Vamos a esperar a que venga el Elena y ya estaremos tos. ¿Te echas unas manos?

—Vale —digo.

En tres horas la casa está limpia. La Reme Schiffer está tirada en el sofá después de darse una ducha, viendo la televisión, uno de esos programas de cotilleos de Tele 5, y nosotros nos descojonamos con la baraja desparramada por la mesa y la segunda botella de DYC a medias. El Elena no aparece. El Cuqui lleva a la Reme Schiffer en brazos hasta la cama de la habitación más grande. Se ha quedado dormida. Después, todos nos vamos a dormir tras esperar que en cualquier momento el Elena llame al timbre, pero eso no ocurre, ni por la noche ni a la mañana siguiente.

El Cuqui tiene problemas para dormir. El Tente tampoco es mucho de estar en la cama más de lo que para él es lo normal, que es poco. Así que cuando sale al salón se encuentra al Cuqui sentado en el sofá abrazado a un tercio de Mahou.

—Se ve que no has podido dormir bien —dice el Tente.

—Tú tampoco.

—Me piro, tronco. Voy a ir hasta la Cruz, por lo menos a encender el móvil. No me mola que el Elena no haya venido.

—Me voy contigo.

—No, quédate aquí. El piso no lo tienen controlao, si no ya estaríamos muertos. Pero prefiero que te quedes y que estés al loro. Por si acaso.

—Vale.

El Tente coge el bus 48 y se baja en la Cruz, junto a la parada de metro de Ciudad Lineal. Cruza la acera y busca un antro discreto, de esos oscuros y antiguos en los que la gente va de paso a tomar el metro o el autobús. Pide un café solo y una copa de chinchón. Al encender el móvil espera ver alguna llamada perdida del Elena, pero en vez de eso ve dos llamadas de don Aquilino, así que lo llama.

—No sabía cómo encontrarte.

—Ya, es que tenemos apagados los móviles para que no nos localicen.

—Ya...

—...

—Mira, chava..., el Elena ha aparecido muerto en un descampao de Vicálvaro.

—¿Que el Elena...?

—Sí, vuestro colega. No solo estaba fiambre. Tenía la cara como un cristo.

Y el cuerpo machacado, sin orejas, lo que quiere decir que a la criatura la han dao hasta en el cielo de la boca. Esto huele a mafia de la hostia, niño.

—Pero entonces...

—Calla y escucha, que no tienes tiempo. El chaval no ha hablado. Si lo hubiera hecho, la pasma ya habría entrado en el piso ese donde estáis hace horas. Y, además, hay un pollo en la comisaría; el madero al que tengo comprado, mis buenos billetes me cuesta. Dice que detrás de todo esto está el Rata, el secreta que andaba por lo del Litri. Y que según ha oído, el Elena se les fue sin cantar. Y otra cosa, el Rata se saca un sobresueldo trabajando para el hijoputa ese del Dandy, ya sabes que...

—Ya lo sé... Joder, me tiemblan las piernas. No de miedo, joder, de puta rabia. La cosa se ha puesto chungueta.

—Mu chungueta, sí. Así que lo que tengáis que hacer hacedlo deprisa. Y ahora cuelga, desconecta y sal cagando leches de donde estés.

El Tente cuelga, paga y sale del bar.

El Tente llega hasta el semáforo de la calle Alcalá.

El Tente se dirige a la parada del 48 de la calle Arturo Soria y antes de subir al bus suelta un «¡Os voy a matar a todos, hijos de puta!» que hace que una señora mayor y un chaval con gafas de pasta y pintas de estudiante, que esperaban también el 48, prefieran quedarse y montar en el siguiente.

Y lo hacen a pesar del frío que hace, siempre menos que el que habían detectado en los ojos de ese cojo enloquecido.

23

La muerte del Elena cae como un jarro de agua fría sobre todos. El Tente llega al piso blasfemando, con los ojos inyectados en sangre y de muy mala hostia.

A mí se me escapan las lágrimas. El Cuqui se golpea la cabeza contra una pared. Y la Reme Schiffer se queda apoyada en otra de las paredes fumando un cigarro, con cara de miedo.

El Tente nos cuenta la charla que ha tenido con don Aquilino.

—El tiempo juega en nuestra contra —dice—. Ya no contamos con el factor sorpresa como cuando nos cargamos al Jerónimo. Así que hay que movernos, colegas. Fue una gilipollez secuestrarlo a cara descubierta. Las cámaras solo han podido ver al Cuqui, que fue quien lo metió en el coche a punta de pipa. A lo mejor también os vieron a vosotros —me mira—, que ibais delante. No sabemos cómo va a acabar esto, por eso vamos a taparnos las caras. Si salimos vivos, que no lo tengan fácil pa acusarnos.

—Yo voy con vosotros, pa sustituir al Elena —dice la Reme Schiffer.

—¡Ni harta de farla! —grita el Tente.

—¡Ni de coña! —chilla el Cuqui.

—¿Por qué?

—¿Porque tú nunca has manejao una pipa? ¡Pero si ni siquiera has dao un palo a una tienda de caramelos! Además, estás preñá, así que te quedas aquí.

—Pero...

—¡Que no hay peros, tía! ¡Te quedas y punto!

La Reme Schiffer se calla. Y hasta se enfada con ella misma por no haber pensado ni un momento en la criatura que lleva dentro.

El Tente me manda a la calle para que compre tres pasamontañas, y después le explica al Cuqui que van a actuar esa misma tarde. Aunque el Elena

y yo no hemos estado tanto tiempo con este como con el otro, tenemos ya lo que queríamos saber: la identificación del pavo y sus rutinas. Y, sobre todo, que todas las tardes a la misma hora va a un club privado a beber y a jugar a las cartas. Lo hemos visto manejando los naipes a través de un ventanal que tiene la cafetería del club que da a la calle.

Vuelvo al cabo de dos horas con una bolsa de plástico serigrafiada con el nombre de un comercio.

—¡Joder, tronco, ya creía que estabas fabricando los putos pasamontañas!

—A ver si te crees que es fácil comprar estas mierdas. Al final los he pillao en una tienda que vendían cosas de lana que está a tomar por culo de aquí. Y no veas cómo me miraba la pava. Vamos, que he comprado también unos jerséis y unos calcetines, pa disimular. Le he tenido que decir que iba a esquiar a la sierra con unos amigos, joder.

—Lo vamos a hacer esta tarde —dice el Tente—. El nota llega al club ese a las siete y media, ¿no?

—Por lo menos los días que lo hemos estao guipando, sí. Ahora, vete a saber si va hoy también o se va al Corte Inglés con su señora a comprarse un traje —digo.

—Bueno, si no va, abortamos la puta misión. ¿No lo dicen así en las películas?

—Creo que sí —comento, por decir algo.

El Cuqui escucha balanceando la cabeza de atrás a adelante y viceversa. Las pastillas, la bebida y las drogas lo mantienen en ese estado la mayor parte del tiempo, aunque si le hablan contesta. Pero prefiere no hablar si nadie lo obliga a hacerlo. La Reme Schiffer está en la cocina ultimando un guiso.

—Mira, Mochuelo, luego te piras y robas un buga pa estar aquí a las seis y media, más o menos. Según has dicho, hay un coche de una empresa de seguridad que sigue al Gonzalo este cuando pilla su carro, ¿no?

—Sí, en el carro van dos juraos. Bueno, ni siquiera son juraos, son vigilantes de esos que no llevan pipa. Eh, al menos a la vista, yo no sé si llevarán alguna escondida aunque sea de extranjis.

—Bueno, ya veremos. ¿Los notas aparcen en la puerta del club?

—Sí, porque hay unos veinte metros de acera reservaos. Tienen su propio parking, que es donde el Gonzalo este mete su buga. Pero los juraos aparcen en la misma acera, los dejan estar allí mientras el cabrón ese echa la partida.

—Si es como lo cuentas, según yo lo veo, el momento es cuando el nota entra en el garaje. ¿Seguro que los juraos no comprueban que el pavo entra en el garaje?

—Cuando el Elena y yo lo hemos visto, no. Los juraos aparcan y el nota solo tiene que dar la vuelta a la esquina y entrar en el garaje. Se ve que dan por hecho que no va a pasar na en tan poco tiempo, yo qué sé...

—Es raro, pero si tú lo dices... ¿El parking está vigilao?

—El Elena y yo no vimos a nadie. El garaje es muy cani. El nota llega, aparca en su plaza reservada, entra por una puerta, desaparece y aparece en el garito a los cinco segundos. Eso sí, está plagao de cámaras.

—¿No os filmarían?

—No, tuvimos cuidao.

El Tente no tiene la seguridad de que no nos filmaran en un despiste, pero a estas alturas ya poco importa. La Reme Schiffer coloca cuatro platos en la mesa, los vasos, cubiertos, servilletas y una botella de vino. Después reparte la comida y el salón se llena de un olor que te pasas de flipante. Ha hecho un guiso de patatas con costillas de cerdo adobadas. Tras retirar la cacerola, todos nos sentamos a la mesa y empezamos a comer.

—¡Joder, esto está de puta madre! —comento.

—De puta madre, de puta madre... —repite el Cuqui.

—Sí, te has salido, Reme —dice el Tente, y vuelve a centrarse en el plan—. Según yo lo veo, el momento es cuando el nota aparca en el parking —repite—. Entramos, nos lo cargamos y nos vamos. Rápido, porque esas cámaras seguro que pasan las imágenes a los de seguridad del garito.

—Ya, y si hay que salir de najas, ¿tú cómo te lo curras, tronco? —pregunta el Cuqui.

—Joder, tenemos allí un buga, ¿no? Salimos cagando leches y a tomar por culo. Este nos deja por ahí, nos separamos y cada uno pillamos un taxi pa la Conce. Después se prende fuego al carro. Procedimiento estándar.

—Yo es que lo flipo —dice la Reme Schiffer—. Te has sacao el plan de la manga en dos minutos. Lo que pasa es que el plan es una puta mierda, por si no te habías dao cuenta.

—Coño, gracias por decírmelo, Reme. Si no me lo dices tú, no me cosco.

—Yo lo único que digo, si es que no vais a parar esta mierda, es que os lo

curréis un poco más. Ya ha muerto el Elena, joder. ¿Merece la pena?

—Oye, que a mí lo del Elena me ha jodido tanto o más que a ti. Ya les dije a él y a este —me señala— que esto era cosa del Cuqui y mía. Pero ellos quisieron ayudarnos.

—Es verdá —digo.

—Podíamos hacer otro plan más currao, vale, pero este no es tan malo.

—¿Y por qué no lo pilláis cuando salga de casa?

—Pues porque el nota sale en su coche desde su garaje. Habría que pararlo y los juraos van detrás. Con mi plan, en un momento dao los juraos ni se coscan. Y los de dentro, los que controlan las cámaras, tardarán unos segundos en bajar al parking, eso si están vigilando todo el rato y no están fumando un cigarro por ahí. Pero aunque estén, esos segundos nos valen a nosotros pa salir cagando leches de allí y perdernos.

—Y al que se ponga tonto nos lo llevamos por delante, coño ya... —asegura el Cuqui.

—Pos eso —remata el Tente—. Y a tomar por culo.

Terminamos de comer y yo me abro. Me bajo andando hasta Ventas y en una callejuela me hago con un buga y vuelvo a tirar para la Conce. A la hora convenida aviso desde abajo por el portero automático. Ellos cogen las pipas y salen mientras la Reme Schiffer los mira. No sabe si despedirlos como héroes o como los tipos más pringados del mundo. Se le escapa una lágrima.

Conduzco tranquilo hasta el centro, hacia la zona de la calle Velázquez, que es donde está el club. Tenemos suerte, porque aparcamos justo enfrente del parking. Quedan unos diez minutos para que llegue Gonzalo, si es que llega, porque tampoco lo tenemos claro. Le cambio el sitio al Cuqui para poder controlar por el retrovisor el morro del Saab que ya conozco tan bien. Enciendo un truja. Esperamos en silencio. Cada minuto parecen veinte. La tensión dentro del buga es fuerte.

—Ya lo sabéis —dice el Tente, rompiendo el silencio—. En cuanto entre, vamos a por él, le damos matarile y hasta luego, Lucas.

Los minutos siguen sin correr. Justo cuando llevamos allí unos quince y todos pensamos ya que lo tendremos que dejar para otro día, el morro azul del Saab asoma al dar la curva del club. El corazón me va a cien por hora, igual que a mis colegas. El Cuqui pone en marcha el coche para que no haya problemas en la huida. Nos ponemos los pasamontañas. Las pipas, en los

bolsillos de las chupas. La calle no está muy transitada, pero una señora grita al vernos con las caras cubiertas. Un hombre de mediana edad da media vuelta y se abre para no cruzarse con nosotros.

Bajamos por la pequeña rampa del garaje. Vemos que el Saab ha aparcado en la parte izquierda. El Tente ordena con un gesto que paremos para dar tiempo a que el exmadero baje del coche. Finalmente lo hace y, cuando cierra las puertas con el mando a distancia, el cojo da la orden. El Cuqui y yo echamos a correr. Él espera apoyado en su muleta. Gonzalo abre mucho los ojos. Imagina que van a atracarlo. Pero antes de que pueda sacar conclusiones, el Cuqui le da dos tiros en la cabeza y otro en el pecho.

Empezamos a subir la rampa cuando el Tente ya está prácticamente arriba. Tenemos que apartar con los brazos, todavía con las armas en la mano, a unos seis o siete curiosos que empiezan a gritar. Montamos en el buga y salimos chirriando ruedas.

—¡La madre que los parió, a la gente! —digo—. ¿Habéis visto qué histéricos?

—Normal, tronco. Unos encapuchaos matan a un nota delante de sus narices. ¿Y qué quieres, que se pongan a bailar el «Satisfaction»? Venga, anda, tira.

Seguimos circulando hasta que el Tente dice que se baja en un semáforo que se pone en rojo.

—Dentro de cinco minutos o así te bajas tú —le dice al Cuqui—. Y tú te vas y quemas el coche en cualquier descampao —me dice—. Y luego os pilláis un taxi y al piso. Nada de metro, en el metro hay cámaras. Nada de putas cámaras.

Yo soy el primero en llegar al piso y la Reme Schiffer se me tira al cuello y me besa.

—¿Lo habéis hecho?

—Sí, ese hijoputa ya no joderá a nadie.

—¿Y estos?

—Ahora vendrán.

Me pillo una birra y me la bebo de un trago. La Reme me trae otra. Me siento y cuando voy a hacerme un peta, no puedo, me tiemblan las manos. Y las piernas. Tengo un puto tembleque que no puedo controlar. La piba se sienta a mi lao.

—Tranquilo, Mochuelo, tranquilo. Trae, que ya me lo hago yo.

Se hace el peta, lo enciende y me lo pasa.

—Tranqui, tío, tranqui. Ya está, ya está.

A la segunda calada ya no tiemblo. Bebo un trago. Esto ya es otra cosa.

—¡Lo hemos hecho, joder, lo hemos hecho! —grito como un puto chiflado.

El segundo en llegar es el Cuqui. La Reme Schiffer se le cuelga del cuello. Se besan y se muerden como animales.

—Espera, espera —dice el Cuqui—. Me tomo la Viagra y, mientras, nos fumamos unos petas. Saca unas birras.

El Cuqui se traga la pirula azul con la birra. También se la toma de un trago. Después, ni petas ni hostias. Se piran a su cuarto.

El siguiente en llegar es el Tente, que escucha los sonidos que vienen de la habitación. Sonríe porque estos dos están follando como si se acabara el mundo. Nos damos un abrazo de estos de que te cagas, de colegas. No decimos nada. No hace falta.

Se abre una birra y se pone una raya para él y otra para mí. Después se hace un porro y se asoma a la ventana. Ya ha anochecido, pero todavía hay gente por la calle. Justo enfrente, unos críos juegan al fútbol. El tráfico se va reduciendo y el Tente empieza a pensar en el Dandy.

—Ese va a ser el más difícil —me dice—. Porque es un pájaro de cuidao, porque siempre está rodeado de gente y porque es un mal bicho.

Luego se queda mirando la puerta de la habitación del Cuqui. Los notas siguen a su bola.

—Hay que joderse —se lamenta el Tente, apoyado en su muleta—. Yo es que lo flipo, le pega tres tiros a un nota y luego se pasa la tarde follando.

—Genio y figura —me río con ganas.

—Será eso...

Ha pasado casi una hora. El Cuqui sale en gayumbos.

El Tente y yo empezamos a aplaudir.

—Pero ¿qué coño os pasa? —pregunta el Cuqui con cara de mosqueo.

—Na, colega —dice el Tente—. Tú a tu bolita.

El Cuqui sonríe con esa sonrisa suya de pirao, pasa a la cocina y se lleva dos tercios para la habitación.

—Pos na, a disfrutar —termina por pensar en voz alta el Tente—. ¿Y tú y

yo qué? —me pregunta—. ¿Vemos la tele?

24

Yo mismo habría disparado contra ese cabrón de Gonzalo Sureda si no lo llega a hacer el Cuqui. Joder, lo que le hicieron al Elena fue una hijaputada. Llevaba tanto tiempo parando con él, currando con él, viviendo con él, que se había convertido en mi hermano, sustituyendo un poco al Brujo, al que también mataron estos cabronazos.

Recuerdo mi estado mental de aquellos días entre birras, porros y perico. Solo tenía una idea en la cabeza: matar al puto Dandy y acabar con toda aquella película. Y entre medias, echaba de menos el barrio, la bodega, la gente y todo el ambiente. ¿Se puede echar de menos un barrio de mierda lleno de colgaos y de miseria? Pues se puede, lo juro por mis muertos, porque a mí me estaba pasando.

El Elena la había palmao porque fuimos unos pardillos. Mira que nos avisó el Avelino. Y aun así, fue a casa y lo dejé solo. ¡A por putos gayumbos y calcetines! Los podríamos haber comprado en cualquier tienda, ¡joder! Aunque también pensé que lo podrían haber agarrado en el portal de la Reme Schiffer, que creo que se libró de palmarla por haber pensado que haría falta en el piso de la Conce, lo que son las cosas. Da igual. Ahora ya da igual. La vida es una mierda, joder. El caso es que al Elena lo masacraron y el nota no dijo nada, con dos cojones. Mi colega sería pequeño de estatura y cabezón, no sería muy listo, vale, pero era mi mejor colega y le echó un par de huevos. Se sacrificó para que nosotros siguiéramos adelante con la historia. Mi colega el Elena tendría que tener un monumento en el puto barrio. Lo mismo un día lo encargo, quito el careto ese que hay enfrente de la bodega del Litri, sí, ese del psicólogo Gómez Cabezas que nadie sabe quién es, y planto un busto en mármol de mi colega, por estas.

La mayor parte del tiempo, en aquel piso asqueroso, estábamos flipaos. La

Reme Schiffer limpiaba y cocinaba, y mira que le decíamos que se estuviera quieta, que ya habían pasado los tiempos esos de que las pibas tenían que estar fregando y los tíos tocándose las pelotas. Pero la piba decía que no nos metiéramos en su vida. Y a decir verdad, si ella no hubiera estado allí, aquello habría sido una jodida pocilga. La piba no se podía estar sentada ni un rato. Se pasaba la mitad del día limpiando y cocinando y la otra mitad follando con el Cuqui.

El Tente, si no había nada que hacer, se pasaba el tiempo paseando desde la puerta de la cocina a la ventana, desde la ventana al sofá, desde el sofá al tigre. No paraba de darle a la pelota. El plan para cepillarse al Gonzalo lo tenía bien pensado, aunque la Reme Schiffer le hubiera dicho que era una mierda. El Tente no improvisaba nada. Estaba dándole al tarro todo el rato. No volvió a hablar del Gonzalo ni del Jerónimo. El nota tenía la mira puesta en el Dandy, en el más chungo de matar, el más joven de los tres, el más listo. Mientras los exmaderos se habían relajado y se habían dedicado a darse la buena vida, él seguía metido en el ajo, era un puto mangui de la peor calaña. Pero al Tente se la sudaba. No es que quisiera tardar seis meses en hacer preparativos, pero no tenía prisa, el cabrón lo pensó todo a base de bien, aunque yo lo ayudé un poco. El Cuqui no es que pasara de ayudar en los planes, era solo que tenía el cerebro frito. Al final, dentro de esos planes entró la Reme Schiffer, solo porque ella quiso. La verdad es que a nosotros nos vino de puta madre.

Yo no hacía nada más que mirarme en el espejo. Del Mochuelo que todos conocían, que yo conocía, no quedaba nada. Y cuando me miré antes de salir para meterme con la Reme Schiffer en la boca del lobo, en la guarida del Dandy, todo parecido con mis pintas de antes era casualidad. El Tente nos hizo disfrazarnos y hacernos pasar por unas personas muy distintas. Hasta dedicó horas en corregirnos la forma de hablar, que él decía que se nos notaba mucho el pedigrí y que teníamos que hablar normal. Yo, hasta entonces, creía que hablaba normal. Me equivocaba.

El hotel R.R. (Ravelo Resort) estaba en un punto del término municipal de Madrid, cerca de la colonia de Mirasierra. Cualquiera podía pasar allí un par de noches y disfrutar de los servicios habituales de los hoteles de cinco estrellas: sauna, piscina, gimnasio, masajes... Siendo el hotel famoso por estos servicios, todavía lo era más por los que no se veían, por los ilegales,

solo al alcance de peña distinguida forrada de billetes: drogas y prostitución.

Solo a los socios se les permitía el acceso al sótano a través de la habitación 012, situada en la planta baja. Esta habitación nunca se ocupaba, ya que debajo de la cama se encontraban las escaleras que daban acceso a un mundo que cubría las fantasías de los *imaginativosclientes*.

Estos clientes llegaban, ponían una tarjeta junto a la cerradura de la 012 y la puerta se abría. Hasta aquí, todo normal. Pero si el cliente abría la puerta corredera del armario y marcaba un código en el teclado de la caja fuerte, la cama se desplazaba por unos raíles invisibles, dejando ver las escaleras que llevaban a la planta de abajo. La primera estancia era la barra de un bar lujosamente decorado con mesas y sillones de cuero rojo. Por el pasillo del fondo se accedía a una serie de habitaciones temáticas decoradas al estilo de pelis yanquis. Así, un cliente podía elegir entre la habitación «Con faldas y a lo loco» o alguna otra, como por ejemplo la habitación «Lo que el viento se llevó». De igual forma, el cliente podía elegir a una puta esclava y a una mulata caribeña, una botella de buen whisky de cualquier marca y varios gramos de coca de calidad para montarse su particular fiestecita. Si el cliente era homosexual o bisexual, el R.R. disponía de un buen catálogo de niños de todas las latitudes del planeta. Allí solo hacía falta dinero y pertenecer a esa selecta élite de socios del R.R., que incluso montaba orgías por encargo y disponía de fumadero de opio particular y otras movidas más raras todavía.

Este era uno de los negocios del Dandy, no el único, pero era su base de operaciones, montado a base de contactos y de dinero obtenido en atracos, estafas, fraudes y chantajes. El Dandy era un tipo alto y bien parecido, de unos cincuenta y pocos años. Era rubio, aunque llevaba teñido el pelo, corto y peinado a raya, para ocultar las canas. Siempre iba con la piel perfectamente bronceada y apestando a colonias cuyo frasco de cincuenta centilitros tenía un valor económico con el que habrían podido comer varias familias de mi barrio durante una semana.

El Dandy también tenía una empresa de seguridad en la que empleaba a matones y a policías que buscaban un sobresueldo, aunque a simple vista era imposible distinguir a unos de otros. El Rata era el que constaba como director de la empresa. Pero lo mismo que el Rata servía al Dandy, el Dandy servía a otros intereses más altos. Por eso, para el Dandy, a pesar de las muertes de Jerónimo y Gonzalo, el Tente y el Cuqui no pasaban de ser un grano

en el culo, un grano que, sin embargo, había que extirpar. Y rápido.

Un día, el Tente me dijo que fuera a ver a don Aquilino.

—Mucho ojo, tronco, y mucho cuidado. Con tu nuevo *look* —me miró y se descojonó, el cabrón— no creo que te reconozcan. Le das las novedades y de paso que te diga cómo van las cosas por el barrio. Te tiene que dar pasta. La coges y te vuelves para acá cagando leches. Pero que no te sigan y...

—Que sí, tronco, que no soy gilipollas.

—Yo no te considero gilipollas, pero puedes no darte cuenta, y si te siguen estamos muertos, no olvides esto. Iría yo, pero yo... Cualquiera que me vea va a saber quién soy. Y el Cuqui, ya sabes...

—Sí, ya lo sé.

Me miré en el espejo que había en el pasillo. Un nota con traje y corbata, pelo corto rubio y unas gafas de sol de marca. La puta caña. Ya estaba acostumbrado porque llevaba días paseando así con la Reme por el R.R. Un puto figurín. No me conocía ni yo. En el barrio no me iban a reconocer ni de coña.

Pillé un pelas y le dije que me dejara dos calles antes de donde vivía don Aquilino. Pagué al nota y empecé a andar de tranqui. Llevaba unas pintas de pringao que empecé a pensar que me iban a dar el palo. Pero no pasó nada. Casi no había coches aparcados en la calle. Estuve filando un rato. Me podía equivocar y estaba de los nervios, claro, pero al final fui hasta la puerta y llamé. Ni me tirotearon ni me dieron el alto ni nada, todo normal.

Don Aquilino era un hombre antiguo, con mentalidad de patriarca de clan, pese a la forma en que habían cambiado los tiempos. A su manera, era un hombre de negocios. Por eso, cuando tirotearon a mi hermano el Brujo, al Bolas, al Mediahostia, al Cuqui y al Tente, lo dejó estar. Porque una guerra nunca conviene a nadie, y mucho menos al eslabón más débil de la cadena. Ayudó al cojo cuando salió de la cárcel. Y por eso decidió no parar su venganza, porque tenía derecho a ejecutarla, «¡qué cojones!», aunque supiera que esta le iba a traer a él algo más que un dolor de cabeza.

Lo puse al día. Le conté todo. Me escuchó sin interrumpirme. Después me contó cómo estaban las cosas por el barrio. Ya casi todo el mundo sabía que el Cuqui y el Tente estaban vengándose. Y que yo estaba en el ajo, claro. Sonó el timbre de la puerta. El viejo y yo nos quedamos clavados en el sitio.

—Padre —dijo el Sisi, el segundo de sus hijos, que era el que había

abierto la puerta—. Hay unos maderos fuera.

—¿Y qué es lo que quieren?

—Hablar con usted.

—Escóndete —me dijo—. ¿No te habrán seguido? —me preguntó.

—Imposible.

Don Aquilino fue hacia el pasillo, pero antes pasó por la cocina y abrió el cajón de los cubiertos. Yo abrí una puerta y me metí dentro de una habitación con la oreja pegada a la puerta.

Después, su mirada chocó con la de un sonriente Rata, escoltado por dos maderos, también de paisano. Junto al turismo aparcado fuera, detrás, había un coche patrulla con maderos de uniforme.

—Buenos días, don Aquilino —dijo el Rata, aunque lo que le hubiera gustado decir en realidad fuera algo más cariñoso, algo como «Mala ruina tengas tú y tus muertos».

—...

—Quería hablar con usted, si puede ser.

—¿De qué?

—Eso se lo explicaré si me invita a entrar, usted y yo solos.

—¿Estoy obligao?

—No, claro que no. Si no quiere hablar conmigo, nos marchamos. Pero vuelvo con una orden y le pongo su casa patas arriba. Así que mejor que colabore.

—¿Una orden? ¿Y qué motivo va usted a alegar...?

—Quien dice una orden de registro, dice una orden de detención para que vaya usted a declarar a comisaría. Sabe que puedo hacerlo, y si no hay motivo, me lo invento. Y si me toca los huevos, le tengo cuarenta y ocho horas en un calabozo. Mire, es mejor que hablemos. Serán diez minutos. Luego cojo a mis hombres y me largo.

—Pase. Hijo, lleva a estos dos hombres a la cocina, que aquí hace frío. Y dales una cerveza o lo que quieran tomar. Usted venga conmigo.

—Me alegro de que nos entendamos.

Don Aquilino llevó al Rata al salón y le señaló una silla junto a la suya, al lado de la chimenea. Le ofreció tomar algo, pero el Rata dijo que no quería nada.

—Verá, don Aquilino, estamos buscando al Cuqui, al Tente y al Mochuelo.

—Yo también —contestó el patriarca.

—Venga, viejo, no me toque las pelotas. Sé que en el barrio no pasa nada sin que usted se entere. Es más, sé que sabe lo que han hecho, lo que están haciendo esos hijos de puta, así que no se pase de listo porque lo mejor que le puede pasar es que vaya al trullo por encubrirlos.

Don Aquilino habría rajado a aquella sabandija allí mismo. Nadie se atrevía a hablarle así y mucho menos en su casa. De no ser porque era un madero, la vida del Rata no habría valido un duro. Así que pensó qué contestarle, y lo hizo rápido.

—Mira, hijo...

—No soy su hijo.

—No, ya lo sé, si iba a decir hijo de perra.

El Rata levantó su brazo para atizar un golpe a don Aquilino, pero este le hundió su bastón en los huevos y, cuando el madero se agachó, le retorció el brazo, se situó a su espalda y le puso un cuchillo que sacó del bolsillo de su chaqueta en el cuello. En la cocina no se enteraron de nada.

—Mira, hijo de perra, que antes no me has dejao terminar. Por muy madero que seas, si yo quisiera ahora mismo, te mataba como a un cordero. Tengo práctica, he matao a muchos. ¡Quieto! —le dijo, retorciéndole más el brazo cuando el Rata intentaba alcanzar su pistola de la sobaquera. Se las apañó para quitársela, el viejo es más hábil y tiene más fuerza de lo que parece.

—¡Suélteme!

—Voy a soltarte, pero no hagas gilipolleces.

El Rata no pensaba hacerlas, y más viendo que otros dos de los hijos del patriarca, que salieron de detrás de una cortina, le apuntaban con dos armas cortas.

—Mira —le dijo al Rata, después de invitarlo a que ocupase el mismo sitio de antes—, tú eres joven, comparado conmigo. No sé si vas a coscarte de lo que te quiero decir...

—Pruebe... —dijo, convencido ya a estas alturas de que había subestimado al viejo, pero con ganas a la vez de dispararle cuatro tiros, a él y a sus hijos. Porque algo así, algo tan humillante, no le había pasado en la vida.

—Sé a qué has venido. También sé que sabes que no están aquí, no soy tan gilipollas y ellos tampoco. También sé para quién trabajas y que es un pájaro de los gordos, un hijo de perra de los buenos. Tú y yo sabemos las mismas cosas. Esos dos maderos que han muerto y tu jefe hicieron lo que hicieron y ellos tienen derecho a vengarse. Demuestran tener un par de huevos o que están locos, o las dos cosas. Y espero que entiendas que aunque yo supiera dónde están, no iba a ser tan lila como para chotártelo. Las cosas son como son.

—¿Es su última palabra?

—Es mi palabra. Yo solo tengo una.

—¿Me devuelve la pipa?

—Claro —dijo don Aquilino, lanzándosela—, es tuya.

—¿Puedo irme?

—Claro, payo, pero te vas igual que has venido, no lo olvides.

—Volveremos a vernos, esto no va a quedar así.

—No tientes a la suerte, pingo.

El Rata se dirigió a la cocina. Sus hombres estaban tomando una cerveza y fumando un cigarrillo con el Sisi, charlando y riendo.

—¡Vámonos de aquí, me cago en la puta que me parió!

Los policías se marcharon dando un portazo y don Aquilino y sus hijos se quedaron mirando a la puerta como si fuera una pantalla de cine, en silencio, alertas, incluso un minuto después de haber dejado de escuchar el ruido de los motores de los coches.

El Ramón, el hijo mayor, podría haber sido apodado *el Mataperros*, y todo porque mató a un perro lobo de una patada después de que mordiera a su hermana. Pero al primer chaval del barrio que lo llamó así le dio tal paliza que a nadie se le ocurrió jamás volver a apodarlo con ningún mote.

—¿Tendremos jari con el madero, padre? —dijo el Ramón.

—Nunca se sabe con estos cabrones, pero no creo. Pa mí que este está actuando por su cuenta, no como madero, por lo del Dandy, ya sabes. Ha venido a pescar, pero aquí no tenemos peces. De todas formas, vamos a andarnos al loro. Y más vale que no me toque mucho los huevos, que le tengo mucho gato.

—Padre, una palabra suya y...

—Ya lo sé —dijo, poniendo la mano sobre su hombro—, pero vamos a esperar. A veces escampa.

Salí de la habitación y me quedé filando la movida. Luego, el viejo se vino para mí, sacó un fajo de billetes del bolsillo y me lo dio. Me dijo que me esperara y desapareció. Al rato volvió y me dio otro fajo.

—Te doy más de lo que he quedao con el Tente porque no es bueno que nos veamos más veces, ya ves cómo están las cosas. Qué puta casualidad que hayan venido después de ti. Creía que te habían seguido, pero no. Siéntate.

Le hice caso. El Sisi me trajo una birra y encendí un truja. El viejo no era muy de cerveza. El Ramón le puso una copa de Veterano. Y me habló, me contó muchas cosas. Cosas antiguas y cosas del presente.

25

El Tente es un quinqui, un mangui y un chorizo. También fue yonqui, es politoxicómano, como dicen los modernos, y seguramente alcohólico. Es también más cosas. Pero no es tonto. Seguramente, si le hicieran la prueba esa que hacen para saber su coeficiente intelectual, más de uno se llevaría una sorpresa. Es posible que, de haber nacido en otro barrio, en otro entorno..., quién sabe. Quizás habría apuntado alto. Pero la providencia, el azar o lo que sea que haga nacer a unos aquí y a otros allí, quiso que naciera en Canillejas, en una familia quinqui cuyo padre la palmó en la cárcel. Su madre dijo que iba a por el pan y no regresó. En el barrio se dijo que estaba harta de que el padre del Tente le pegara. O quizás le pasó algo, nunca se supo qué fue de ella.

El Tente es demasiado listo como para no haberse dado cuenta de que para matar al Dandy va a tener que preparar un plan mucho más currado. Y lo ha hecho, contando muy a su pesar, aparte de conmigo, con la Reme Schiffer y sus conocimientos en peluquería. También con don Aquilino.

A mí me han hecho dejarme bigote, y la Reme Schiffer me lo ha teñido de rubio, igual que el pelo, cortado y peinado a lo David Bowie. También me han puesto unas lentillas graduadas de color azul celeste.

—¡Joder, tronco! Te sueltan en tol medio de Suecia y pasas por sueco — dice el Tente.

Ella se ha teñido su cabellera roja de negro y se ha alisado el pelo. También se ha puesto unas lentillas, sin graduar porque la Reme guipa bien, de color verde.

Con un par de fotografías, don Aquilino nos ha proporcionado dos nuevos documentos nacionales de identidad y con ellos nos hemos registrado en el Ravelo Resort como un matrimonio de Alicante. Entre que nadamos en la

piscina o volvemos en un coche de alquiler con bolsas de tiendas de marca o vamos al gimnasio, hay que joderse, abrimos bien los ojos para controlar los movimientos del Dandy. Después de varios días de vigilancia hemos llegado a varias conclusiones: el Dandy no tiene rutinas fijas, lo mismo sale por la mañana que por la tarde que por la noche; el Rata ocupa el tiempo que no está de servicio en ser su sombra, y cuando no está él, tampoco está solo; el Dandy es un cabrón de mucho cuidado, algo que por otra parte ya sabíamos.

—Ah, y el puticlub de lujo funciona que te pasas —explico en la casa alquilada, con todos reunidos. Ni la Reme ni yo hemos estado en el puti. Pero desde el principio he estado untando a un botones joven con cara de gilipollas, dándole propinas que no le habían dado nunca, y ha sido él quien ha cantado.

—A mí el puticlub me la pela, como si se dan tos por culo en fila india —dice el Tente.

—Joder, tío, mira que eres bruto —apunta la Reme Schiffer.

—Entramos a saco y los freímos —propone el Cuqui.

—Joder, y a ti te van a dar el Premio Nobel —comenta ella.

—No podemos entrar allí así por las buenas, tío, nos freirían a nosotros. Para eso han estao filando to este tiempo, estos, pa que sepamos que hay que hacerlo de otra forma. ¿Cómo? Ni puta idea, esa es la verdad.

—A mí se me ocurre una forma —suelto a saco. Todos me miran—. El nota tiene varios negocios, por lo que hemos visto esta y yo. Pero al que más va es a una inmobiliaria. No va todos los días ni días fijos, pero dos días que fue, los dos ha hecho lo mismo. Se baja con el Rata y con otro jurao, bueno, o vigilante, o como coño se diga, mientras que el que conduce se queda en el carro. Mientras él entra con un maletín, el Rata y el otro pavo se quedan en la puerta hablando y fumando. Además, la inmobiliaria está en la calle Alcalá, pero en la parte del barrio.

—¿Y?

—Pos que por lo menos conocemos el terreno. Solo no lo vamos a pillar. Podemos freír al del buga, al Rata y al otro y luego al Dandy, ¿no?

—Claro, claro —el Tente se descojona—. Y luego viene Peter Pan con las pirulas de colores.

—Has visto muchas pelis, tío —dice la Reme Schiffer.

Bajo la cabeza y miro el suelo, como si se me hubiera perdido algo. El Tente se levanta, se apoya en la muleta, enciende un cigarro y se dirige a la

ventana. La Reme Schiffer va a por birras a la nevera. Y el Cuqui empieza a aplastar sobre la mesa, con una vieja tarjeta de crédito, las pequeñas piedrecitas de cocaína que ha sacado de una bolsa.

Tras esnifarse una raya, el Tente vuelve hasta la ventana. Observa a los críos jugar al fútbol enfrente. Ha empezado a llover. La gente va con capuchas y paraguas. Después vuelve la cabeza hacia la mesa.

—Pos va a tener que ser así.

—¿Cómo? —pregunta la Reme Schiffer.

—Como dice el Mochuelo, no hay otra. Esto se está alargando demasiao, y si el nota no está solo, tendremos que hacerlo cuando haya menos gente con él. Lo de la inmobiliaria no está mal, si les pillamos por sorpresa, claro.

—¿Y luego qué? —pregunta ella.

—Luego qué de qué —responde el Tente.

—Que cuando acabéis, qué vais a hacer.

—Pos no sé, tía, ni lo he pensao. Creo que tendremos que estar escondidos un tiempo. O le echamos huevos y aparecemos por el barrio.

—Pa que os pillen.

—No te digo que no vayan a tocarnos los huevos. Pero para probar que hemos sido nosotros se lo van a tener que currar. No tienen pruebas. Cuando secuestramos al cabronazo ese del Jerónimo, solo el Cuqui estaba fuera del coche. Y si lo pilló alguna cámara, pos vale. Pero una cosa es meter a un nota en el coche y otra matarlo. Además, me extrañaría mucho que encontraran el cuerpo. Y pa lo del Gonzalo llevamos pasamontañas.

—Sí, pero, y perdona que te lo diga, pa lo del Gonzalo no os vieron los caretos, vale, pero sí que habrán visto a un cojo que del cuello pabajo se parece cantidad a ti.

—Te digo lo mismo, tía. Bueno, además, sabíamos que nos íbamos a pringar con esto. Y yo, después de hacerlo, me da igual to, ya me habré quedao a gusto.

—Dabuten, tío, qué forma de pensar, yo es que lo flipo.

—Pos es lo que hay. Lo que menos me molaría es que os pringaran al Mochuelo y a ti, pero si lo tienen chungo pa jodernos a este —señaló al Cuqui — y a mí... Contra vosotros no tienen na. Lo del Elena ya no tiene remedio. Y bien que lo siento, joder.

—¡Hay que freírlo, hay que freírlo, terminar con esta mierda, terminar de una vez con estos hijos de perra! —dice el Cuqui, aporreando la mesa.

La Reme Schiffer echa un trago de cerveza. Después se toca el estómago con ambas manos. Lo que menos desea es tener un hijo, traer al mundo a otro títere, para dejarlo en manos de los poderosos, para ser esclavo de unos hijos de puta sin escrúpulos. Se le ha pasado por la cabeza interrumpir el embarazo, pero la sensación maternal, esa de tipo instintivo que tienen las pibas, pesa más en la balanza. Y, además, que entre los quinquis, aunque ahora ya no vayamos por los caminos con las carretas, el tema del aborto es tabú. Mira al Cuqui y vuelve a maldecirse por estar enamorada de él. Podría haber tenido a cualquier nota a sus pies, pero las cosas son así. Cuando piensa que en vez del Elena el muerto podría haber sido el padre de su hijo, se le erizan los pelos de la piel. Y aún no las tiene todas consigo. Ha visto de cerca al Dandy, cómo actúa, y no le ha hecho falta mucho tiempo para comprender que es un hijo de perra sin entrañas. Y cuando piensa que su hombre puede morir, aparta con todas sus fuerzas un pensamiento que empieza a repetirse más de la cuenta: si me falta él, al menos me quedará su hijo, nuestro hijo.

Es ella la que prepara la siguiente tanda de rayas de coca. Es ella la que trae una nueva ronda de cervezas Mahou. Es ella la que quiere alejar toda esa mierda de pensamientos que le rondan la cabeza. Es ella la que conecta su aparato reproductor de música a un altavoz comprado tiempo atrás en un chino del barrio y pone el último cedé de Extremoduro.

Meneo la cabeza rítmicamente y muevo los pies al compás de «Locura transitoria», el primer tema del compacto. El Cuqui enciende un porro. El Tente vuelve hasta la ventana. Sigue lloviendo. Ha anochecido. Las calles se han ido despoblando de gente y la luz amarilla de las farolas se filtra entre la neblina creando un ambiente turbio y espeso, muy tétrico. Es lo primero que ve, lo que hay tras el cristal, lo evidente. Pero su mente empieza a viajar en el tiempo y en el espacio, como si fuera un puto Ferrari, mitad puto Ferrari, mitad máquina del tiempo. Ve paisajes de su niñez. Chabolas hechas con cartones, uralita, chapa, cualquier cosa que sirva para proteger del frío en invierno, del calor en verano. Ve críos descalzos, mujeres lavando ropa en un bidón, cocinando en un trípode colocado sobre una lumbre hecha de maderas de palé, hombres fumando y bebiendo que juegan a las cartas, perros sarnosos y ratas tan grandes como gatos bien alimentados, basura apilada y

desparramada por todos los lados. Ve calles sin asfaltar. Ve tristeza, muerte y desgracia vagando como espectros alrededor de improvisados parques que se forman alrededor de cuatro bancos astillados que en realidad son vertederos de botellas y jeringuillas. Solo se ha sentido verdaderamente vivo cuando ha huido de todo aquello, cuando junto a sus colegas tomaron todo aquello que el sistema les negaba, cuando robaban un coche, daban un atraco y se daban un festín a base de chicas, cerveza y whisky, y de porros y de farlopa, y de caballo, claro. El dinero les quemaba en las manos, pero cuando estuvieron bien enganchados, tenían que volver a dar palos, y ya no era por gusto o diversión, era por pura supervivencia. Hasta que el puto Dandy los vendió y pasó lo que pasó, muerte y ruina, ruina y muerte.

—Lo que vamos a hacer es esperar el momento —dice el Tente, volviéndose hacia atrás. Le da la impresión de que al dejar de mirar por la ventana ha despertado de un sueño—. Mochuelo, te lo repito: el Cuqui y yo lo podemos hacer, nada te obliga a...

—Voy a ir con vosotros, sea cual sea el plan.

—Vale, tú mismo. Tú quedas fuera, Reme. —Ella sabe que va a ser así por mucho que proteste. Una cosa es la tapadera que se ha montado conmigo para vigilar al Dandy y otra las armas y los tiros—. Vamos a alquilar un coche. Lo haces tú —dice mirándome— con ese deneí de pastel que tienes. Píllalo pa tres días, luego, si eso, ya cambiamos. Y nos vamos a plantar en la puerta del R.R., el hotel del Dandy. Dices que allí hay muchos coches aparcaos, ¿no?

—Sí —contesto—. Enfrente de la puerta del hotel hay una explanada con coches aparcaos. Pero yo no aparcaría allí. Hay cámaras y nos van a filar enseguida. Sin embargo, ese parking al aire libre solo tiene una salida, una carretera que va a una avenida con chalés en los dos laos. Allí sí que podemos aparcar y esperar a que el nota salga si es eso lo que quieres.

—No hay otra, colegas. Así que mañana alquilas el carro. Un Clio, un Ford Fiesta, algo así que no llame la atención. Y después nos vamos pallá.

—Lo vamos a freír, lo vamos a freír, al hijoputa —dice el Cuqui.

Ahora es la Reme Schiffer la que se acerca hasta la ventana. Sigue lloviendo. Ni cree en Dios ni en nada. Sin embargo, alza la mirada al cielo. Es la típica situación en la que un beato hubiese pronunciado un «Que Dios nos asista» que ella no piensa decir nunca. Pero grita, pronuncia un «Me cago en mi puta estampa» con una mezcla de rabia y miedo que nos deja bastante

flipaos.

26

Al Tente le está rondando una idea por la cabeza, pero no quiere compartirla con nadie. Sabe que lo que tenga que pasar pasará, pero quiere dejar algo atado, por si todo falla, un escenario que ojalá no se dé. La noche anterior ha salido con un fajo de billetes en el bolsillo. Sabe muy bien adónde dirigirse. Cuando te dedicas a un negocio, acabas sabiendo todo sobre ese negocio. No ha querido recurrir a don Aquilino porque sabe que le tendría que haber dado explicaciones. Por eso se ha dirigido a otro barrio, al de San Fermín, en la otra punta de Madrid, a la competencia, y ha comprado heroína sin cortar en un poblado chabolista a un colega que no le ha hecho preguntas.

Antes de salir todos juntos de caza, sin que lo vean, ha cogido el caballo de gran pureza y una bolsa de cuero con todos los accesorios para chutarse.

Yo he alquilado al final un Clio blanco de gasolina motor 1400. Estoy sentado delante, y el Cuqui y el Tente detrás. Hemos aparcado el coche camuflado entre otros muchos, justo en el sentido en el que pasaría cualquier carro que viniera del hotel. Tenemos las armas listas, hachís, farlopa y dos packs de seis cervezas Mahou. De paciencia andamos justos, pero es lo que hay, solo nos queda esperar.

Al segundo día vemos al Dandy. Va en la parte trasera de un Mercedes con el Rata. En la parte delantera van otros dos tíos. Detrás de ellos, otros cuatro notas siguen al Mercedes en un Hyundai i10 de la compañía de seguridad.

—¿Qué hacemos? —digo.

—Seguirlos a distancia —dice el Tente.

—Su puta madre, tronco, en dos coches que van.

—Lo mismo han aumentao la seguridad, vete a saber. Tienen motivos.

—Pos su puta madre.

Conduzco a cierta distancia del Hyundai. Entramos en la M-30 y al rato salimos por la incorporación a la avenida de Valladolid. Cruzamos el puente sobre el río para torcer por la Ribera del Manzanares. Debido al poco tráfico, reduzco la marcha. Los dos coches se detienen a unos doscientos metros, frente a un asador, y el Dandy, portando un maletín, se dirige hacia la puerta seguido por el Rata y dos vigilantes que han bajado del Hyundai. Paso de largo y tuerzo por la primera calle a la izquierda. Aparcamos y bajamos del coche. El Tente se aproxima a la esquina. Una mano sujeta la muleta mientras la otra agarra la culata de su 38. El Mercedes y el Hyundai siguen aparcados frente a la puerta del asador. No se ve ni al Rata ni al Dandy, que deben de estar dentro. El resto de la escolta está en la puerta. No están relajados, miran hacia todas partes.

—¡Joder! —dice el Tente.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Vámonos de aquí, hoy no es un buen día para suicidarse.

—¿Y por qué no los jodemos a base de bien? —dice el Cuqui.

—¡Porque son muchos, joder! Vámonos.

—¡Cagonlahostia!

Tres días después volvemos a seguir al Mercedes del Dandy. Además de él, en el coche van el Rata y otros dos tipos de paisano. Pero esta vez a su buga no lo acompaña ningún otro. Tomamos la M-40 y la abandonamos por la salida de la avenida de Arcentales.

—¡Este va a la inmobiliaria que os dije! ¡Es el mismo camino! —exclamo todo contento.

—¿Ves? —dice el Tente, mirando al Cuqui—, hoy son cuatro, solo cuatro.

—¡Hasta la polla estoy de seguir a este hijoputa! —grita el Cuqui. Después se introduce en la boca dos pastillas de Tranxilium y las traga con cerveza. Luego enciende un porro.

El Mercedes aparca frente a la inmobiliaria. Yo paso de largo y aparco en doble fila, unos metros más allá. Nos bajamos del coche. El corazón me pega tan fuerte en el pecho que me da por pensar si no me va a dar un jamacuco. El Rata entra con el Dandy mientras que los dos escoltas se quedan en la puerta. El Tente los observa desde un portal, procurando que no lo vean. Suda, a pesar del frío.

—Vamos a hacerlo —propone, pero con el careto de ordenar—.

Mochuelo, vete hasta el otro lado de la puerta. En cuanto salgan disparamos, tú desde allí y nosotros desde aquí. Al loro con el fuego cruzao, a ver si nos vamos a meter un tiro entre nosotros.

Paso frente a los dos escoltas junto a otros transeúntes que van por la acera y me pongo al otro lado, cerca. Empieza a llover. Como el Tente y el Cuqui, noto la descarga de adrenalina, la rabia y el miedo, todo junto.

El primero en asomar la cabeza es el Rata. Dejamos que salga. Después aparece el Dandy. Es entonces cuando el Tente, apoyado en su muleta, hace el primer disparo. Falla. Una de las balas disparadas por el Cuqui entra en el hombro de uno de los escoltas y yo, desde el otro lado, le disparo al otro, que cae al suelo. La gente empieza a gritar y a huir en todas direcciones. Las madres cogen a los niños en brazos y corren despavoridas dejando en medio de la acera bolsas y carritos de la compra. El Rata hace dos disparos al aire, protegiendo al Dandy, y lo empuja para dentro de la inmobiliaria. El escolta herido en el hombro me ve con la pipa en la mano y dispara. La bala rompe el parabrisas de un SEAT Toledo que hay aparcado detrás. El escolta comete el error de pensar que yo soy el único tirador y se viene a por mí. El Cuqui dispara varias veces y una de las balas le da en una pierna. Cae al suelo. Desde la acera, encima de un charco de sangre, se vuelve y dispara. La bala entra en el estómago del Cuqui, que se dobla y va a apoyarse en un coche. Soy yo quien remata al escolta de un tiro en la cabeza. A esas alturas, la acera de la inmobiliaria y la de enfrente están ya vacías y los gritos de la peña suenan lejanos.

Con los escoltas fuera de combate, el Tente se aproxima a la puerta. El Rata, que ve la maniobra, se asoma y dispara. Falla el tiro, y el Tente le mete una bala en el pecho.

—¡Hijo de perra! —grita el Rata. Después dispara y deja malherido al Tente en la parte izquierda del estómago.

A su vez, el Cuqui, con la mano apretando su herida, avanza hacia la puerta pegando tiros. Una bala pega en la nariz del Rata, destrozándole la cara. Otras dos le destrozan el pecho.

—¡Vámonos! —grita el Tente al Cuqui en el momento en que se empiezan a escuchar los sonidos de las primeras sirenas de la policía.

—¡Pero ese hijoputa está ahí dentro!

Mientras tanto, yo, que me he puesto a cubierto justo al otro lado de la

inmobiliaria, vuelvo a disparar en cuanto veo asomar una mano con una pipa por la puerta, pero fallo. Es la del Dandy, que apunta en la dirección en la que se encuentran el Cuqui y el Tente, que en ese momento empiezan a huir. Los cubro manteniendo al Dandy a raya y luego salgo najando justo por el flanco contrario, porque las sirenas de los maderos me estallan en los oídos.

—¡Ese hijoputa sigue vivo! —sigue diciendo el Cuqui al Tente mientras doblan la esquina de Barbastro con San Venancio.

—Y nosotros estamos jodidos, colega.

Siguen huyendo por la calle San Faustino, como dos animales heridos.

El Dandy sale corriendo porque también escucha las sirenas. Pero no es eso lo que lo hace correr. Son las ganas de dar caza al Cuqui y al Tente. Se encuentra en el cruce de Boltaña y Barbastro cuando encuentra gotas de sangre un par de metros más allá. Mira para atrás, a los lados, y se guarda la pistola entre el pantalón y la camisa, pero sujetando la culata con la mano. A cada paso que da hay más sangre en la acera, que se diluye entre la humedad que deja la lluvia. No le va a ser difícil seguir el rastro.

Yo doy un rodeo y me planto en la calle San Faustino. Veo la sangre y empiezo a andar siguiendo las manchas. Lluve un poco, no se ve a nadie por los alrededores.

Mientras tanto, el Cuqui y el Tente han logrado llegar hasta la calle San Narciso y doblar por Eulogio. Les fallan las fuerzas. Los dos han perdido mucha sangre. Al final llegan a la valla de las cocheras del metro. Primero se apoyan en ella. Después dejan resbalar sus espaldas hasta que quedan sentados en la acera.

—... Joder —dice el Cuqui—. Joder...

—Sí, su puta madre... Me muero, tío, me muero.

—Y yo, joder... Joder... Y ese hijo de puta...

—Se ha hecho..., se ha hecho lo que se ha podido, joder... ¿Te acuerdas...? ¿Te acuerdas de las pelis de espías que veíamos de chinorris?

—... ¿Qué? ¿Qué coño estás hablando ahora de pelis?

—Las pelis, colega... ¿Te acuerdas? Los espías... Siempre llevaban una pirula de veneno pa tragársela si los cogían, ¿te acuerdas?

—Las pelis —contesta el Cuqui, golpeándose la frente con la mano—, sí... No jodas que tienes pirulas de esas chungas, tronco..., no me jodas...

—No, pero, por si acaso, traje algo mejor.

El Tente mete la mano en el bolsillo interior de su chupa y extrae la bolsa de cuero enrollada con un cordel. La extiende sobre la acera. Contiene una chuta de cristal, dos cucharillas, agujas y una bolsita con heroína. También saca de un bolsillo una botellita pequeña de agua. Sonríe y mira al Cuqui.

—Estás..., estás majara, colega, como una puta regadera, luego me dicen a mí.

Los dos notan que se les va la vida en cada borbotón de sangre que sale de sus heridas.

—Es casi pura, tío..., sin cortar. Y yo no voy a morir desangrándome y coscándome. Si tengo que ir al infierno..., si voy, voy a ir por la puerta grande. ¿Te apuntas?

El Cuqui sonríe con las pocas fuerzas que le quedan, con la absoluta convicción de que le ha llegado el momento de palmarla. Asiente. Primero se pincha el Tente. Luego lo hace él. Se deja la jeringuilla clavada en el brazo. El Dandy está frente a ellos, apuntándoles con su pistola, sonriendo fríamente. Sigue lloviendo.

Ellos lo ven antes de galopar sobre un caballo hacia ese supuesto infierno. También me ven venir a mí, por detrás, y me ven ponerle el cañón de mi pipa en la nuca.

—¡Baja la pipa, cabrón! ¡Tírala al suelo o te desparramo los sesos! —Le rodeo el cuello con el brazo y le pongo el cañón en la sien.

El Dandy baja el brazo y deja que su pistola caiga a la acera. Produce un sonido seco.

—Mira —dice el Dandy—, mira tus colegas. Unos putos yonquis, eso es lo que son, unos putos yonquis malnacidos que tenían que haber muerto hace años, con los otros.

Disparo varias veces y mi careto se llena de sangre, de trozos de cráneo y de cerebro. Si el Dandy no cae al suelo es porque todavía lo sostengo del cuello con fuerza. Al soltarlo, cae como un fardo.

Después me agacho frente a mis colegas. Zarandeo al Tente.

—¡Putos colgaos! ¡Putos colgaos!

—... Bien, tío... —replica el Tente, sonriendo más pallá que pacá—, bien. En ese momento pierde la consciencia. Miro al Cuqui y el cabronazo

cierra su puño y levanta el pulgar.

—¡Joder! —grito mientras me limpio la cara de la mierda del Dandy con la solapa de mi chupa—. ¡Joder...!

Después corro por la calle San Hilario en dirección a la avenida de Luis Aragonés, vomitando el alma en cada zancada. Ahora es cuando llueve de verdad. Mis lágrimas se pierden mezclándose con las gotas de lluvia.

27

Desde la bodega del Litri hago un par de llamadas. El Miguel y el Zombi son dos niños que apuntan maneras. Ahora son ellos quienes llevan la farlopa adonde haga falta en sus vespinos. Telefarla ha sufrido una ligera variación desde que pasó todo aquello. Ahora yo doy cuentas a don Aquilino, y el Miguel y el Zombi y otros críos conducen las vespinos.

Estoy tomando unas birras con el Chinao viendo un Rayo-Real Madrid que han puesto por la mañana.

—¡Eso es penalti, coño! ¡Vaya árbitro de mierda, tronco! ¡Luego dicen que favorecen al Madrí, la madre que me parió!

—Coño, Chinao, pa mí que se ha tirao —le digo.

—¿Que se ha tirao? ¿Que se ha tirao? ¡Tú ves menos que un gato de escayola, Mochuelo!

En la siguiente jugada, Isco hace una virguería, se la pasa a Cristiano y el nota mete un zurriagazo que se cuela por la escuadra. Todos lo celebramos dando saltos. El Chinao se abraza con el Avelino, todos piden más birras y el Litri sonrío como una hiena. Invito al Chinao a una raya en el almacén pa celebrarlo, salimos y pedimos de beber. Enciendo un truja.

Echo de menos a mis colegas. Lo que hicieron todavía se comenta en las barras de todos los bares del barrio, y en las peluquerías, y en el mercado, y en todos los lados. Son unos putos héroes, héroes muertos, sí, pero héroes.

Yo tuve algunos problemas con los maderos, pero don Aquilino me pagó un abogado. Estuve en libertad con cargos hasta el juicio, pero no pudieron probar nada, así que no tuvieron más remedio que soltarme. La movida fue sonada en televisión unos días. Después, como si no hubiera pasado nada. Un periodista contó la historia completa en un periódico. Me dio tanto la brasa

que al final le conté todo con la condición de que mi nombre no saliera. Los maderos y el Dandy quedaron como el culo. Al periodista también lo llamó el juez, pero se amparó en que no podía revelar la fuente o alguna movida de esas. El juez solo tuvo que tirar del hilo para ver la movida que se habían traído entre manos el Dandy y los maderos, pero al final creo que no pasó nada. Al fin y al cabo, los notas ya estaban muertos.

La Reme Schiffer casi perdió al crío, tuvimos que llevarla al hospital. Yo estuve allí con ella todo el tiempo que estuvo ingresada. Al final lo tuvo. Vino prematuro, pero ahora es un crío sano con la misma cara que el Cuqui. Espero que no con su cerebro; si no, está apañado.

Cuando llego a casa, aún llevo la imagen de los saltos del Chinao, el Avelino y los demás porque ha ganado el Madrid. Y a Pirri bolinga, porque ha tomado más birra de la cuenta.

Abro la puerta y me encuentro con la ausencia del Elena, una jodida sensación que no quiere irse. Me siento con una birra entre las manos. Contemplo el bote como si fuera una bola de cristal. Pienso en un futuro incierto. El pasado ya me lo sé y no me mola nada. El perro se ha despanzurrado en el suelo. Ronca. Miro por la ventana. Lluve, como llovía aquel puto día. Me hago un peta. No me apetece hacer nada, ni cenar, ni dormir, ni estar en el salón. Estoy hecho una pena, como siempre.

Al cabo de dos horas me despierto en el sillón. He soñado con el Cuqui, con el Tente, con el Elena, con mi hermano, con todos. Todos gritaban, como si la venganza no hubiera valido para nada. Pirri también está despierto y se acerca hasta mis pies.

—No voy a darte birra a estas horas, perro borracho. Nos vamos a ir a sobar. ¿Sabes una cosa? Cuando gritan los muertos es que no están a gusto.

No sé por qué le digo esto. Tampoco me importa.

—¡Guau, guau!

—Venga, a sobar, cabronazo. No somos na, Pirri, no somos na...

—¡Guau, guau, guau!

Canillejas, 24 de enero del 2018